
Heredero
REALMENTE
Prohibido
EL ESCÁNDALO
DEL PRÍNCIPE
JENNIFFER FÓGOS

SINOPSIS
DEDICATORIA
1. VERONA
2. ALFONSO
3. VERONA
4. ALFONSO
5. VERONA
6. ALFONSO
7. VERONA
8. ALFONSO
9. VERONA
10. ALFONSO
11. VERONA
12. ALFONSO
13. VERONA
14. ALFONSO
15. VERONA
16. ALFONSO
17. VERONA
18. ALFONSO
19. VERONA
20. ALFONSO
21. VERONA
22. ALFONSO
23. VERONA
24. ALFONSO
25. VERONA
26. ALFONSO
27. VERONA
28. ALFONSO
29. VERONA
30. ALFONSO
31. VERONA
32. ALFONSO

EPÍLOGO - VERONA MONTI FERRARA
AGRADECIMIENTOS
SOBRE LA AUTORA

Heredero REALMENTE Prohibido

EL ESCÁNDALO
DEL PRÍNCIPE

JENNIFFER FÓGOS

COPYRIGHT © 2022 POR JENNIFER FÓGOS

Portada: Ayla Silva

Revisión: Maria Velasquez
Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, distribuida o transmitida por ningún medio, ya sea fotocopiado, grabación u otros sistemas electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo y por escrito de la autora, salvo en el caso de citas breves incluidas en reseñas críticas u otros usos no comerciales permitidos por la legislación vigente sobre derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, empresas, sucesos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es mera coincidencia.
Primera edición, 2022

SINOPSIS

Alfonso Monti Ferrara siempre lo tuvo todo… incluso el hábito de compartir todo con su hermano gemelo, Santiago. ¿Mujeres? También. Pero la vida de un príncipe heredero nunca es simple… y mucho menos predecible.

A los ojos del mundo, Alfonso está a punto de vivir un cuento de hadas: un matrimonio real, un trono esperándolo, una alianza sellando su destino. Pero, al otro lado del mundo, una joya brasileña guarda un secreto que puede cambiarlo todo: un hijo que quizás sea suyo.

Verona Moraes nunca creyó en príncipes ni en finales felices. Su sueño era diseñar una colección de joyas y ser madre. Ahora que ha conseguido ambos, lo último que esperaba era que la paternidad llamara a su puerta en forma de un hombre de mirada tormentosa… y con intenciones peligrosamente seductoras.

Pero Alfonso no ha venido solo por respuestas. Quiere al bebé. Quiere a Verona. Y está dispuesto a romper todas las reglas del protocolo real para conseguirlo.

¿El problema?

Casarse con el heredero al trono de Corsella no es una invitación. Es un decreto real.

Y Verona no nació para obedecer.

Él tenía un trono.

Ella, un pasado del que no podía escapar.

Ninguno de los dos creía en los finales felices... hasta que se convirtieron en el escándalo real del año.

Perfecto para fans de Jane the Virgin, Los Bridgerton y las historias de amor imposible que terminan conquistando el mundo.

DEDICATORIA

A los que encuentran compañía en los libros: hoy no estaréis solos.
Yo estaré con vosotros hasta la última página…

1. VERONA

— ¡Todo listo! — confirmo, secándome las palmas sudadas en el lateral de los jeans.

La estrecha encimera de la cocina americana está decorada con un cupcake solitario, una vela y un zapatito de bebé rojo, lo más lindo que he visto en la vida, colocado con perfección sobre un nido de bolitas de algodón de colores.

Una enorme tarjeta de papel fluorescente, casi más grande que nuestro televisor, cuelga del techo sujeta solo por dos largos hilos dorados que filtran la luz intensa de la ventana y se reflejan en las paredes blancas del apartamento.

Mi corazón late tan descompasado que puedo saborear mi ansiedad mezclada en la saliva. Siempre he tenido sensibilidad para los sabores de las emociones. Algunas personas las sienten en los ojos, en la piel, en la cara: el calor de la ira, el temblor del nerviosismo, la quemazón de la irritación, el aplastamiento de la tristeza. Yo siento sabores. Sé a qué sabe cada emoción mía, y es en la lengua donde se manifiestan primero.

Siento el celular vibrar en el bolsillo trasero y contesto con una sonrisa.

— No te lo voy a contar, tendrás que esperar hasta la cena como todo el mundo, Luana — aviso, anticipando exactamente lo que quiere.

Aprieto el teléfono entre la oreja y el cuello y echo un vistazo rápido al espejo buscando el lápiz labial en la cartera.

— Sabes que soy muy cardíaca, ¿no? — su voz entusiasmada me amenaza. — ¡Yo siempre me entero de los chismes primero, Verona! No me respetas. Ya estoy aquí, haciendo filetes de cutícula a la milanesa por tu culpa.

— Es una sorpresa. Por una vez en la vida, ten paciencia. — Sonrío a mi reflejo; el labial está perfecto. — Quiero contárselo a las tres a la vez — añado, y ella resopla impaciente.

— La próxima vez que tenga una noticia no te la cuento tampoco. Ya verás.

— No aguantas ni dos minutos con una novedad, Lu, deja de estar loca — le respondo riendo.

— Sí, no aguanto — confiesa indignada, como si fuera culpa mía. — Perdiste diez puntos en la escala de la amistad. Tiene que ser un escándalo, porque si esta noticia no vale la úlcera que me voy a pegar, estás jodida conmigo.

— Valdrá — aseguro emocionada, intentando que la voz no me delate, porque si me falla la paciencia ella podría aparecer en mi puerta y no se iría hasta que se lo contara. — Lo prometo.

— Suena el timbre, Lu, te veo después. Beso.

Corto sin esperar respuesta.

Rodrigo siempre olvida las llaves, pero hoy no solo voy a abrir la puerta de casa: voy a abrir la puerta del primer día del resto de nuestras vidas. Pongo la mano sobre la tripa y saludo a mi bebé, que aún es sólo un granito de arroz y ya significa medio mundo para mí. Abro la puerta esperando su reacción.

El primer sonido que oigo es un grito agudo, luego una risa estruendosa, más gritos, y Luana me abraza fuerte entendiéndolo todo en un instante.

— ¡Voy a ser tía! — salta conmigo y no puedo contenerme; saltamos por la sala al son de la canción que acaba de inventar sobre ser la mejor tía del universo. — ¿Alguien más lo sabe? — se detiene, desconfiada.

— No. Iba a contárselo a Rodrigo primero y luego a ustedes por la noche, ridícula. Arruinaste mi sorpresa. Tenía que haber mirado antes de abrir y dejarte fuera — me quejo, recordando que fastidió mis planes.

— Ay, deja el drama, Verona. Tengo la llave. Ni siquiera pude dormir pensando en esto.

— Son las dos y media de la tarde, claro que no podías dormir.

— Detalles. — Ella se deja caer en el sofá, mira al techo y cruza las manos sobre la barriga, pensativa.

— Luana, tienes que irte — le digo antes de que se acomode de una vez. — Ya arruinaste tu sorpresa; no arruines la del padre también.

Sus ojos se agrandan y se incorpora de un salto.

— Voy a grabar la reacción de Rodrigo para ti — anuncia, aplaudiendo una sola vez y buscando el mejor ángulo con el celular.

— Claro que no; vete a tu casa, cámbiate y esta noche tenemos cena en nuestro sitio favorito y le contaremos a Helena y a Raquel que voy a ser mamá.

— ¿Voy a ser la madrina?

— Luana… Por el amor de Dios, hablar contigo es como hablar con un borracho. Tu línea de razonamiento va totalmente por otro lado. — Chasqueo los dedos delante de ella. — Despierta. Y lárgate. Por favor.

Se lo pido sabiendo que es capaz de quedarse escondida tras una cortina hasta que llegue Rodrigo.

Pone los ojos en blanco, contrariada.

— Vale. Está bien. Si voy a ser madrina, tendré que aprender a ser paciente. Porque si te mueres, tendré que criar a mi sobrino. Empiezo hoy; Río de Janeiro es muy peligroso, mejor estar preparada para cualquier eventualidad.

— Eres una idiota. Y no vas a ser madrina — decido y lo digo.

— Claro que sí.

— No. Todavía no lo he decidido.

— Pues voy a salir y comprar un conjunto combinando con el suyo para cuando salgan de la maternidad, me bordaré "madrina" y asunto zanjado.

Me abraza, me estruja y me hace cosquillas a la vez. Finalmente me besa la mejilla, feliz.

— Te quiero — declaro, sabiendo que nadie cuidaría mejor de mi hijo si fuese necesario.

Luana es la persona más alegre que conozco; contagia. Mi hijo sería feliz a su cuidado, pero no lo voy a decir en voz alta: es capaz de secuestrar al ahijado en la maternidad y que yo tenga que ir a verlo a su casa.

— Claro que me quieres. Soy la madrina de tu hijo. No elegirías a alguien que no quisiera al niño.

— Ridícula — le digo, negando con la cabeza.

Ella me manda un beso y cierra la puerta.

Ni ha pasado un minuto cuando vuelve a llamar. Giro la manilla y presiono los labios para no reír.

— ¿Qué pasa? ¿Olvidaste que tienes llave? — bromeo, y mi sonrisa muere al instante.

Casi no reconozco el rostro de Rodrigo: todo magullado como si lo hubieran pateado; zonas sin piel, moretones negros y profundos.

— ¿Qué te pasó? — pregunto, con miedo marcado en la cara.

Por favor, que no sea lo que pienso. Susurro una plegaria.

— Tenemos que salir del país; recoge tus cosas, vamos. — Entra sin mirar alrededor, ignora mi sorpresa y grita desde el cuarto: — No hace falta que empaques mucho: pasaporte, tarjetas y lo esencial. Compramos todo allá.

— ¿A dónde, Rodrigo? ¿Qué pasó? ¿Te pegaron en la calle? — pregunto, sabiendo ya la respuesta. Él ni se molesta en confirmarla.

— Fue un desliz, cariño; ya no volveré a jugar. Te lo prometo.

No necesita decir más para que yo sepa que lo dice ligero, sin compromiso.

— Quedamos en que ibas a dejarlo, que priorizarías a nuestra familia, que dejarías ese vicio.

— Sí. Lo dejé. Solo fue una vez, tuve mala suerte con esa gente. Son de cuidado.

La mochila en sus manos se va llenando, y mis ojos de lágrimas, y el gusto salado en la boca se agudiza mientras parpadeo para no llorar.

El sabor de la decepción es de los peores que conozco; te acompaña días. Ninguna fruta dulce borra su rastro cada vez que lo siento.

— Voy a necesitar dinero prestado para pagarles. No es seguro estar en deuda con esa gente. Incluso pagándoles, mejor nos alejamos por un tiempo.

— Nuestra boda es en quince días, Rodrigo — le recuerdo en voz baja, intentando contener la avalancha de apatía que recorre mi cuerpo, protegiéndome de mis sentimientos.

— Nos casamos en Las Vegas; será precioso. Lo posamos todo aquí. Será maravilloso. Como en las películas.

Obligo a mis pies a moverse sin rumbo, incrédula ante cada palabra que sale de su boca.

— ¡Muévete, Verona, no tenemos todo el día! Pediré un Uber al aeropuerto.

Vuelve a la sala por el celular y por fin nota mi sorpresa, arruinada por su entrada catastrófica.

— ¿Qué mierda es esta? ¿Estás embarazada? — grita incrédulo.

— Sí — respondo, debilitada por pensamientos mezquinos y egoístas que pelean por ver cuál sale primero y se apodera de mi voz.

Siento su mano apretar mi barbilla con fuerza, lastimándome, empujándome hacia atrás; sus ojos entrecerrados, la voz baja y cruel:

— ¿Cuánto tiempo llevas engañándome?

Agarro su mano intentando librarme de su agarre opresor y, por un segundo, me confunde la pregunta inesperada.

— ¿Engañándote? ¿Estás loco? — suelta el agarre y me empuja, obligándome a dar un gran paso atrás.

— ¡Soy infértil! ¿Cómo puedes estar embarazada? ¡Zorra!

En ese instante mi mundo se abre en una nube densa y oscura que me oprime y ofende más que sus gestos agresivos.

— Me hice una fecundación in vitro. Dijiste que no te importaba no tener hijos biológicos, Rodrigo. ¡Hablamos de esto mil veces! Planeamos una familia durante años.

Las palabras se atropellan; las mil conversaciones sobre hijos pasan en flashes por mi mente. No estoy loca; no pude interpretarlo mal.

— ¡Claro! ¿Y pensaste que te iba a embarazar de cualquier tipo y que yo aplaudiría y criaría a tu bastardo como si fuera mío? — Sus manos acusan frenéticamente mientras me lanza acusaciones.

— Pero hablamos.

Me siento como un disco rayado; las palabras se me escapan. Todo mi cerebro se concentra en no explotar. No puedo pedir que manejen esto con inteligencia.

— Decía que no me importaba tener hijos biológicos porque yo no quería hijos. Ni contigo ni con nadie. Mira mi cara, Verona, ¿tengo escrito "cambia pañales"? Me hice una vasectomía hace cinco años.

— ¿Por qué me hablas así? ¿Qué te pasa? Me pediste matrimonio cientos de veces y nunca acepté. Hablamos, planeamos; siempre quise tener un hijo. No me importaba casarme. Íbamos a casarnos para formar nuestra familia. No estoy loca. ¿Por qué nunca me lo dijiste?

— Íbamos a casarnos para tener nuestra familia. No voy a compartir mujer con ningún niño, menos con uno que ni siquiera es mío.

Cada palabra me golpea como bofetadas ardientes.

Todas las hormonas, todas las dudas, las decisiones para intentar tener un hijo propio: nada valió. Una vasectomía. Me permitió ilusionarme mes tras mes sabiendo que nunca podría quedar embarazada.

— ¿Vienes o te quedas? — su pregunta seca apaga algo en mí; endurezco la mirada y paso junto a él sin mirarle, sin dirigirme a él. Abro la puerta.

— Vete. Ahora — le ordeno, decidida.

— Deshazte de eso — señala mi vientre con veneno en la voz — antes de que vuelva.

Antes de marcharse, como si nada, hurga en mi bolso y se lleva mi talonario de cheques.

No digo nada; me giro cuando intenta besarme en la salida, por costumbre. Cuando la puerta se cierra tras de mí tengo dos certezas:

Nunca más pondrá los pies en mi casa.

El bebé que crece dentro de mí es solo mío.

***

Cierro la tercera caja con las cosas de Rodrigo, que he ido retirando metódicamente de los lugares donde las dejó, apilándolas una sobre otra para librarme de sus rastros, y por tercera vez abro la puerta, esta vez con total desánimo.

Las chicas vinieron a buscarme para cenar; veo a Helena por la mirilla, agitando una botella de champán. Claro que Luana no aguantó y les contó a las otras cuál era la sorpresa.

El enorme oso que lleva en brazos, casi tan grande como ella, tiene cara de disculpa por no haber podido guardar un secreto más de unas horas. Raquel mantiene las manos cruzadas delante del cuerpo, en una postura casi solemne, siempre tan elegante y desconfiada.

— ¡Vamos, abre ya, mujer! En el contrato de madrina dice que no puede quedarse esperando en la puerta como una pasmarota — exige Luana, ansiosa por disculparse y seguir con la vida, como siempre.

Abro la puerta despacio; los sonoros "¡felicidades!" estallan y un abrazo triple me envuelve. Y allí, entre los brazos de las personas en quienes más confío en el mundo, permito que el sabor de la decepción se derrame salado por mis ojos y me deshago en lágrimas.

2. ALFONSO

El olor a alcohol que emana de mi cuerpo es nauseabundo, y la sensación de entumecimiento vuelve mis golpes más lentos a medida que insisto. El sudor corre por mi piel y gotea al suelo. Siento las vendas que protegen mis manos completamente empapadas, haciendo que algunos puñetazos resbalen ligeramente en el saco de boxeo.

Respiro hondo, me detengo para beber más agua; mi lengua parece hecha de papel.

— Quien pierde la noche, pierde el día. Estás hecho una mierda, Alfonso. — Mi hermano entra repitiendo una de las célebres frases de la reina Katarina Ferrara, también conocida íntimamente como señora madre nuestra.

Su rostro descansado y jovial, aunque idéntico al mío en cada centímetro, no refleja mi estado de ánimo.

— Entonces, ¿qué era eso tan urgente que no podías explicar por teléfono? — me pregunta, refiriéndose a la llamada medio desesperada que le hice hace unas horas, cuando recibí la noticia que me dejó con esta cara de cadáver. — ¿Ni siquiera dormiste? — insiste, exigiendo una reacción.

Tomo otra botella de agua y me la echo por encima para refrescarme; él da un paso atrás para no mojarse.

— No me digas que decidiste huir de tu arpía de prometida y quieres ayuda para trazar un plan de fuga. — Su risita burlona se cruza con mi mirada seria. — Porque si es así, vamos a necesitar hablar con Heron.

Uso la toalla para secarme el rostro y aprieto los dientes antes de hablar, forzando la mandíbula al límite, una señal clara para mi hermano de que estoy de mal humor.

— Necesito que encuentres a mi prometida por mí. Tengo que viajar. Hoy, lo antes posible. Y vas a tener que sustituirme en la presentación del compromiso.

El rostro de Santiago se llena de asombro; puedo ver las palabras formándose en su mente como un torbellino que ya sé exactamente cómo va a explotar. No hay nadie que conozca mejor que a él. Juntos desde el primer momento de vida —y probablemente desde antes—, puedo prever su reacción y cada una de las frases que está conteniendo para no romperme la cara.

— ¿Y a qué debo este regalo celestial que me estás haciendo? De todas las mujeres que hemos compartido, jamás imaginé que tu prometida, la futura reina, fuera a unirse a nuestra lista. Pensé que te habías jubilado en tu última despedida de soltero.

Santiago se apoya contra la pared, cruza un pie sobre el otro y los brazos en el pecho, relajado.

— Primero, un poco más de respeto por Ariana — enumero, poniéndome en pie.

Su mirada cínica es tan descarada que niego con la cabeza antes de que diga una palabra, respondiendo a lo que sé que está pensando.

— Y segundo, tienes que dejar de verla como una enemiga. — Él inclina la cabeza hacia atrás y mete las manos en los bolsillos, anticipando el sermón. — Ella está en este acuerdo por las mismas razones que yo, Santiago.

Una alianza entre nuestros reinos, un procedimiento arcaico promovido por nuestros padres. Lo pienso, pero no lo digo; no hace falta que sepa que estoy de acuerdo con el fundamento básico de su disgusto respecto a mi matrimonio.

— Tal vez ella tampoco esté dando saltitos de alegría por tener que casarse con un desconocido con el que ha estado comprometida durante años sin que nadie se molestara en presentarnos hasta ahora.

La convicción de Santiago vacila bajo mis palabras; reflexiona un momento sobre Ariana, aunque sigue sin decir nada.

Santiago es un jugador paciente; esperará a que yo haya apostado todas mis fichas antes de moverse. Le gusta acabar el juego con un solo golpe. Y para él, todas las conversaciones son un juego. Así le gusta vivir. Y no puedo juzgarlo. Su rebeldía siempre fue mi norte, mi medida.

Pasé gran parte de la vida equilibrando sus excesos, hasta que comprendí que fue precisamente en ellos donde se convirtió en la persona que más admiro: honesto y leal. Y no podría pedir a nadie mejor para tener a mi lado.

Cuando entendí que no necesitaba disimular quién era él, siendo su completo opuesto, me permití ser simplemente yo, y descubrí que somos iguales en todo lo que importa y diferentes en todo lo que se nota, salvo en la apariencia.

— No soy el más romántico, pero creo que para una mujer las expectativas de un matrimonio real son altas. Preferiría que no vieras a mi futura esposa como una amenaza. — Me acerco y pongo la mano en su hombro, conciliador. — Eres una parte intrínseca de mi vida y de mi felicidad, y ella lo será muy pronto también, así que lidia con esa sensación que te hace pensar en ella como una dosis de veneno.

Termino mi defensa inhalando una gran cantidad de aire antes de volver a hablar.

— Y por último, y más importante, recibí una llamada del equipo de inteligencia. Hubo un problema con la muestra de mi material genético recogida por Nativitti. De algún modo, mi esperma terminó en Brasil y existe la posibilidad de que haya sido tratado como una donación para un banco de inseminación.

El cuerpo de mi hermano se despega de la pared como un resorte, y sus ojos buscan en los míos el pánico que espera ver, pero lo único que encuentra es la personificación del agotamiento en el rostro de alguien que pasó la noche bebiendo y follando como un animal, buena parte de la mañana lidiando con un posible incidente diplomático internacional, y la tarde esperando más información.

Todo lo que necesito es partirle la cara a alguien hasta que le explote, pero ni siquiera sé quiénes son los responsables de la situación en la que me encuentro. Toda la riqueza de mi reino no parece suficiente para acelerar ciertas burocracias.

— ¿Podrías tener hijos regados por el mundo? — Se ríe con nervios. — Vi una película sobre eso. Era patética. Casi tan patética como lo que estás diciendo.

— Tengo que ir a Brasil — comunico, retomando el foco de la conversación mientras empiezo a quitarme la ropa y camino hacia la ducha, con Santiago siguiéndome, su cerebro a mil por hora.

— Estoy seguro de que el equipo de inteligencia y tu consejo pueden resolver ese problema solos. Estoy convencido de que está dentro de sus capacidades lidiar con eso.

— La clínica que recibió mi muestra se niega a responder preguntas, a menos que el donante esté presente — aclaro, abriendo el agua caliente al máximo.

— ¿Usaste tu tarjeta de presentación? Creo que Su Alteza Real, Alfonso Monti Ferrara debería abrir unas cuantas puertas en cualquier clínica de Brasil.

— No puedo hacerlo sin arriesgarme a perjudicar la reputación de Nativitti.

— Ah, claro. — Su indignación es evidente en la risa sarcástica. — Proteger a la futura reina a toda costa. Que el hermano se joda. — Santiago gesticula en el aire con las manos. — Pero a la reina hay que meterla en una urna de cristal. La empresa de la familia debe ser protegida de la humillación, aunque no sean más que un puñado de incompetentes.

Cruza los brazos frente al cuerpo y se acerca al vidrio de la ducha. Antes de que abra la boca, lo interrumpo abriendo el agua fría por unos segundos antes de salir del baño. Es una práctica que mi hermano detesta, pero necesito algo que me mantenga despierto, ya que los litros de café que llevo encima solo están sirviendo como una piscina tibia para mi sueño.

— ¿Puedo contar contigo o no?

Mi expresión seria lo desarma. Me enrollo una toalla alrededor de la cintura y alcanzo la ropa doblada en el armario.

— Como si alguna vez te hubiera dicho que no, Alfonso. Pero esto no te saldrá gratis — promete, amenazante, con la mandíbula apretada y los puños cerrados a los lados del cuerpo.

— Nunca pensé que lo hiciera — acepto, sin discutir.

Algo cruza fugazmente por su mente y hace que una sonrisa se le dibuje en la comisura de los labios.

— Tal vez, cuando vuelvas de Brasil, la pobre princesa del reino de Corsella haya desistido de casarse con el príncipe cruel.

Esa risa depredadora se instala, y sé que su cabeza ya está maquinando varias cosas a la vez.

— Me voy a casar con ella, Santiago. Si quisiera romper ese compromiso, al menos lo habría intentado. Hice un acuerdo con el reino de Corsella y otro contigo. Y pienso cumplir ambos.

— Si por ahí hay una mujer embarazada de ti, no cuentes conmigo para ponerme triste. Voy a celebrar que esa farsa de matrimonio arreglado se haya acabado. Así que, querido hermano, te deseo que todo te salga mal en ese viaje.

— Cuidado con lo que deseas, Santiago. — Oímos una voz fuerte, aunque rasposa. — Tus deseos pueden cumplirse, y no siempre de la forma que imaginas.

Nuestra abuela entra en el salón de entrenamiento, vestida con un pijama en plena luz del día, y nos saluda con un beso en la mejilla que tenemos que agacharnos para recibir.

— Venía a saber cómo fue la despedida de soltero, pero ya veo que se han metido en más líos de los que imaginaba. Así que vas detrás de las brasileñas, ¿eh? Muy bien, Alfonso, quema todos los cartuchos antes del compromiso. Te lo mereces, hijo mío.

— ¿Y yo no, abuela? — protesta Santiago.

— ¡Claro que no, Santiago! Tú eres un mujeriego. Alfonso es un hombre de familia.

— Conozco una lista interminable de mujeres que no estarían de acuerdo contigo, abuela.

— Todo en la vida es cuestión de intención, hijo.

— Debería dejar de escuchar detrás de las puertas, ¿sabía?

— ¿Y tener que andar preguntando todo a los demás? ¡Jamás! Respétame. Yo soy la razón por la que todos dicen que las paredes de este castillo tienen oídos. — Se señala los costados de la cabeza, como si fuera obvio. — Míralos bien: son los míos. Aquí no pasa nada sin que yo lo sepa.

— ¿Ya le avisaste a mamá? Le va a dar un síncope — Santi se dirige a mí.

— Aún no. Pretendo contárselo cuando la situación esté resuelta. Con un poco de suerte, podré ir y volver antes de que tengas que hacerte pasar por mí en la fiesta de compromiso.

— Yo estaré aquí, esperando a que todo salga mal. Como debe ser.

***

— Su Gracia, he tenido conocimiento de una oportunidad que involucra al príncipe Santiago, pero él se niega a ofrecerme la gentileza de explicarme la propuesta.

Levanto la cabeza, fijando la mirada en el consejero Aquino, que irrumpe en mi despacho sin ser anunciado.

— ¿Y qué hace aquí, entonces? — pregunto, poniéndolo en alerta por el tono áspero de mi voz. — La palabra de mi hermano es ley. Cuando él le dé una orden, usted la obedece. Es su superior jerárquico. No es de buen gusto faltarle al respeto recurriendo a mí. Eso es mezquino y ruin. Y creo que ya sabe cómo suelo tratar a las personas con ese tipo de personalidad defectuosa, ¿verdad? — Mis manos se entrelazan sobre la mesa, en una postura claramente confrontadora.

Mi arrebato lo hace tragar en seco; se revuelve incómodo en su propia piel delante de mí. Hoy, definitivamente, no es un buen día para venir a hablar mal de la conducta de mi hermano. Ha tenido mala suerte.

— Siempre pongo los intereses de Calanthe en primer lugar. Los intereses del Estado, por encima de cualquier otra cosa — intenta defenderse Aquino, con la postura altiva y el mentón elevado.

— ¿Desde hace cuánto tiempo trabaja para mi familia, consejero? — pregunto solo para colgarlo lentamente con sus propias palabras.

— Desde antes de su nacimiento — declara con orgullo, intentando suplantar mi autoridad con la arrogancia que siempre mostró ante mis padres.

— Tal vez deberíamos reconsiderar esa situación si es incapaz de usar el sentido común y ahorrarme la pérdida de tiempo que supone su presencia — declaro, ofendiéndolo deliberadamente.

Da un paso atrás, ultrajado por mi reacción desproporcionada. Antes de que pueda replicar, mi jefe de seguridad entra y se coloca frente a la puerta abierta, con una expresión indescifrable, repasando el cuerpo del consejero con la mirada como si fuera un objetivo a eliminar.

Heron se comporta como si todo el mundo representara una amenaza para mi existencia. Solo se relaja cuando estamos a solas. Nunca en público. Y para él, yo, él y una tercera persona ya constituyen una multitud.

Ante la aproximación silenciosa y amenazante de Heron, Aquino se limita a asentir con la cabeza y se retira, aparentemente dando por terminado el asunto, aunque sé perfectamente que el gusano irá directamente a mi madre —como de costumbre— para defender su idea, sea la que sea.

Ya actuaba de esa manera cuando mi padre vivía, y nunca cambió. La única razón por la que sigue trabajando con nosotros es porque mi madre le tiene en gran estima. Para mí y para mi hermano no pasa de ser un parásito oportunista que intenta manipularnos a su antojo cada vez que se le presenta la menor oportunidad.

Mi jefe de seguridad se acerca con el semblante preocupado.

— ¿Ha venido por lo del matrimonio de Santiago?

— ¿Cómo?

— Encontró una princesa para Santiago y está intentando convencer a su hermano de aceptar también un matrimonio arreglado.

— Tuvo suerte de que ni siquiera le di la oportunidad de abrir la boca para contarme semejante disparate, o lo habría tratado aún peor.

— Alfonso, con respecto al viaje… si el plan que trazó no funciona, necesitamos una alternativa.

La puerta aún abierta indica que es hora de irnos. Me levanto y lo sigo.

— Cerraremos la clínica y confiscaremos todas las muestras que encontremos.

— Eso no sería un procedimiento legal.

— Estoy seguro de que la producción no autorizada de un heredero bastardo del trono de Calanthe tampoco estará precisamente aprobada por la ley.

— ¿Ese es nuestro plan B?

— No. El plan B es hacer que el plan A funcione. Será como yo digo: de una forma u otra, no hay opciones. Estamos hablando de mi linaje, Heron. En esta situación, las opciones no existen.

— He solicitado un equipo de Hades' Men Corp para que nos reciba y acompañe en Brasil. Estoy seguro de que serán útiles si tenemos que recurrir a medidas más drásticas.

— Perfecto. ¿Son de confianza?

Su tono baja casi hasta ser inaudible mientras atravesamos los pasillos rumbo a la plataforma de vuelo.

— Fui entrenado por ellos, y puedo decir que ni siquiera soy el mejor de mi clase.

— Eres excelente en tu trabajo, tu postura es irreprochable. No podría estar más satisfecho. No seas modesto.

Mi maleta pasa a manos del sobrecargo y el pequeño equipo de trece personas se dirige hacia la plataforma de embarque. Mover a un príncipe nunca es discreto, aunque sea en secreto; inevitablemente, un centenar de personas termina enterándose de cada paso que doy.

— No soy modesto. Pero hay ciertas cosas que no puedo hacer, ni por ti ni por nadie. Y si fuera necesario, ellos cubrirían ese tipo de servicio también.

— ¿De qué tipo de cosas estamos hablando?

— Espero que nunca llegues a descubrirlo. Si fuera necesario, nuestro equipo se encargará de todo sin hacer ruido — asegura.

Un guardia nos hace una seña, informando que es hora de abordar. Miro el retrato de mis padres antes de salir del corredor principal.

«¿No quieres lo que ellos tienen?», recuerdo la pregunta de mi hermano.

A pesar de todas las veces que le respondí que no, a veces me pregunto qué es lo que realmente me separa de aquella imagen de amor puro, qué me distancia del deseo de alcanzar para mí un sueño que para tantos es el ideal.

Nunca podría. Si te conviertes en prisionero de un sentimiento como el que unía a mis padres, te vuelves esclavo de su permanencia. Nadie vive para siempre. Mi padre no vivió. No se puede depositar la esperanza de tu felicidad en las manos de otro, porque basta con que esos dedos se abran para que todo se disuelva en segundos.

Yo quiero un amor tranquilo. Una compañera. Una amiga.

Alguien que comparta mis responsabilidades y honre mi presencia con la suya.

La pasión la dejo para quienes la desean, para quienes la buscan.

De preferencia, lejos de mí.

Han pasado años y todavía veo a mi madre reconocer la presencia de mi padre por los pasillos del castillo. En nosotros dos se nota cuánto duele todavía, y cómo esa herida jamás cicatrizará, sin importar cuánto tiempo transcurra.

Mi padre murió llevándose un pedazo de ella consigo, y creo que era el pedazo de sí misma que más amaba.

La Reina se obligó a seguir adelante, a ser la mejor regente que podríamos tener, pero esa pequeña sombra nunca abandonó sus ojos; es como si en todo momento algo le faltara, algo fallara.

Amor completo y pasión avasalladora: la mayor debilidad que puede tener un ser humano.

Nunca fue una opción para mí.

Ni nunca lo será.

Jamás quise ser libre para sufrir,

para ser aplastado por una inmensidad de sentimientos que no puedo controlar, algo con el potencial de durar más allá de la muerte. Es siniestro y aterrador.

Voy a ser rey.

Mis decisiones no pueden guiarse por sentimientos vanos.

Mi abuela siempre dice que encontrar al amor de tu vida es como ganar la lotería, y estoy de acuerdo: es completamente un juego de azar, donde solo uno gana y decenas de miles resultan heridos.

Yo no seré uno de ellos.

3. VERONA

— Y hubo rumores de que yo seguía en la ruina. Si esto es estar en la ruina, joder, ¿qué será estar bien, no? — Me atraganto con el champán, que estalla fuera de mi boca y me chorrea efervescente por la cara cuando veo a Luana recrear un meme, apoyándose en el borde de la piscina y lanzando su cabello mojado hacia la cámara estratégicamente colocada que graba la escena.

Cojo la toalla para secarme el rostro, todavía riendo, y desvío la mirada hacia la bandeja que aparece a mi lado.

— ¿Champán, señorita? — pregunta el camarero.

— No, gracias — rechazo con un gesto.

Él avanza hasta Luana y llena su copa sin siquiera preguntarle. Ella ha aceptado todas las rondas de bebida hasta ahora, aunque en su mirada no se nota ni el más mínimo signo de embriaguez.

Casi me obligó a poner distancia física entre mí y la mala vibra que yo misma había incubado en el apartamento que compartía con Rodrigo; ese que adaptamos para que tuviera nuestra cara, nuestro gusto. Ahora todo en él me recordaba a ese imbécil.

Casi me dejó sorda insistiendo hasta que cedí a sus locuras y me subí a un avión rumbo a mi luna de miel... al hotel cinco estrellas mejor valorado de toda Suiza. El viaje ya estaba pagado, y Luana consideró que sería la cúspide del desperdicio no aprovecharlo.

Ignoré la idea durante unas horas, hasta que cedí. Y la verdad es que no me arrepiento. Poner las cosas en perspectiva me ha hecho bien. La distancia realmente ayuda a drenar la humillación que siento por haber permitido que todo llegara al punto al que llegó.

— Cuando les sea cómodo, señoritas, pueden pasar a la sala de masajes — sugiere otro empleado, haciéndonos girar en su dirección.

Luana se acerca y sale de la piscina, colocándose un albornoz rosa que el empleado le ofrece con una sonrisa contenida y educada. Apenas se da la vuelta, ella empieza a hacer muecas de esnob imitando el aire altivo de los empleados a sus espaldas.

Sigo riendo mientras caminamos por el suelo de baldosas que se iluminan con cada paso que damos.

— ¡Esto tiene que convertirse en una tradición! — grita Luana, dando media vuelta, como si estuviéramos solas en el hotel.

Le hago un gesto con las manos para que baje el volumen y ella me responde rodando los ojos.

— ¿Qué? ¿Viajar juntas? Eso ya lo hacemos, una vez al año, todos los años.

— Sí, eso también. Pero hablo de celebrar el divorcio — explica, acompañando la frase con un pequeño bailecito.

Mi atención es secuestrada por el absurdo que sé que va a decir. La interrumpo antes de que los empleados nos tomen por locas.

— Ni siquiera llegué a casarme — le recuerdo en un murmullo de advertencia, agarrándola del brazo de manera aparentemente amistosa, pero con la fuerza suficiente para pellizcarla lejos de las miradas atentas.

— ¡Ay, por favor! — Retira su brazo con brusquedad, frotándose el lugar del pellizco, y se planta con las manos en la cintura, deteniéndose en el pasillo y obligando a todos a detenerse también. — Estuviste casi una década con ese idiota, esperaste por él para formar una familia, jugaste a la casita más tiempo del que me gusta recordar, estás embarazada… ¿qué más falta para que sea un divorcio? ¿Un papel? — suelta, mirando alrededor con descaro.

En una mesa, agarra la primera servilleta que encuentra y me la lanza.

— ¡Toma esta y firma aquí!

Cierro los ojos, dejo que la servilleta caiga al suelo y la fulmino con la mirada, apretando los labios para contener el insulto que se forma con fuerza y vibra en mi lengua.

Luana se da cuenta del alboroto que provocó y levanta las manos en señal de disculpa y rendición, dándose la vuelta y caminando de nuevo como si nada hubiera pasado.

Entramos en el spa y somos recibidas por sofás enormes en el vestíbulo. Me acomodo, dejando que el momento de fuera se disuelva en el aire como un mal olor.

Los pasos de la recepcionista cortan el silencio que se instaló entre nosotras. Trae más aperitivos y bebidas y los deja en una mesa auxiliar a nuestra disposición. Tan sonriente y amable que roza lo caricaturesco, como si estuviera atendiendo a celebridades.

Luana vuelve a la carga con sus pensamientos aleatorios, incapaz de guardárselos por más que lo intente (y Dios sabe que no lo intenta).

— Yo creo que, haya boda o no, la despedida de soltera tiene que ser proporcional a la luna de miel. En serio. Me niego a volver a poner un pie en un barcito para una despedida de soltera. A partir de ahora, solo quiero hoteles de lujo en el extranjero — decreta, comunicándomelo como si fuera a ser la próxima loca en organizar una boda.

Ni en un millón de años me van a ver metida en otra encrucijada como esa.

Luana besa la copa de champán que secuestró de la mesa auxiliar y murmura una oración de agradecimiento al "alcohol nuestro de cada día", todo incluido, open bar, devolviendo al ambiente la calma y la diversión de antes con maestría y naturalidad.

— ¿Por qué elegiste Suiza? — Su expresión de curiosidad sincera me hace querer responder por impulso, pero me contengo al recordar el día en que elegimos el destino.

Yo quería calor, Rodrigo quería frío. Yo quería playa, él quería montaña. Yo quería ciudad, él quería campo. Yo quería un apartamento con privacidad, él quería un hotel de lujo. Y, como casi todo en nuestra relación, cedí. Siempre intentando complacer, siempre entendiendo sus deseos y celebrando sus victorias, aunque él jamás hiciera lo mismo por mí. Al final optamos por una luna de miel en un hotel famosísimo, perdido en medio de la nada, en plena temporada de nieve en Suiza.

Era tan idiota que ni siquiera veía cómo mis decisiones y mis ganas eran anuladas una tras otra. Y ni siquiera puedo decir que fuera totalmente culpa suya. Yo había creado, alimentado, dado techo, comida y abrigo a todas las expectativas altísimas de cómo creía que debía ser una relación. Así que, claro, lo justo era que me adaptara para alcanzar aquello que solo yo era lo bastante "visionaria" para soñar.

Qué estupidez.

Mi largo y cansado suspiro responde por mí, y Luana simula un brindis por lo que sea que haya pasado por mi cabeza.

— Mira, te lo voy a decir con toda humildad: menos mal que esa criatura va a tener una madrina con sentido común, porque si dependiera solo de ti… — dice con tono serio y reflexivo. — Eres pésima para elegir, amiga. Sin la menor posibilidad. El próximo hombre que aparezca en tu vida tiene que ser, como mínimo, un príncipe, o no lo acepto como padre de mi ahijado.

— ¿Entrenas para decir semejante cantidad de tonterías o eres así todo el tiempo?

— Tú deberías saberlo mejor que yo, si prácticamente vivo metida en tu casa.

Desconcertante.

— A veces me pregunto cómo sigo siendo tu amiga, ¿sabes?

— ¡Ay, deja el drama! Sabes que me adoras. No te hagas la difícil. Y para que lo sepas, eres mi amiga porque yo organizo todo lo que necesitas en tu vida.

Solo me queda reírme de su descaro.

— ¿Qué cosa organizas tú para mí, Luana? ¡Si ya me robaste las bragas porque no encontrabas las tuyas! ¿Quién pierde sus propias bragas, Luana?

— ¡Ay, por favor! La persona comete un desliz una vez en milenios y tú me lo echas en cara hasta el fin de los tiempos. Mira, sinceramente, creo que esta amistad está desequilibrada. Para tu información, yo sabía perfectamente dónde estaban mis bragas, solo se me olvidó que la chica que lava mi ropa no iba a venir esa semana.

— ¡Luana, tú no tienes ninguna chica que lave tu ropa!

— Bueno, estaba pasando tanto tiempo en tu casa, dándote apoyo moral, que se me olvidó ese pequeño detalle. ¿Una se confunde un poquito y tú ya vienes con siete piedras en la mano? Por una simple y triste braguita...

— ¡Siete! ¡Siete braguitas, Luana!

— ¿Y querías que usara la misma toda la semana?

— Quería que lavaras las tuyas y dejaras de pensar que mi armario es una extensión del tuyo.

— ¡Por favor! Ni que tu ropa me quedara, flaquita. Mírame, ¿qué prenda tuya me va a caber a mí?

— Ese es exactamente mi punto. Te las pruebas y después yo no puedo volver a usarlas. Sin mencionar mis sábanas, que de vez en cuando terminan en tu casa.

— Ay, Verona, contigo no se puede hablar. Pareces Testigo de Jehová tocando a mi puerta para recordarme todos mis pecados, ¡por favor!

— Necesitas tener un poco de vergüenza, Luana, por el amor de Dios — refunfuño, cruzándome de brazos.

— Qué ingrata eres. Te traigo a un viaje de ensueño, a un lugar increíble, te entretengo, te hago compañía, no le tiro los tejos a cada hombre guapo que me cruzo por metro cuadrado, no me emborracho, te consigo una sesión de tarot para saber tu futuro, ¡y tú te quedas quejándote por una tontería de bragas!

— A veces me pregunto si simplemente no entiendes cómo funciona el mundo o si realmente necesitas ayuda médica — dictamino, incrédula.

— Bueno, lo que importa es que Helena va a leerte las cartas cuando salgamos de aquí — promete, entusiasmada.

— Luana, Helena odia su lado místico y hace todo lo posible por ignorar su existencia. Dudo seriamente que se haya ofrecido voluntariamente para leerme las cartas.

— Tal vez le dije que estabas llorando todas las noches, sufriendo de insomnio porque no podías dormir.

— Ella definitivamente no se creyó eso. Cenan con nosotras todas las noches. Y me ven quedarme dormida en la pantalla del tablet antes de que termine la película.

— No lo creyó, pero aceptó. Eso es lo que importa. Si tengo suerte, consigo que me lea a mí también.

No quiero volverme paranoica con lo que pueda salir en esas cartas.

Al contrario, necesito una hoja en blanco para recuperar completamente las riendas de mi vida.

Mi hijo está en camino y tengo mil cosas de las que preocuparme. Las consecuencias del alejamiento de Rodrigo y todo lo que eso pueda acarrear son lo último a lo que pienso prestarle atención ahora mismo.

— Gracias, pero no lo necesito. De aquí en adelante, las cosas van a ser diferentes. Rodrigo arruinó todos mis planes de vida, pero todavía tengo una vida de la que ocuparme. Bueno, dos. Tres, contando la tuya, que vive metiéndose en líos. — Ella asiente en silencio, ajustándose el tirante del bikini con aire despreocupado. — Y el tema Rodrigo se queda enterrado aquí. No quiero oír su voz, no quiero escuchar su nombre, no quiero pensar en él, ni siquiera quiero compartir la misma acera que él.

Una vez más, la copa de champán en su mano se levanta para brindar por eso.

— Nada puede salir peor de lo que ya salió, así que de ahora en adelante solo queda ir cuesta arriba. — El nudo en mi pecho demuestra que no creo del todo en mis propias palabras, pero pienso repetirlas hasta que se vuelvan verdad.

— ¿Listas? — La voz de la recepcionista llama nuestra atención, señalando la puerta de la sala de baños, preparada con dos enormes bañeras de ofuró llenas del más caro y lujoso derroche de recursos que el dinero puede comprar.

Luana hace un bailecito a lo Cleopatra mientras se acerca a su bañera, cubierta de champán espumoso y pétalos de rosa. Toma una corona decorativa que descansa sobre una silla, sosteniendo una pequeña montaña de toallas perfectamente dobladas, y se recuesta poniéndose la corona en la cabeza, una pierna fuera del agua, posando como si estuviera en una sesión de fotos para una revista.

No puedo evitar reír ante la guiñada sexy que le lanza al que sería nuestro mayordomo durante la experiencia de los "baños especiales" que preceden los benditos masajes que elegimos. Parece que estamos participando en un juego de laberinto por etapas y el premio final, al fin, serán los masajes que contratamos.

Me acerco al borde de mi bañera, donde un baño sencillo de sal rosa, manzanilla y menta me invita, adornado con las rodajas más finas de frutas cítricas que salpican vida y color al fondo del ofuró. Me dejo hundir, murmurando una plegaria para que esta caída en picada que ha sido mi vida en las últimas semanas sea la última.

No puedo soportar más drama.

El mayordomo nos trae fresas con chocolate derretido y nos entrega unas cintas de raso elásticas para cubrirnos los ojos.

La música que empieza a sonar es cálida como un abrazo, y el vapor, denso y delicado, sale en chorros de las paredes, acariciando el ambiente con un lujo casi sensual.

Completamente envuelta por la atmósfera, me permito disfrutar de ese momento, consciente de que estamos agotando los últimos cartuchos de paz y que la realidad pronto tocará a mi puerta… pero no tengo por qué dejarla entrar.

Todavía no.

4. ALFONSO

— ¿Embarazada? — pregunto con una voz mucho más controlada de lo que realmente siento. — ¿Cómo que embarazada? — La doctora me mira con una expresión condescendiente.

Puedo ver cómo mi rostro palidece reflejado en el espejo detrás de ella. Parezco un bloque de mármol en exhibición. Sabía que esa posibilidad existía cuando volé hasta aquí, pero en ningún momento se me ocurrió que, entre todos los escenarios posibles, debía prepararme precisamente para el peor de todos.

— No sé qué decir para mejorar esta situación, señor Alfonso. Nosotros trabajamos únicamente con donaciones y ventas —principalmente donaciones de hospitales universitarios—. No trabajamos con clínicas privadas de recolección o almacenamiento, a menos que el protocolo del seguro médico del paciente lo exija. Somos una filial semiindependiente de un hospital público, financiado en gran parte por donantes, es cierto, pero nuestros protocolos no han cambiado desde nuestra fundación. Le aseguro que un error de este tipo nunca había ocurrido antes.

Sus palabras suenan mudas. Sé que está hablando, escucho el sonido de su voz, pero no logro procesar el significado de las frases que pronuncia. Solo parpadeo con una concentración sobrehumana, intentando que mi alma vuelva al cuerpo en el proceso.

— ¿Desea un vaso de agua? — ofrece, dejando los documentos sobre la mesa y saliendo por un minuto.

Aflojo el nudo de la corbata y decido quitármela. La enrollo con cuidado y la guardo en el bolsillo del pantalón. También me saco la chaqueta y me siento en la silla fría del despacho. Cierro los ojos por apenas diez segundos de enfoque absoluto, y cuando los abro de nuevo, vuelvo a ser yo: dueño de mis actos, de mi cuerpo, preparado para enfrentar lo que sea que el día todavía tenga reservado para mí.

La doctora vuelve a entrar, toda pomposa. Noto que desabrochó no uno, sino tres botones de la blusa, y que, aparentemente, sus pechos lucen más llenos que cuando la vi por primera vez. El labial recién retocado y la falda estratégicamente más corta tampoco me pasan desapercibidos. Solo puede estar tomándome el pelo.

— Su agua, por favor — me ofrece, inclinándose mucho más de lo necesario para alcanzarme el vaso. Me concentro únicamente en sus ojos, evitando mirar cualquier otro centímetro de su cuerpo, y ella nota el desprecio reflejado en la altivez con que la observo deliberadamente.

Humedezco los labios con el agua absurdamente fría del vaso de plástico barato, que tiembla en mi mano por lo endeble que es, pero no trago ni una gota. Heron sufriría un colapso si me viera bebiendo algo ofrecido por una desconocida.

Ella parece no notarlo, satisfecha con devorarme con los ojos mientras manipula sus movimientos para mostrar su cuerpo.

— Necesito saber dónde puedo encontrarla — exijo con un tono neutro.

— Salgo a las siete — responde con una sonrisa insinuante —, vivo a unas pocas cuadras de aquí.

— Perdón, no me expliqué bien — rechazo su respuesta con un gesto de la mano, conteniendo la risa que amenaza con escaparse de mi boca. — Necesito saber dónde puedo encontrar a la mujer que está embarazada.

Le toca a ella palidecer por la vergüenza. Veo la humillación extenderse por su rostro en un soplo rápido, y me quedo quieto, como si la indiscreción nunca hubiese sucedido.

— No puedo compartir esa información. La paciente firmó un acuerdo de confidencialidad que me impide cualquier tipo de contacto entre ella y el donante; hasta hace unas horas, anónimo.

Miro al suelo, y cuando vuelvo la vista al frente, estoy yo: el príncipe de Calanthe delante de ella, aquel a quien nunca se le niegan pedidos, el que rara vez pide y solo ordena. Doy un paso hacia ella y abre los ojos, sorprendida; no la toco como imagina, pero digo con la mayor amenaza que puedo imprimir en mi voz:

— Si no salgo de aquí con la información sobre la madre de mi hijo, enterraré su clínica, a su equipo médico, a sus auxiliares y hasta este edificio bajo tantas demandas que cuando vuelvan a trabajar mi hijo ya será mayor de edad.

Sus párpados titilan y se quedan inmóviles, pensando qué hacer. Siente que mi amenaza no es en vano. El paso que da hacia atrás demuestra que va a ceder. Es un movimiento clásico de un perdedor: retroceder.

— Tendré que consultar con algunas personas. No puedo asumir la responsabilidad de tomar esa decisión sola.

— Tiene una hora — sentencio, y me voy. Cortante.

La puerta cerrada por dentro me sorprende, pero no hago comentario alguno. La mirada con que Heron me recibe cuando llego a la recepción vacía me dice, sin palabras, que pensó lo mismo que la mujer: que yo, como mínimo, me demoraría "obteniendo información".

Mi seguridad no dice nada hasta que llegamos al coche; abre la puerta del conductor para mí, sabiendo, por todos los años a mi lado, que necesito una actividad mecánica que me distraiga de la confusión que hierve en mi cabeza.

Conoce todas mis fachadas y sabe ver a través de cada una de ellas. Por más que mi rostro sea la pura imagen de la compostura, él entiende que por dentro estoy hecho un caos.

— Volveremos en… — Miro el reloj. — 53 minutos — informo, meto la marcha y salgo del aparcamiento.

No soporto ni un minuto de silencio y disparo:

— Está embarazada, Heron.

¿Alguien más necesita ponerse en shock además de yo?

— Lo sé.

— ¿Cómo?

— La recepcionista me dejó escuchar vuestra conversación por el interfono.

Desvío la mirada lo suficiente como para casi provocar un pequeño accidente.

— ¿Y la recepcionista cometió algún otro crimen que quieras compartir?

— Que te interese, solo esto. — Heron saca un papel del bolsillo y lo lee en voz alta: — Verona Moraes.

— ¿Quién es esa?

— La madre de tu hijo.

— ¿Cómo demonios conseguiste eso? — golpeo ligeramente el volante, mezclando sorpresa con indignación, aunque totalmente bajo control.

— Por increíble que parezca, no tuve que hacer nada. La chica estaba en apuros y vio en ti una oportunidad de ganar algo de dinero. Le di un par de billetes, y fue más que complaciente.

— No sé si alegrarme por tener la información que necesitaba o enfurecerme porque fue tan fácil vulnerar la seguridad que protege la vida de alguien que, a partir de ahora, formará parte de la mía.

— Ya estoy ocupándome de eso. Los minions están trabajando en el expediente completo de la chica. Puede tardar unas horas, pero pronto sabremos dónde encontrarla y con quién estamos tratando.

— ¿Y puedo saber por qué no interrumpiste mi conversación y me sacaste de allí? — pregunto, notando cuánto tiempo me dejó perder en el despacho de la doctora salida.

— Pensé que iban a acostarse. Dios sabe que lo estás necesitando. Y, si me permite, Alteza — dice Heron con ese tono burlón que nunca usaría frente a nadie más, sea o no de mi círculo cercano —, yo te aconsejaría que te follaras a una o dos mujeres antes de ocuparte de este asunto personalmente.

— Me resulta casi ofensivo que creas que controlo mi temperamento con sexo, Heron.

— Casi — murmura. — Porque tengo razón — añade riendo.

Y yo asiento, concediéndole la victoria.

Cuando el sonido de una videollamada reclama nuestra atención, estaciono en el primer sitio libre.

— Tus minions son más rápidos de lo que soy capaz de asimilar — anuncia él, aceptando la llamada de mis asistentes personales.

— ¡Hola! — saluda Laura, con su sonrisa gigantesca y extravagante. El mundo puede estar derrumbándose y ella seguirá sonriendo.

— Eres el padre del hijo de una subcelebridad, Alfonso — completa Henrique, su voz sonando lejana, seguramente sentado en mi silla frente al ordenador.

— Desarrollen — ordeno, impaciente, ignorando el hecho de que ya saben más sobre mi vida de lo que deberían.

El expediente de Verona se despliega con esmero, y presto atención a cada detalle, memorizando cada dato, considerándolos todos urgentes… hasta que trago saliva al escuchar "luna de miel en Suiza".

— ¿Está casada?

— Parece que sí, recién casada. En seis días volverá a Brasil. Va a asistir al evento de lanzamiento de la colección que diseñó para la marca Encanto la próxima semana — lee Laura, interactuando con las hojas en sus manos como si fueran amigas contándole un secreto.

— Ya estoy consiguiendo invitaciones para que puedas asistir — agrega Henrique, aún fuera de mi campo visual.

— ¿Y por qué demonios iría yo a una fiesta, Henrique? — cuestiono, y él aparece por fin en la pantalla, sentado sobre mi escritorio, descalzo. Algún día despediré a estos dos.

— No me digas que piensas acercarte a una mujer, casada y embarazada, y soltarle: "Hola, ¿qué tal? Estaba dando un paseo y qué suerte encontrarte. No todos los días se conoce a la madre del heredero de Calanthe sin haberlo puesto físicamente dentro de ella. Encantado, Alfonso, Príncipe Heredero". ¿Verdad? — dramatiza con un gesto teatral, exagerando cada palabra.

El número de carcajadas que Laura reprime, presionando los labios hasta volverlos blancos, basta para hacerme perder la paciencia.

— Heron, recuérdame otra vez: ¿por qué estos dos trabajan para mí?

Pero es Laura quien responde, sin dudar ni un segundo:

— Tú, en realidad, ya nos has despedido más de 32 veces solo este mes jefe; el problema es que no nos hemos ido — admite, sin un ápice de vergüenza.

— Es que nos gusta el mobiliario — completa Henrique, sin ofenderse por la rutina de sus despidos.

— Envíen toda la información a mi correo lo antes posible.

— Ya está enviada, subrayada por orden de importancia — responde Laura orgullosa. — Y por eso, Su Alteza, Su Gracia todavía nos paga el sueldo. — Siempre usa mis títulos al azar cuando quiere sonar formal, aunque se niega a serlo. — Porque cuando Su Excelencia piensa que va a necesitar algo, nosotros ya lo estamos ejecutando.

Henrique gira en la silla, exhibiendo un cartel invisible de victoria, y yo cierro la llamada sin avisar.

— Son locos, pero extremadamente competentes — comenta Heron, atento al tráfico infernal que se forma.

— Estoy seguro de que encontraría a alguien igual de competente y menos loco si lo intentara.

— Muy posiblemente. Pero ¿quién te llamaría chefinho, patróncito, super boss, y aun así sería el epítome del respeto a todas las reglas de la jerarquía y las buenas maneras cuando está en público?

— Me gusta que me traten con deferencia en todo momento, Heron.

— ¿En serio, Alteza?

— No por ti, obviamente. Hace años que abolimos el tratamiento formal.

— Y los minions lo abolieron en la primera cita. Sabes que fue la irreverencia de los dos lo que te conquistó.

— Quisiera saber por qué nunca los defiendes cuando están presentes.

— No soy del tipo que da esa confianza a cualquiera.

— ¿Y yo sí?

— No, pero a veces necesitas que te traten como una persona para romper la tensión.

— No voy a discutir eso.

— Sería inútil.

Entrego el volante a Heron y me siento en el asiento del copiloto. Necesito pensar. Casada y con mi hijo en el vientre. Necesito un plan, y rápido.

— Heron —llamo como si no estuviera a mi lado—. Mientras estemos aquí, la información que te llegue, ya sea por mi vía o por terceros, no deberá compartirse con mi asesoría, salvo que yo te lo indique.

— ¿Eso incluye a los minions?

— Sí.

— ¿Puedo preguntar por qué?

— No quiero interferencias hasta decidir qué haremos.

— Sí, señor.

Repaso la información en voz alta. Cualquiera que nos escuchara pensaría que estamos analizando a una víctima de un crimen atroz, por el tipo de disección y la cantidad de datos que siguen llegando con cada actualización del correo.

Henrique y Laura están a todo vapor.

— ¿Qué pasa si esta mujer es una trepadora social?

— ¿Sinceramente? Espero que lo sea, Heron.

Su ceja arqueada pregunta lo que su boca calla, esperando la respuesta a la duda que solo sus ojos me han hecho.

— Dinero tengo de sobra… lo que no tengo es paciencia — explico con calma, frotándome los ojos mientras la extenuación me invita a rendirme, y yo la rechazo.

Heron asiente en silencio y finalmente acelera, abriéndose paso en el tráfico caótico de la ciudad.

— Voy a ser padre. Es oficial — anuncio, quizá solo para mí mismo, probando cómo suena en voz alta.

— No sé si felicitarte o darte el pésame.

— Creo que ambas cosas serían apropiadas.

5. VERONA

— Horrible — decide Luana, descontenta con mi look, dejándose caer en el sofá como si no lo hubiera visto en siglos.

— Me gusta — replico, quitándome el vestido de corte clásico y sencillo, pero de tela exuberante y satinada, y añadiéndolo a la inmensa pila del "sí".

No veo la ropa como un adorno; debe completar mi estado de ánimo. Hablar por mí antes de que yo lo haga, presentarme en silencio. La ropa no miente, las personas sí. Y mucho.

— Claro que te gusta, va con tu humor últimamente. Negro y ácido, como un día de resaca después de una borrachera.

No necesito girarme para mostrar mi cara de fastidio por la dramatización exagerada de Luana, ya que seis grandes espejos verticales están repartidos por la habitación para facilitar la elección.

— Has estado insoportable, Verona, por el amor de Dios — continúa Luana, aunque yo no haya respondido en realidad. — Parece que te has adoptado a esa nube gris que lleva todas las miserias del mundo. Nadie diría que acabas de volver de la luna de miel. Sinceramente.

Revuelvo los ojos, ignorándola, sin querer darle la razón, pero sabiendo que los últimos tres días han sido puro desmadre.

Nada más llegar, el gerente de mi banco me recibió con la bomba de que Rodrigo estaba haciendo retiros altos y consecutivos de nuestra cuenta conjunta, a la que él nunca aportó ni un centavo. La tarjeta de crédito al límite y el pedido de talonario de cheques a mi nombre fueron la gota que colmó el vaso. Mi sistema hormonal, ya alterado, se sumó a la causa y me dejó reactiva como hacía tiempo no recordaba. Rodrigo había superado todos los límites del sentido común.

Ni siquiera me había contactado hasta que le negaron el acceso a mi dinero. Desde entonces, un interminable número de mensajes y súplicas empezó a llegar, casi tan constantes y rítmicos como el tic-tac de un reloj.

Alguien tenía que traerme el trofeo a la imbécil de la década. Me cuesta creer que llegué a convencerme de que ese tipo podría ser el padre de mis hijos.

El fastidio que ya sentía adquirió una nueva capa y se transformó en puro jugo de veneno —que bebía a tragos grandes y glotones— hundiéndome en el sabor amargo que la mera existencia de mi ex dejaba en mi boca.

Ya no quedaba rastro suyo en mi apartamento; cambié las cerraduras y avisé en portería que no le permitieran la entrada si intentaba volver cuando yo no estuviera. Siempre fue ingenioso; le sería fácil fingir que se le olvidó la llave y pedir acceso al conserje.

Cada buen recuerdo que había guardado con cariño se hacía añicos a medida que pasaba el tiempo, y ni siquiera me molestaba en barrer los fragmentos que dejó. Espero que se conviertan en polvo y se los lleve el viento, como toda la basura que nadie limpia y que se desintegra poco a poco.

— Tienes casi tantos vestidos en la pila del "sí" como en la del "no", por si no lo habías notado — interrumpe Luana mis pensamientos de autocompasión. — Los refuerzos ya vienen, pero el ascensor no funciona. Están subiendo por las escaleras — me avisa con el móvil en la mano, seguramente mandando fotos a Helena y Raquel, acompañadas de varios emojis de vómito.

Miro las dos butacas completamente cubiertas por los vestidos que ya me probé sin dar un sí definitivo a ninguno.

— Bueno, ya son muchos menos que cuando empezamos. — Me encojo de hombros, sabiendo que elegir el vestido para el lanzamiento de mi colección nunca sería algo sencillo.

Me he preparado para esto toda la vida; tenía que vestirme a la altura del evento.

— Me pidieron que ayudara a subir el almuerzo. ¿Sabrán que para ayudar tengo que bajar y volver a subir?

— ¿Pero quieres comer? — pregunto con seriedad, juzgando su razonamiento perezoso.

— Ah, llegarán aquí eventualmente — descarta mi reprimenda con la cara más descarada del mundo.

Cierro el vestido rosa pálido y acomodo las copas del sujetador. Me gusta lo que veo. Me giro de lado, buscando en el reflejo alguna pista de que estoy embarazada. Aparte del carrusel hormonal, todo sigue en su sitio, sin el más mínimo cambio.

Paso las manos por el corpiño elegantemente iluminado por diminutas cuentas de cristal que dan a mi escote el brillo de una noche estrellada, abrazando mi cintura con firmeza antes de soltarse en una falda que cae con la ligereza que solo el tul puede tener.

Bajo del taburete queriendo probar la sensación de caminar con el vestido y le doy una palmada en el muslo a Luana, que se sobresalta y protesta.

— Pon la mesa, voy a bajar a ayudarlas.

— ¿No podemos comer directamente de las bolsas?

— No. No somos cuatro indigentes. ¡Levántate ya! — exijo, lanzándole un cojín con todas mis fuerzas, pero ella lo esquiva sin el menor esfuerzo.

— Pobrecita. Tendrías que comerte tres bueyes con frijoles para poder hacerme daño, amiga, ubícate — se burla, poniéndose de pie.

La verdad es que la fuerza bruta nunca fue mi punto fuerte. Siempre me llamaron palillo, flaca, espeto de churrasco. Soy feliz con mi cuerpo, pero soy consciente de que aparento cierta fragilidad física.

Dejo la puerta entornada al salir al pasillo, y el sonido hueco de mis pasos con las sandalias de madera japonesa resuena por los escalones… hasta que unos pasos rápidos se suman a los míos.

Oigo la respiración entrecortada de quien sube con la furia de dos titanes y siento su olor antes de verlo. Inhalo profundamente el aroma masculino y perfecto —pocos hombres saben cómo combinar bien un perfume con su piel—, y continúo bajando, dominada por la curiosidad creciente de saber quién es.

No tarda en aparecer, y lo que me golpea no es un puño, sino una descarga de pura fuerza bruta y belleza masculina, emergiendo dos tramos de escalera más abajo.

Violencia. Es la única palabra que me viene a la mente para describir al hombre que todavía no me ha notado. Violentamente perfecto. Sus facciones son pura virilidad, esculpidas como en granito. Su cuerpo poderoso, una masa de músculos trabajados y sudorosos que nunca conocieron la palabra fragilidad, y sus manos —mi punto débil—, hermosas, limpias, toscas de ese modo irresistible que solo tienen las manos con venas marcadas.

Un conjunto devastador que se detiene en seco al verme, sin darse cuenta de que yo ya me había detenido para admirarlo.

— ¡Buenos días! — gruñe él, y soy recibida por otro ataque inesperado.

La mirada. Una que podría pulverizar cualquier diamante en bruto que alguna vez hubiera pasado por mis manos. Su cuerpo desprende calor, pero sus ojos —de un azul gélido— me atraviesan como una descarga, recorriéndome la columna y despertando cada célula de mi cuerpo, completamente alerta ante su presencia opresiva.

Suspiro con discreción antes de responder, notando una leve falta de aire al intentar formar las palabras. De repente, la escalera se siente demasiado estrecha, mal ventilada, y el aire, escaso.

— ¡Buenos días! — respondo con un gesto educado que no refleja, ni de lejos, la forma en que me gustaría saludar a este ser.

— Alfonso — se presenta con rapidez, directo, aún envuelto en esa capa de seriedad que me hace imaginar cómo será cuando sus labios se curven en una sonrisa. Extiende la mano, pero la retira casi de inmediato al notar el sudor en su piel, disculpándose con un gesto breve.

El tejido del vestido pesa sobre mi cuerpo, haciéndome dolorosamente consciente de la fuerza de su mirada, que vibra en mí como el eco de un grito reprimido por haberme derribado sin querer.

— Verona. Moraes — respondo con suavidad. — Un placer, Alfonso.

Mi voz suena líquida al pronunciar su nombre, y se percibe que, efectivamente, fue un placer conocerlo. La sonrisa traviesa que se forma en sus labios confirma que entendió exactamente cuánto. Rezo para que esa boca se abra del todo, pero el gesto muere antes de ofrecerme el espectáculo completo.

— Si me permite — pide paso, como si yo fuera algún obstáculo físico en una escalera de más de dos metros de ancho. Sin perder el compás, me aparto a un lado, señalándole el camino libre.

— Todo suyo — digo con un tono insinuante, deseando volver a provocar esa media sonrisa que me dejó temblando.

Confirmo que es del tipo provocador cuando sube dos escalones hasta quedar justo frente a mí. Aun siendo más alto, yo estoy un peldaño por encima, y aunque no me toca, puedo sentir el calor de su aliento abrasador rozando mi piel al murmurar un "Gracias" demasiado cerca para ser legal sin besarme.

Asiento y parpadeo en respuesta, intentando recomponerme, pero ahí está: una pequeña fisura en su fachada sombría y severa. Sus labios se aprietan apenas, como en una sonrisa contenida, y me descubro deseando que vuelva a hacerlo.

Respiro hondo mientras él se aparta y continúa subiendo con el mismo paso firme y rápido de antes. Llevo una mano al cuello, sintiendo el pulso golpearme la garganta. Bajo algunos escalones, y la humedad vergonzosa entre mis piernas me susurra puta.

Ni siquiera me ha tocado.

Y yo estaba comprometida hace apenas unos días.

— ¡Qué gran ayuda, doña Verona, esperándonos aquí arriba, ¿eh?! — me saluda Raquel, levantando las bolsas en señal de reproche.

— Perdón, estaba ocupada babeando — contesto, todavía impresionada por mi propia reacción.

— ¿Qué?

— Vecino nuevo, brutalmente delicioso; todavía me late el corazón. Y, debo añadir, siento la pulsación en lugares muy, muy lejos de mi corazón.

— Gente, esta escalera tenía una sola función, ¿cómo no lo vimos venir?

— ¿Era tan dios? — pregunta Helena, pasándome algunas bolsas.

— Violento de lo bueno que estaba. Irreprochable. Gracias a Dios que no fue Luana la que bajó a ayudar, o ustedes habrían presenciado, como mínimo, un atentado al pudor. Porque esa mujer accidentalmente se habría lanzado de la escalera para caerle sentada en la cara.

Subimos compartiendo risitas tontas y llegamos a la conclusión de que mi reacción exagerada se debía al embarazo y a los inevitables cambios hormonales. Afuera del apartamento, encontramos a Luana esperándonos en la puerta, exactamente como la profesional del chisme que es.

— Entren ya, que tengo un bombazo que contarles. — Agita las manos para que entremos rápido, con la mirada fija en la puerta del apartamento del pasillo. — ¿Pero qué les pasó, eh? ¡Tardaron siglos! — protesta, ansiosa, sentándose en la mesita de centro (esa que tiene terminantemente prohibido usar como silla).

— Acabo de ver a un macho que, miren, van a pensar que exagero y lo entenderé, porque hasta yo pensé que era un delirio. Imagínense un pedazo de hombre con cara de malo.

Se levanta para gesticular con más libertad, presentándolo como si fuera un producto en promoción o una tarjeta de fidelidad que la vendedora te obliga a aceptar.

— Todo en orden, ¿me entienden? Ojos claros, un cuerpo criminal, y la voz… por Dios… esa voz de quien manda y desmanda, y les juro que si me hubiera dicho "arrodíllate", ni habría esperado a preguntar dónde. Estoy enamorada.

Se deja caer en el sofá con tanta fuerza que despeina su propio cabello, simulando el efecto que él tuvo en ella, y todas estallamos en risa.

— Verona también se cruzó con él, y ahora muero de curiosidad por conocer a ese dios griego en persona — anuncia Raquel, cruzando los brazos y golpeando el suelo con el pie en señal de incredulidad.

La única que se mantiene impasible es Helena, probablemente la única capaz de rivalizar con el aire de altivez sensual y peligrosa de Alfonso. Ella no se inmuta ante la belleza ajena. Y yo tampoco me inmutaría si viera a una diosa; lo hago todos los días cuando me miro al espejo.

— Ni lo sueñes, que yo lo vi primero — protesta Luana, poniéndose de pie al instante.

— ¿Quién lo dice?

— Cariño, estás embarazada, respétame. La única libre para vivir un romance tórrido con tu vecino buenorro soy yo.

— Hasta donde sé, estoy soltera. Pero tienes razón, no está en mis planes andar acostándome con desconocidos — digo, mintiendo con todos los dientes.

Luana se levanta y coloca un florero junto a la puerta entreabierta.

— ¿Qué estás haciendo?

— Quiero escuchar cuando abra la puerta, para correr casualmente hasta allá. Necesito que conozcan a mi futuro marido.

— ¡El delirio, por favor! — exclama Helena. — No puede ser como ustedes lo describen, tienen gustos completamente distintos. Es físicamente imposible que un mismo hombre las haya dejado a las dos en ese estado. Eso debe ser hambre. — sentencia, mientras empieza a repartir los paquetes de comida en la mesa, que Luana ha preparado con el mismo caos que la caracteriza.

— ¿Te estás arreglando para un velorio o son ideas mías? — Raquel interrumpe la primera cucharada de pollo con castañas que iba a llevarme a la boca, alcanzando la pila de vestidos del "sí" que tiene al lado. — ¿Por qué tanto negro?

— Está de luto por el imbécil que perdió — responde Luana, ya comiendo de su cajita y robando papas fritas del plato que había jurado no querer.

— No digas tonterías. El negro hace resaltar la joya, chicas. Es un desfile de joyas, no de modelos. Todas las que usen piezas de mi colección irán de negro.

— Claro, para no robarle protagonismo al producto. Pero ese no es tu caso. Tú eres la creadora de la colección, tienes que brillar antes de que el foco te encuentre siquiera.

— No. — Un vestido vuela a un rincón. — Por Dios. — Otro se une al primero. — No. — Y otro. — Ni loca mientras siga viva... — Helena elimina uno tras otro los vestidos "fúnebres", según su criterio.

Levanta uno de corte particularmente escotado que no me encanta, pero que admito me queda muy bien.

— ¿En serio? — pregunta, con cara de asco.

— Te lo dije — añade Luana, sin levantar la vista de su comida.

— Mucho mejor — sentencia Helena, extendiendo los siete vestidos que sobreviven a la masacre, los únicos que, según ella, merecen ser probados.

Luana se levanta de golpe, todavía masticando, y corre hacia la puerta antes de que me dé cuenta de lo que está haciendo.

La puerta se abre de par en par, y ahí está Alfonso. Yo bajo la vista, anticipando la vergüenza que será ver a Luana coqueteando descaradamente con él.

No sé cómo ese hombre logró ducharse y arreglarse en tiempo récord, pero el impacto de verlo con traje no le queda atrás a la visión pecaminosa que fue en ropa deportiva.

Solo que… no es con él con quien Luana está hablando. Espera… ¿a quién está invitando al lanzamiento?

Todo ocurre más rápido de lo que puedo procesar. Ella entra, toma dos invitaciones de mi escritorio y, con una desfachatez monumental, invita a Alfonso y a su acompañante a mi evento, sin mirarme ni una sola vez, ni buscar el más mínimo gesto de aprobación.

El otro hombre sale de entre las sombras: mayor, calvo, de ojos claros, cuerpo robusto y expresión de delincuente, lanzándonos una mirada rápida y cortante.

— Parece que nos volvemos a encontrar, Verona — dice Alfonso, y su voz atraviesa el aire entre nosotros con una facilidad irritante.

— Bienvenido, vecino — respondo, intentando sonar casual, aunque la tensión se me clave entre los hombros.

La interacción, apenas incómoda, no pasa inadvertida para ninguna de mis amigas, que se quedan en silencio observando cómo la tensión se instala en el ambiente, capa tras capa, mientras solo Luana se atreve a romperla.

— Nos vemos en la fiesta, Heron. Alfonso — los despide con un beso en cada mejilla, como si fueran amigos de toda la vida. Y Dios es testigo de que se refregó contra Heron, que la mira pálido, aturdido por la efusividad de mi amiga.

Ellos bajan las escaleras y Luana todavía tiene el descaro de quedarse en la puerta haciéndoles señas de adiós.

— Sabía que no podía ser el mismo tipo — concluye Helena, convencida de que tenía razón desde el principio.

— El mío es Heron. Ni siquiera había visto al tal Alfonso, lo acabo de conocer — anuncia Luana, cerrando la puerta y sentándose con solemnidad, esperando el análisis colectivo de su futuro marido, título que ella misma le otorgó a Heron apenas dos segundos después de conocerlo.

— ¿Eres consciente de que ese hombre tiene edad para ser tu padre, verdad? — pincha Helena, arqueando una ceja.

— Bueno, pero no es mi padre. ¡Siguiente! — replica Luana, girándose hacia Raquel como si cada una tuviera derecho a una sola crítica sobre su romance imaginario.

— Atractivo. Cincuentón, pero atractivo. Solo que no me pareció muy interesado, Lu.

— Ya veremos — responde, dándose una palmada en los muslos, en actitud desafiante. — Ahora la que necesita ayuda para elegir un atuendo soy yo. Tengo que deslumbrar, porque Verona ya tiene al macho en la puerta, esperando para entrar. ¿Vieron cómo te miró, amiga? Hasta me dio escalofríos.

— Delirio tuyo. Apenas cruzamos un par de palabras. Fue amable, nada más, intentando librarse de tu intromisión con educación — me defiendo, aunque ni siquiera me acusó de nada, con una mezcla de pudor y halago escondido.

— Ajá, claro. Ofrécele un té y luego hablamos.

— Hasta hace unos minutos me estabas acusando de querer seducir a los vecinos, y ahora pretendes empujarme a sus brazos.

— Ay, mujer, ubícate. Al mío no podías tocarlo, pero al tuyo sí. Y, para que sepas, también le di una invitación, así que no te quejes, que todo lo hago yo y lo único que recibo es ingratitud.

Luana abre mi portátil sin pedir permiso y se concentra en la pantalla, mientras Raquel, Helena y yo seguimos centradas en la misión principal: el look para el lanzamiento. Pero su repentino silencio, tan impropio de ella, despierta nuestra curiosidad.

— Sé que voy a arrepentirme de preguntar esto, Lu… pero ¿qué estás haciendo?

— Viendo el plano del lugar del evento — responde sin apartar la vista, mordiéndose la punta de una uña.

— ¿Y para qué, exactamente? — pregunta Raquel, apartando sus rizos del rostro y acercándose al ordenador por detrás del sofá donde Luana se ha instalado, abandonando por completo su almuerzo.

— Para buscar los mejores sitios donde sentarse — responde con la misma inocencia que el demonio antes de cometer un pecado.

Y todas estallamos en carcajadas. Pero claro, la curiosidad es una vieja lasciva, y terminamos uniéndonos a ella para averiguar —puramente de forma hipotética— cuáles serían esos asientos privilegiados.

6. ALFONSO

— Esa muchachita es peligrosa — murmura Heron, visiblemente incómodo con Luana, que lo recibió a la entrada del evento con muy poca ropa y demasiado entusiasmo.

Verlo debatirse entre no retroceder ante el ataque de la chica y no tocarla al mismo tiempo fue casi tan divertido como ver a Santiago cargar con la culpa de las travesuras que yo hacía cuando éramos niños.

— Nunca imaginé que llegaría el día en que te vería asustado por una mujer, Heron. — Mi mano busca su hombro en un apretón firme que termina en una palmada burlona en la espalda.

— No sea imbécil, Su Alteza — responde sombrío, mostrando los dientes por un segundo antes de recuperar la compostura. Se rasca la cabeza, acomoda la corbata y vuelve a su serenidad habitual. — Fue vergonzoso. Es una niña.

Heron entra en el corredor oscuro antes que yo y se arranca la corbata bufando. Me río por dentro, porque sé que lo hace para quitarse de encima el perfume de Luana, que sin duda se impregnó en la tela. Murmura algo ininteligible y acelera el paso, sin prestar atención a la decoración que nos rodea.

No esperaba que un desfile en una cueva funcionara, pero ahora, caminando por las largas galerías de roca caliza moldeadas por el tiempo, entiendo el encanto del concepto. Pequeños pedestales de piedra de sal, en tonos que van del ámbar al coral, sostienen grandes cúpulas de vidrio que protegen, bajo una luz tenue e íntima, las joyas más caras de la colección.

Modelos vestidas completamente de negro —sombras humanas deslizándose a nuestro alrededor— exhiben combinaciones de piezas menores, moviéndose con una elegancia etérea.

— Estabas muy amigable con Verona, alias la madre de tu hijo. Vi cómo la miraste. ¿Cuál es tu problema, Alfonso? — suelta Heron, tajante.

También me lo pregunto.

Mi plan era simple: conocerla, averiguar si pensaba continuar con el embarazo y negociar un contrato para la entrega de mi hijo. Una transacción comercial, nada más. Después de todo, la mujer estaba casada.

Pero tras horas analizando sus redes sociales y las de todos los que la rodean, descubrí que la boda nunca se celebró y que sigue soltera. Así que una propuesta de matrimonio —para legitimar a mi hijo y evitarle el estigma de bastardo— se volvió la prioridad. Me dediqué a estudiar su pasado con la atención de quien selecciona a una reina.

Su exnovio era un mediocre de la peor calaña: ludópata, mantenido, y orgulloso de serlo. Vivió a costa de Verona durante años; sus cuentas revelan que todo el dinero que gastaba provenía de ella, y las de ella confirman que sostuvo tanto la casa como al parásito.

Al principio pensé que era una burguesa inmadura —como tantas en mi círculo—, otra niña rica que compra compañía masculina. Pero, cavando más hondo, descubrí que no. Verona es una mujer fuerte, hecha a pulso, con inteligencia, estrategia y una obstinación que la llevó tan lejos como su talento le permitió.

Fue criada por una familia de acogida con un historial de maltrato hacia los niños que recibían, aparentemente demasiados como para gestionar algo parecido al afecto. Aquella gente trataba a las criaturas como un negocio. Además de la ayuda del gobierno, recibían donaciones de organizaciones benéficas y hasta de particulares conmovidos por su supuesta generosidad al acoger a tantos pequeños necesitados.

Verona había surgido literalmente de la basura. Encontrada en la calle cuando aún era un bebé, tenía apenas tres años cuando fue rescatada y siete cuando terminó realocada en el cautiverio familiar que ellos llamaban “hogar de acogida”.

Huyó muchas veces. En algunas ocasiones fue encontrada y devuelta; en otras, regresó por su cuenta, obligada por la edad o la necesidad. A los trece años ya trabajaba como ilustradora clandestina en Internet —haciéndose pasar por mayor— con la ayuda de las mismas amigas que tiene hoy. Todas vivían mejor que ella y la apoyaban prestándole sus recursos para que pudiera trabajar a escondidas.

Con el tiempo, Verona se convirtió en una ilustradora conocida, aunque firmaba con un seudónimo. Dibujaba de todo: personajes, escenarios, retratos personalizados. Con eso reunió el dinero suficiente para, al cumplir dieciocho años, viajar a Italia e ingresar en la mejor facultad de Bellas Artes del país. Cumplió dieciocho un día y partió al siguiente, sin despedirse, sin dejar rastro. Los registros policiales la daban por desaparecida. En su segundo año de carrera ya era becaria por mérito propio y comenzó a firmar sus obras con su nombre real.

Italia es el corazón del diseño mundial, y los joyeros italianos son buscados por su excelencia. Ella solo abandonó el país al graduarse, volviendo a Brasil con un contrato de trabajo y de formación continua garantizada: la empresa cubriría todos los estudios adicionales que quisiera realizar. Empezó como pasante y, en apenas tres años, su ascenso fue meteórico. Hoy es económicamente independiente, vive de las inversiones que hizo con un instinto casi quirúrgico.

Cuanto más leía sobre ella, más me impresionaba. Si antes solo sentía curiosidad, ahora quería escuchar todo de su propia voz: su vida contada por ella misma. Porque, desde mi punto de vista, Verona ya era una de las mujeres más inteligentes e interesantes que había conocido. Y eso que apenas la conocía… y conozco a mucha gente.

La admiración creciente que me inspira me hizo ajustar mis planes. Por eso dejé a mis abogados preparados para cuando llegue la conversación final.

Quiero a esa mujer para mí. Para mi reino.

Es, en toda su simplicidad extravagante, perfecta.

Su pasado y su presente se unen para mostrarme más de lo que ella podría expresar con palabras. Sus actos, su tenacidad, la persona que se ha forjado sola… todo en ella me atrae.

Mi problema se ha convertido en parte de su solución. Ahora solo me queda convencerla de eso. Y si todo sale bien —y saldrá—, conquistarla mitigará el impacto de que descubra quién soy realmente y lo que planeo hacer con ella.

La atracción física entre nosotros es solo un extra. No alteraría mis planes aunque no me sintiera atraído. Pero si los dioses quisieron concederme ese regalo, no puedo hacer más que agradecerlo: además de una mente brillante y principios admirables, es hermosa, suave y profundamente femenina.

Mirarla es fácil. Se la aprecia por capas.

La pequeña peca sobre el labio es lo primero que llama la atención: un detalle sensual y encantador. Los labios finos, casi de muñeca, enmarcan un rostro de rasgos delicados pero marcados, y sus ojos… sus ojos contradicen toda esa fragilidad. Son puro fuego, una advertencia y una promesa al mismo tiempo. Dicen que está lista para cualquier cosa. Y eso, por sí solo, bastaría para que la quisiera arrodillada, llamándome señor, esperando una orden.

Su cuerpo esbelto y sus piernas interminables dibujan una línea tan elegante que me resulta difícil apartar la vista. Es la viva imagen de la gracia clásica, casi regia. Y, aunque siempre creí preferir pechos grandes, los suyos me hicieron cambiar de idea: discretos, perfectos, como si el propio vestido rosa que llevaba —con aquel corpiño que parecía unas manos sosteniéndolos— los hubiera moldeado para mí.

Ella es perfecta.

Y será mía.

De hecho, ya lo es.

Solo falta que se le notifique.

— ¿Estás escuchando lo que te digo?

— Sí, Heron, te escuché las tres primeras veces que lo repetiste, pero no tengo una respuesta honesta que darte. O al menos, no una definitiva. En cuanto la tenga, serás el primero en saberlo.

— ¿A mí me vas a venir con eso, Alfonso? Llevas controlando cada paso que da esa mujer desde el momento en que bajó del avión y pisó suelo brasileño. Sabías perfectamente que el ascensor estaba averiado. No me extrañaría nada que tú mismo te hubieras encargado de eso, solo para acorralarla en la escalera. Planificas con precisión militar hasta el tipo de entrenamiento físico que haces cada mañana, ¿y quieres que me crea que no sabes lo que estás tramando aquí?

— Hablas como si yo fuera algún gánster peligroso, cazando vírgenes indefensas para sacrificarlas.

— No me gusta cuando te apartas de los protocolos. Mira este lugar, Alfonso. ¿Tienes idea de cuántas cosas pueden salir mal contigo en este país? — Asiento con un leve gesto. — Exacto. Y no conforme con eso, nos metes en un sitio cerrado, con una estructura improvisada, lleno de periodistas y fotógrafos, con una iluminación mínima y un equipo de seguridad reducido solo a mí. No me gusta nada esto.

— Heron, solo intento conocer a la madre de mi hijo. Quizás podamos ser amigos… o amantes. No tiene por qué convertirse en un drama si ella no quiere, pero necesito acercarme a ella. Y pronto.

— Claro, "amigos". Nadie se acuesta con los enemigos. Tu descaro es indignante.

— Muchas personas se acuestan con sus enemigos, Heron.

— Tal vez en tu círculo, no en el mío.

— Nuestro círculo es exactamente el mismo. — Su boca se abre y se cierra sin sonido alguno, incapaz de rebatir.

— ¿Ya hablaste con tu hermano?

Golpe bajo. Mencionar a Santiago solo sirve para recordarme el caos que dejé atrás mientras estoy aquí, jugando al gato y al ratón.

— Sí, hablamos con frecuencia. Está ocupado torturando a mi prometida. — Heron niega con la cabeza y aprieta los labios, dejándome claro que piensa que somos la misma clase de desastre. Y lo somos. — Espero que no de forma irreversible — añado, súbitamente serio.

— Y si planeas ser "amigo" de la madre de tu hijo, ¿cómo piensas continuar con ese compromiso?

— Ese será un problema para el Consejo. Estamos hablando de una cuestión de Estado, algo que afecta la vida de muchas personas. No puedo tomar esa decisión solo. Pero creo que está bastante claro que no me casaré con Ariana. Simplemente, no puedo hacerlo. Tendremos que encontrar una alternativa que no active todos los protocolos de crisis del país.

— ¿Y quién demonios va a casarse con ella, entonces?

— Espero que esta vez sea alguien que a ella le convenga. Necesito librar a mi hermano de ella y librarla a ella de mi hermano antes de que ocurra algún bochorno diplomático. Por la forma en que Santiago habla de ella, una de dos: o él o ella están destilando veneno, y me arriesgo a decir que es mi hermano. No lo presioné sobre eso, no había nada que pudiera hacer, así que lo dejé en sus manos, pero será algo que no podré aplazar por mucho tiempo. Santiago no tiene la misma paciencia que yo, y Ariana no tiene la culpa de haber quedado temporalmente a su merced.

Nos acomodamos en las sillas para el desfile. Una larga pasarela, no negra sino de un azul profundamente oscuro y fuertemente iluminada, se extiende a los lados. Varias personas empiezan a tomar sus puestos, acomodándose en las sillas junto a nosotros.

Heron guarda silencio, concentrado en todas las amenazas que solo sus ojos, capacitados y entrenados, saben detectar en un evento que no ofrece peligro alguno.

— Mis abogados están en alerta, por si Verona llegara a convertirse en un problema mayor. Ella tiene que entender que en este caso concreto, mientras lleve a mi hijo en el vientre, no será una mujer libre. Si para eso tengo que sepultarla bajo la burocracia legal, así será.

— Un poco cruel para quien hace dos minutos decía querer ser amigo de la chica.

— No quiero tener que recurrir a eso, pero si hace falta, Verona puede buscar alternativas, claro, pero todas la conducirán hacia mí. Tiene otras opciones, por supuesto, pero las he analizado una por una para asegurarme de que no pueda recurrir a ninguna.

7. VERONA

Por milésima vez busco su mirada y la encuentro. No importa dónde esté, Alfonso pasó la noche entera rondándome, sin llegar realmente lo bastante cerca como para saludarme.

Irritante.

Parece que sus ojos tienen un efecto magnético sobre los míos; dondequiera que me detenga y mire, él me está mirando de vuelta. Intensamente, sin apartar la vista. Da igual cuánto tiempo mantenga el foco en su dirección, él sostiene mi escrutinio sin pestañear, de una manera insinuante que deja claras sus intenciones no dichas.

Alfonso está abiertamente coqueteando conmigo, rondándome, acorralándome, no dejándome otra alternativa que admirar su belleza pura y cruda en todas las oportunidades que tengo. Y lo hago. Permito que mis ojos recorran los lugares que quisiera tocar, dejo que muestren cómo querría ser tocada y espero. Espero que los mensajes lleguen a su destino y vuelvan sigilosamente, alimentando el circuito de deseo que circula y palpita entre nosotros. Un organismo vivo, inspirando voluntades, espirando anhelos.

Su amigo Heron permanece a su lado como si sufriera. Luana hizo algunos intentos, pero decidió dejarlo en paz por ahora, para que se recompusiera. Ha decidido que es tímido y que necesita espacio para respirar antes de un nuevo avance.

Heron me dedicó apenas una mirada corta que yo notara, y fue casi dolorosa la manera ofensiva en que sus ojos me midieron. Lo que la mirada de Alfonso tiene de permisiva, la de Heron lo tiene de cortante. Puede parecer una locura atribuir tanto a un gesto, pero la suya decía a gritos que o una de dos: o no quería estar allí o deseaba que yo no estuviera. Todo lo contrario de Alfonso que, salvo por la sonrisa que estoy segura me hará luchar para conseguir, concentra toda la atención de su cuerpo en mí.

Me siguió cuando otras personas me felicitaban, se hizo presente en conversaciones de las que no formó parte. Me acompañó en el desfile con la joya que abría la noche, dejándome caliente y expuesta bajo la mirada de todas las otras personas que presenciaban nuestro juego sin saberlo.

Y me hizo compañía durante mi discurso de agradecimiento, cuando pensé que me emocionaría por poder decir en voz alta que el sueño de mi vida se estaba cumpliendo; pero la mirada vibrante que clavó en mí todo el tiempo que pronuncié cada palabra acalló el ruido a nuestro alrededor, convirtió ese agradecimiento en algo íntimo cuando no lo era. Debo decir que, aunque mis ojos estaban perfectamente alineados con el horizonte, pude sentirlo posarse sobre mi piel en cada paso que di hasta el púlpito para subastar las tres piezas elegidas por el público para la acción benéfica.

La creciente tensión de esa distancia autoimpuesta me hizo entender dos cosas: en algún momento él se acercaría, muy cerca. Y parece que sólo está jugando conmigo para provocar la reacción que favorezca el ataque que inevitablemente vendrá.

Sus gestos amables y su trato educado con todos los que reclaman su atención no disimulan la postura opresiva ni la mirada depredadora que me dedica. Me está aderezando, afilando mi atención, entrenando mis deseos, mis ánimos, generando expectativa.

Un jugador evidente. Un bello cretino.

Lo que me lleva a la segunda conclusión: esta misma noche voy a descubrir el sabor de su sonrisa y de su boca. Y no puedo esperar.

Me gusta ser cazada, cortejada, deseada. No tenía idea de cuánto echaba de menos ser seducida hasta cruzarme con él por primera vez. Y nunca pensé que fuera un blanco tan fácil, pero está claro que él es un adversario de peso… y yo estoy dispuesta a perder.

Una celebración, un regalo. Eso sería él. El punto culminante de mi corta carrera como soltera libre y desinhibida. No es que tuviera intención de volver a comprometerme tan pronto, pero un compromiso muy serio y largamente esperado, de varios meses y para toda la vida, me esperaba guardadito en el vientre.

Una noche impulsiva de sexo desquiciado era un capricho que me merecía, y Alfonso estaba, evidentemente, más que dispuesto a concedérmelo.

Una tras otra, lo observo rechazar a las muchas mujeres que lo abordan con las más diversas excusas, mientras converso con mi equipo sobre los próximos meses y cómo iré migrando gradualmente a un formato de trabajo completamente remoto antes de que empiece mi licencia de maternidad.

Al final, el vestido elegido para esta noche fue un clásico: no negro, pero de corte imperio, pura seda color champán, con trenzas dobles bordadas justo en los lugares donde las miradas deberían detenerse en mí.

Alguien me alcanza una copa de champán, que acepto sin beber, apenas humedezco los labios tras el brindis, y cuando las actividades terminan, el público empieza a dispersarse.

Me acerco a Alfonso solo lo suficiente para verlo susurrar al oído de una rubia escultural, con voz grave y propuestas indecentes que alcanzo a captar desde donde estoy. Su brazo roza el antebrazo de ella en una caricia suave que la hace derretirse bajo su mirada, y yo desvío mi camino, dirigiéndome al probador para recoger mis cosas antes de salir.

Sí, me gustaba su atención. No, no estoy dispuesta a compartirla. No llega a ser una decepción el malestar que se instala en mi estómago al verlos juntos, pero sí resulta incómodo, y desde luego no sabe a una noche bien terminada.

La brisa fresca de la calle y las luces brillantes son un corte drástico —y bienvenido— respecto al ambiente íntimo del evento.

Ya en la acera, esperando mi coche, envío un mensaje a las chicas —que se marcharon antes del lanzamiento para dejarme "casualmente" sola y disponible— avisando que me voy sin compañía.

—Creo que fui claro cuando le dije que no estaba interesado —la voz de Alfonso resuena grave, varios metros detrás de mí. Lo veo de espaldas, retirando con educación el brazo de la rubia del suyo. Pero ella insiste. Descaradamente.

—¿Haciéndote el difícil, amor? —Se pega a él, y él no retrocede; solo usa las manos para obligarla a apartarse, aplicando la fuerza justa, sin pronunciar una sola palabra.

—Sabes que me deseas, y yo estoy aquí, ofreciéndome gratis —ronronea, descarada.

—Confío en que la señora comprenda el significado de una palabra tan simple como "no". Puedo perdonarla si ha tenido una alfabetización precaria, pero sospecho que no es el caso. ¿Correcto?

—¿Necesitas ayuda por ahí? —pregunto en voz alta desde el otro lado de la calle, solo para llamar su atención hacia mi presencia.

—Te estaba buscando —responde Alfonso con sencillez—. ¿Vas a llevarme a casa? —ofrece, con esa media sonrisa traviesa queriendo asomar en la comisura de sus labios.

—Tal vez. Pensé que te habías perdido. —Le hago un gesto con la mano para que cruce la calle, y lo hace, dejando a la rubia de brazos cruzados y a un Heron que se despega de las sombras de una columna, sonriendo, aunque no hacia mí.

Alfonso le indica que se retire, y él obedece sin una palabra. Veo a la rubia volver al recinto mientras Alfonso se coloca a mi lado.

—¿Has venido en coche? —pregunta, con la seguridad de quien sabe que no me iré sin él, y una naturalidad tan cercana a la prepotencia que solo se perdona porque tiene razón.

—Sí. ¿A dónde te gustaría que te llevara, Alfonso? —La sonrisa en mis labios deja claro que no es una pregunta inocente.

Él dibuja con el dedo índice el aire alrededor de mi cuello, trazando el contorno imaginario de mi rostro, sin llegar a tocarme.

— Hablando así, nadie diría que estabas a punto de abandonarme solo — murmuró demasiado cerca de mi boca. Sus palabras me hacen inclinarme hacia él, deseando recorrer el camino inverso que hicieron y descansar en su boca.

— Imaginé que a esta hora estarías en la cama de… — lo provoco, señalando hacia el lugar donde antes estaba la rubia.

— Kelly — completa él. — Con K.

Me río y apoyo la mano en su pecho, dejando que el calor atraviese mi palma.

— La única cama en la que pienso acostarme hoy es la mía.

Retiro la mano, interpretando una despedida educada, igual que lo vi hacer varias veces durante la noche.

— Pero eres bienvenida en ella — añade, haciendo una seña al aparcacoches, que me entrega las llaves sin reconocerlo.

Todo lo que veo es él.

Todo lo que él ve soy yo.

Le paso las llaves del coche y él no pregunta nada; simplemente nos lleva por calles anchas y desiertas. Conduce como vive: de forma medida, segura y poderosa.

Cuando abre la puerta del coche, no hay ni un atisbo de prisa. Se mueve y reacciona como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Casi me ofende ser la única que da a este momento la importancia suficiente como para estar nerviosa.

— Puedo oír lo que piensas — declara, ya dentro del ascensor, con la mano en el botón de nuestro piso.

— ¿Y qué estoy pensando?

— Estás replanteándotelo.

— ¿Y eso es un problema?

— No. En absoluto. — Se apoya con aire despreocupado contra la pared del ascensor. — Dime que no me quieres aquí, o en ningún otro sitio, y tus órdenes serán seguidas al pie de la letra. Pídeme que me detenga en cualquier momento, y me detendré. No me pidas nada, y también me detendré. Tómate el tiempo que necesites, porque cuando te subas sobre mí, no quiero mirar a tus ojos, enterrado bien dentro de ti, y encontrar una sombra de duda. Porque entonces, me detendré.

No supe si aquello era un incentivo o una amenaza, pero creí cada una de sus palabras. Ese hombre respira control en cada uno de sus gestos —calculados milimétricamente— y en cada palabra que pronuncia, pensada para causar exactamente el efecto que busca en su objetivo, ni más ni menos.

El ascensor se detiene a unos pasos de las puertas de nuestros apartamentos y él simplemente abre la suya sin mirar atrás, sin presionarme, sin obligarme a decidir mirando esos ojos turquesa que sacuden mis sentidos y me dejan aturdida.

Me detengo en el umbral, debatiéndome entre avanzar o retroceder. No es que nunca haya tenido sexo con un desconocido o que temiera lo que pudiera pasar dentro de esas paredes; simplemente no estaba del todo segura de que fuera fácil marcharme después. Y si iba a perder la dignidad por sexo, prefería mantenerme lejos de él.

Y con ese pensamiento grabado en la cabeza, hago lo único que podía hacer en una situación así: doy un paso hacia adelante, entro en su apartamento y le doy un sí silencioso que confirma que puede hacer conmigo lo que le plazca.

En el mismo instante, me encuentro aplastada entre su cuerpo y la puerta; el calor de su pecho, contrastando con el acero helado de la superficie a mi espalda, me hace jadear, abriendo espacio en mi cuello que él reclama como suyo, hundiendo su boca voraz y caliente en mi piel encendida.

El peso de su cuerpo sobre el mío me obliga a sentir también la tensión de sus músculos, presionados contra los míos. Abro la boca para respirar, y él se apodera de ella como si ni siquiera el aire tuviera permiso para salir de mi cuerpo sin su orden. La fuerza de su beso hace que las bisagras de la puerta rechinen detrás de mí, y en un instante me intercambia de lugar, apoyándose contra ella justo lo suficiente para que yo lo monte. Me carga por la sala y por el pasillo, sin esfuerzo.

Sus dos manos aprietan con fuerza mi trasero y me depositan en la cama. Se arrodilla frente a mí, arrancándome un gemido cuando sus dedos acarician suavemente mis piernas, abriéndolas como si le pertenecieran. Con un movimiento ágil, desliza el cierre lateral de mi vestido y, de inmediato, quedo desnuda bajo su mirada. Me levanto solo para que la tela caiga por completo y se amontone en el suelo. Nada queda entre mi piel y su escrutinio. Exhibo mi desnudez con orgullo.

El muy cabrón finalmente sonríe, y me doblo por dentro con el impacto. Me inclino hacia él, lamiendo su sonrisa, como si pudiera guardarla, memorizarla con la boca. Mis manos se hunden en su cabello, acercándolo más, saboreando con más ansia el gusto de su lengua, mientras las suyas recorren mi cuerpo. Se restriega contra mí, se encaja entre mis muslos y agarra mi trasero para impedir que me escape… como si tuviera intención de hacerlo.

Dejo sus labios con un gemido, y él recorre mi garganta con la lengua, succionando más fuerte de lo necesario. Siento los pechos pesados, la entrepierna latiendo, palpitante, desesperada contra los impulsos de su cadera, frustrada por la cantidad absurda de ropa que él todavía lleva. Toda. Completamente vestido. Y yo, completamente entregada.

Una maldita sonrisa. Aunque no hubiese venido aquí con la certeza absoluta de lo que quería, esa sonrisa endemoniadamente perfecta me habría convencido en el acto. No intento quitarle la ropa, solo arqueo la espalda y me expongo más a su mirada, recorriéndolo de arriba abajo con la mía.

—¿Es algún tipo de fetiche tuyo? ¿Follar con ropa?

—No. Pero si lo es para ti, yo encantado.

Hasta su voz me follaba sin siquiera tocarme. La forma en que sus frases se volvían susurros me hacía querer suplicar sin saber exactamente por qué. Solo por el placer de escucharlo concediéndome algún deseo.

—Quítatela para mí. Quiero mirar —le pido.

Y mi pie roza su abdomen justo antes de que él se levante, sujetando y besando mi pantorrilla, empujándome más arriba en la cama mientras se va desnudando, sin apartar sus ojos de los míos.

Alfonso no baila, ni intenta desnudarse de forma sensual. En su rostro, la expresión de quien sabe que tiene cara de sexo y no necesita hacer el más mínimo esfuerzo para mostrar lo que ya es. Deseo puro encarnado. La imagen clara de la lujuria genuina.

—¿Mejor? —pregunta, sin esperar respuesta, y completamente desnudo encuentra espacio entre mis piernas y me acomoda sobre su regazo, sin otro punto de equilibrio más que su propio cuerpo.

Sus manos me aferran, me retuercen ligeramente, examinando mi carne en una exploración lenta y perezosa que me desespera. Lo muerdo con fuerza en el hombro, protestando, chupando su piel, y él me sujeta del cuello, fijando sus ojos en los míos mientras lame mi boca… antes de empujarme contra el colchón y girarme de espaldas, subiendo sobre mí y abrazando mi trasero con sus muslos poderosos.

—¿De qué sirve exhibirte si no puedo mirar? —protesto, incómoda por la posición.

Él se ríe. El hijo de puta se ríe con una carcajada tan deliciosa y me da una palmada fuerte en el trasero, un golpe sonoro que me toma por sorpresa, y grito.

Suaviza el impacto frotando la palma abierta sobre el lugar donde pegó. Y cuando levanta la mano, anticipando otro golpe, lo amenazo:

—Si me vuelves a pegar...

—¿Qué vas a hacer? ¿Gozar? ¿Pedir más? —me interrumpe, enumerando posibilidades mientras sube las manos por mi espalda, repartiendo besos y mordidas a lo largo de mi columna, haciéndome olvidar por qué estaba peleando.

—¿Implorar que lo repita? —continúa, rozando sus dientes contra mí, interpretando mi gemido como un sí.

Aprieto las sábanas bajo mis manos cuando él mueve las caderas con una lentitud tortuosa, mojando su polla con mi excitación, frotándola contra mí.

—Jugosa. Exactamente como me la imaginaba. Joder.

Me muevo inquieta, queriendo liberarme de la presión incendiaria concentrada en mi vientre, que se expande por todo mi cuerpo. Él hunde los dedos en mí y grito, no por sorpresa, sino por frustración. Necesito sentir su piel en mis manos, en mis uñas. Su mano fuerte me sujeta por la cintura, mientras la otra, aún dentro de mí, entra y sale con un ritmo cruel. Uno de sus muslos se desliza entre los míos, liberando una de mis piernas, que flexiono instintivamente para poder moverme contra sus dedos, arqueando más el cuerpo hacia sus manos.

Su toque no es brusco, es exigente… y me hace sentir que me derrito por dentro. Aprieta una de mis nalgas, cambia ligeramente de posición y, cuando su boca se une a sus dedos, me desarmo. No tengo fuerzas, el sudor me recorre la piel y hace que las sábanas se sientan húmedas bajo mí. Libre de la prisión de sus muslos, me incorporo y quedo completamente a cuatro patas. Él sigue lamiéndome mientras muevo las caderas, perdida, sobre su boca, sin ver nada, solo sintiendo el orgasmo acercarse, lento y devastador.

Siento cómo cada anillo de placer se aproxima, se funde, hasta convertirse en una sola tensión liberadora que me atraviesa en un calor sofocante, haciendo de mi piel una masa de electricidad estática, vibrante de gozo. No puedo dejar de moverme sobre su cara, casi como un reflejo automático de un cuerpo que ya no decide nada, salvo que necesita más.

Alfonso lamió cada uno de mis temblores y bebió mis gemidos mientras yo perdía la fuerza en las manos, quedando abierta para él, medio derrumbada sobre la cama.

Lo veo levantarse y quiero hacer algo, pero tendría que moverme y renunciar a los deliciosos espasmos que todavía castigan mi cuerpo, cada vez más espaciados entre sí… y no pienso desperdiciar ninguno. Así que me quedo exactamente donde estoy, cierro los ojos unos segundos y saboreo el momento.

—Si quieres seguir durmiendo, te llevo a tu cama —dice.

La voz de ese hombre es tan sexual que solo el sonido ya compite con el propio acto. Es casi un canto, bajo, suave, para confundirte y dejarte hundir en el deseo infinito de ser poseída hasta la extenuación.

—No estoy dormida —respondo, abriendo los ojos y devolviéndole la provocación con una sonrisa.

—Bebe —ordena.

Me ofrece un vaso de agua más grande de lo que sería lógico en cualquier casa. Solo cuando siento el frío condensado del vidrio entre mis dedos me doy cuenta de lo sedienta que estoy… y de lo sorprendente que resulta que él lo haya notado.

¿Será posible que haga todo con ese nivel de atención?

Le devuelvo el vaso vacío y abro la boca para preguntar cómo, pero me la cierra con un beso violento, muy distinto a los anteriores. Sus manos me aprietan con más fuerza, con más hambre. Esta vez, cuando me toma por la cintura, es para girarme y sentarme sobre él, su polla chocando entre nuestros cuerpos, dura como una piedra.

Me inclino, queriendo lamerlo, pero él me detiene sujetándome por la nuca, guiándome hacia otro beso profundo, apretando mi pecho con la mano libre y haciéndome jadear bajo su dominio.

Mis manos se extienden por todas las superficies disponibles, explorándolo como un juguete nuevo. Él se reclina un poco en la cama, apoyando las manos detrás del cuerpo, mostrando la musculatura tensa y morena, abriendo espacio entre nuestros torsos desnudos para que yo me mueva con libertad.

Con una mano, guío su polla palpitante hacia mi entrada y levanto las caderas para descender sobre él, acomodándolo dentro de mí, centímetro a centímetro, en un encaje apretado. Mi humedad lo abraza y lo succiona, queriéndolo más profundo, pero el límite de mi cuerpo parece menor que el suyo, y no logro sentarme del todo.

Me alzo sobre él, moviendo las caderas en pequeños círculos, subiendo apenas unos centímetros y bajando despacio, probando un ritmo que no me lastime. Él permanece inmóvil, tal vez acostumbrado a que su tamaño necesite unos segundos para ser recibido por completo.

Se recuesta hacia mí, presionando mis rodillas como si me pidiera que lo monte mejor, todavía sin intentar embestirme, demostrando un autocontrol casi clínico que me impresiona… y me asusta.

Acaricia mis manos y las coloca juntas sobre su abdomen para que pueda apoyarme mejor. Y me irrita que eso, de hecho, me haga sentir más cómoda. Subo mi cuerpo con rabia por el hecho de que él perciba mis necesidades antes que yo, y sin siquiera decir muchas palabras.

Contraigo los músculos internos justo en la punta de su polla, bajando con fuerza y usando esas contracciones para tragármelo hasta el fondo.

Alfonso lleva los dedos a la unión de nuestras intimidades, acariciando mi clítoris, y le doy un manotazo para quitarlos de ahí. Aprieto la erección incrustada dentro de mí, gruesa por todos los lados, y me froto contra él sin retirarme ni un centímetro, solo usando un movimiento suave para acomodarlo mejor.

Establezco un ritmo delicioso que me lleva a cabalgarlo con intensidad, incapaz de contener mis gemidos. Él sujeta mis manos y levanta el torso hasta quedar frente al mío, pero yo no dejo de sentarme encima. Su boca vuelve a buscar la mía con la misma ansiedad con la que me acomodo en su polla, intentando contener el volumen de mis gemidos… y fallando miserablemente.

Alfonso atrapa uno de mis pechos con la boca y yo pierdo la cabeza, viéndolo casi gruñir en respuesta cuando mis músculos se contraen en un ritmo que, ahora que me acostumbré al grosor con que me llena, puedo mantener con firmeza.

El sonido húmedo de nuestros cuerpos chocando con fuerza cuenta una historia de pura necesidad.

—Joder… ven aquí —gruñe, atrayéndome aún más cerca, apoyando los pies en el suelo y marcando un ritmo imperativo e irresistible.

—Me encanta cómo suenan tus gemidos —dice, lamiendo mi boca mientras me folla con furia, con un cierto grado de abandono que demuestra por primera vez esta noche. Sus ojos se oscurecen, al menos tres tonos, en respuesta.

—Pero yo quiero oírte gritar —declara con seriedad, mordiendo mi boca y tirando de mis labios con los dientes.

Jadeante pero decidida, arqueo la espalda como si buscara más espacio dentro de mí, mientras el placer vuelve a devorarme por dentro. Esta vez no llega educadamente, sino en pequeñas olas que me azotan, una tras otra. Esta vez, me arrasa con violencia y sin permiso. Siento a Alfonso seguir embistiéndome con fuerza, profundo y denso, prolongando los gritos que tanto quería escuchar… y que, con gusto, le entrego.

Su rostro hermoso y jadeante está atravesado por una fuerza brutal, casi destructiva. Y yo me permito entregarme por completo al hombre más hermoso que he visto perderse en el placer dentro de mí.

No creo que algún día pueda borrar de mi memoria la intensidad de esa mirada… pura posesión sin justificación.

Acaricio su rostro con ternura, sin moverme, sin atreverme a levantarme para sacarlo de dentro de mí. Pero él lo hace sin piedad, saliendo rápido, y por un segundo… me congelo. Me doy cuenta de que en ningún momento usamos preservativo.

Mis ojos se abren, preocupados, pensando en todos los riesgos de tener sexo con alguien que comparte su cuerpo con decenas de mujeres como rutina. Pero cuando me muevo, incómoda, él aplasta mis inseguridades de un solo golpe.

—Nunca, en toda mi vida, me corrí dentro de alguien sin protección. Esta ha sido la única vez.

Podría ser una de esas frases que repite a todas, típico de un cabrón que no soporta usar condón, pero la intensidad de su expresión y el peso de la certeza en su mirada me dicen que no tiene ningún motivo para mentir.

Asiento en silencio, pero me desenredo de él, poniéndome de pie con las piernas aún temblorosas, buscando mi vestido por la habitación.

—¿Huyes tan pronto?

—Mi cama está justo ahí —digo, señalando hacia la salida.

—A menos que realmente planees dormir —explica, haciendo una pausa para lamerme el rostro. Mi piel reacciona, caliente, invitante.

—Yo todavía no he terminado contigo.

La determinación depredadora grabada en su cara —una cara que también me dan ganas de lamer— y la intención dominante y arrogante de su mirada me hacen sentir que todo este tiempo solo estaba siendo preparada para el ataque salvaje y depravado que sus palabras prometen.

—Quiero destrozarte de tanto follarte. Si me lo permites, claro.

8. ALFONSO

Apoyado en el alféizar de la ventana, escucho en silencio a mi hermano reírse a carcajadas de mi cara, esperando pacientemente que su ataque pase. Pero como tarda más de lo que mi paciencia permite, le advierto:

—No tiene gracia, Santiago. Ella sigue dormida. —Miro el reloj rápidamente, como si no lo hubiera hecho compulsivamente en las últimas cinco horas, sabiendo perfectamente cuánto tiempo ha pasado incluso antes de mirar—. Lleva durmiendo casi nueve horas. Esto no puede ser normal —me quejo, exasperado.

La carcajada explosiva de mi hermano me hace doler la cabeza. Me paso la mano por el cabello, irritado, mientras camino por la sala del apartamento.

—¡ Alfonso! —grita entre risas, intentando controlarse y fracasando miserablemente—. A algunas personas les gusta dormir. No todos son un zombi maniático como tú. Los seres humanos normales necesitan al menos siete horas de sueño por noche. Pero dime una cosa: ¿estás nervioso porque aún no has tenido sexo hoy, o porque te preocupan los hábitos de descanso de tu mujer? Porque todavía no entiendo por qué estás tan inquieto.

—No estoy inquieto. Solo estoy comentando un hecho, y tú te estás comportando como un niño insoportable —le acuso, enfadado.

He pasado una eternidad escuchándolo quejarse de mi prometida, sabiendo que todo se reduce a deseo reprimido. Ahora lo veo comportarse como un cachorrito enamorado de la princesa, y aun así no he hecho de su vida un infierno por eso. Solo lo juzgo en silencio, esperando que en algún momento lo admita, para poder juzgarlo en voz alta.

Y aquí estoy yo, lleno de problemas, intentando entender qué diablos hizo Ariana para tenerlo tan rendido en tan poco tiempo de convivencia, y qué demonios está haciendo mientras se hace pasar por mí.

Y cuando me quejo de algo tan simple como esto que me está sacando de quicio, él se burla como si yo fuera un payaso actuando en un circo.

Increíble.

—Le diste una paliza de polla a tu mujer y te despertaste nerviosito —resume entre carcajadas—. Así que dime, o fue sensacional y no puedes esperar para repetir, o fue una mierda y estás buscando cómo librarte de ella. ¿Cuál de las dos es?

—¿Paliza de polla? ¿Qué clase de expresión es esa? —le reprocho, cruzando los brazos sobre el pecho.

—He estado aprendiendo las jerga de los brasileños —explica, como si eso fuera algo de lo que sentirse orgulloso.

Entrecierro los ojos antes de responder.

—Pues guárdalas para quien te las enseñó, y trata a Verona con más respeto, por el amor de Dios. —Mis manos se liberan para gesticular toda la incredulidad que carga mi voz.

Santiago pone los ojos en blanco, retuerce los labios, cruza los brazos y espera que yo diga algo primero.

Nos quedamos en silencio, conectados a través de la pantalla.

Vuelvo a caminar en círculos, mordiéndome el interior de la mejilla mientras calculo el peso de mis próximas palabras.

—Me corrí dentro —admito en voz alta.

Mi hermano no muestra reacción alguna, y lo miro, seguro de no haber sido lo suficientemente claro.

—Sin preservativo —especifico.

La imagen vuelve a mi cabeza, y no consigo sentirme verdaderamente arrepentido, aunque sé que debería.

El rostro de mi hermano palidece, sus ojos se agrandan, abre la boca sorprendido y luego aprieta los labios con tanta fuerza que empiezan a temblarle. No resiste y estalla en risa.

—Estás jodidísimo, Alfonso —declara divertido—. Te lo juro, esto me está alegrando el día. Por favor, llámame siempre que tengas un problema, en serio. —Sigue riendo mientras yo me aparto del dispositivo, intentando no escuchar sus tonterías—. He vivido toda mi vida esperando este momento: ver al hermano sensato, comprometido con la corona, el ejemplo de todos los mortales, haciendo una estupidez tras otra. —Niega con la cabeza, aunque aún ríe, y levanta las manos en rendición antes de rematar—. Genial. De verdad. Me estás haciendo muy feliz. Has vuelto a ser mi hermano favorito, Alfonso.

—Marqué a mi mujer como un maldito neandertal y, aunque no me arrepiento, sé que estuvo mal. No debí hacerlo sin su consentimiento —me reprendo a mí mismo, mientras intento poner en palabras el desastre en el que me metí.

—¿Pero ella no te pidió que usaras protección? —pregunta con un mínimo de seriedad, por primera vez en el día.

—No, se le olvidó —admito, desviando la mirada hacia la ventana, súbitamente interesado en el clima afuera.

—Entonces no es solo culpa tuya.

Sería fácil aceptar su conclusión, pero no sería justo.

—Ella lo olvidó. Yo no —declaro, en mi propia contra—. Sabía exactamente lo que hacía desde el momento en que desabroché mi cinturón.

—¿Y ella no dijo nada? —se rasca el oído antes de continuar —. No es como si pudiera volver a quedarse embarazada de ti. ¿Cuál es el gran problema?

—No, pero deberías haber visto la cara de pánico que puso cuando pasó.

—Vamos, cuéntalo todo. No me hagas estar aquí cavando un pozo sin fondo, joder.

—Le dije a Verona que había sido la única mujer con la que lo había hecho.

—No mentiste.

—No mentí.

— Alfonso, ¿estás acostándote solo con ella?

La malicia en su pregunta me toma desprevenido, pero sigo el hilo de su pensamiento.

Venganza. Me burlé de las declaraciones de amor que hizo por Ariana y ahora quiere verme de rodillas por Verona. Está oliendo sangre en el agua.

—¿Y por qué eso sería relevante para el caso? —respondo a la defensiva, acomodándome de nuevo frente al ordenador, con la pierna derecha rebotando arriba y abajo, reflejo puro de ansiedad.

—¿Lo estás?

No va a soltar el hueso hasta que lo admita y lo interprete a su manera.

—Estoy bastante seguro de que no tengo la obligación de responder a eso.

Santiago saca el móvil del bolsillo trasero y hace una llamada, cortando el sonido del micrófono.

Ni dos minutos después, vuelve con una sonrisa tan amplia como la del gato Garfield cuando le sirven lasaña, estampada en su rostro.

—No vas a aguantar —dictamina, apuntándome con el teléfono como si estuviera haciendo cálculos mentales mientras habla.

—¿Qué?

—Heron me dijo que no has tocado a ninguna otra mujer desde que empezaste a estudiar el expediente de Verona más a fondo.

Tengo que recordar despedir a Heron en cuanto regrese de su permiso forzado.

—Hermano, estás jodido a niveles estratosféricos. —Santiago entrelaza las manos detrás de la cabeza y me lanza una sonrisa presuntuosa de mierda.

—¿Creías que traicionaría a mi esposa?

—No. Pero ella no es tu esposa.

—Bueno, lo será. Y eso es lo único que importa.

—Si ella duerme veinte horas al día y tú apenas cuatro o cinco en los días buenos, y resuelves tus frustraciones, problemas y celebraciones con sexo, no veo cómo puede cuadrar esa ecuación. Sin contar con que está embarazada: no puedes follártela a tu manera. Y pronto no podrás de ningún modo. ¿Cómo piensas manejarlo? —pregunta con genuino interés, y descubro que mi hermano piensa que soy un pervertido idiota.

—Hablas como si fuera un animal en celo. Soy perfectamente capaz de controlar mis impulsos sexuales, Santiago, por favor.

—Entonces, ¿por qué estás haciendo un agujero en el suelo solo porque no está disponible para ti?

Masajeo mi cuello y llevo las yemas de los dedos a las sienes, haciendo movimientos lentos y circulares antes de responder.

—Esto no tiene nada que ver con sexo, Santiago. Verona es una mujer decente, una persona… —hago una pausa buscando las palabras correctas—. Una persona que no merece ser manipulada ni acorralada. Y eso es exactamente lo que estoy haciendo. Temo estar partiendo de un principio equivocado para conseguir lo que quiero.

—Te estás sintiendo un canalla. Bueno, malas noticias, hermanito: eso es exactamente lo que estás siendo. Y espero que ella pueda perdonarte cuando descubra que eres un hijo de puta manipulador, porque vivir el resto de tu vida con alguien que podría matarte mientras duermes debe de ser un poco tenso, incluso para ti.

Quitando el dramatismo implícito y la exageración caricaturesca de sus palabras, me veo obligado a darle la razón.

Oigo el pomo de la puerta girar y Verona aparece, deslizándose con cuidado, toda desarreglada, el rostro marcado por la almohada, el cabello completamente despeinado y descalza, llevando los zapatos en la mano.

Se mueve pegada a la pared, intentando no entrar directamente en mi campo de visión, pero no lo consigue.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, poniéndome de pie.

Ella se encoge, avergonzada.

—Intentaba no interrumpir —susurra, señalando a Santiago.

Me doy cuenta de que he cometido un error cuando oigo el ruido de mi hermano intentando contener la risa al otro lado del portátil.

Debería haber cortado la llamada, pero no me muevo para hacerlo.

Avanzo hacia Verona, la mantengo en su sitio con los brazos, inhalo el aroma de su cuello, sostengo su rostro, rozo mi nariz contra sus hombros desnudos.

—Buenos días —la saludo.

Ella intenta apartarse de mí, con la mirada fija en la pantalla, claramente molesta porque el idiota de mi hermano aún no ha tenido la decencia de desconectarse.

El rubor se esparce por su rostro, y con lentitud, casi con delicadeza, aparta mis manos de su cuerpo y dice que tiene que irse. Pero la traicionan sus pupilas, dilatándose para mí, reaccionando a la excitación que chispea automáticamente entre los dos.

Rozo mis labios con los suyos, sin llegar a besarla de verdad, y la provoco:

—Podrías haber usado mi baño. No cobro por eso. —Le guiño el ojo izquierdo, sonriendo.

Ya he notado que pierde la compostura cada vez que le sonrío abiertamente.

—¡Verona! —se oye una voz masculina gritar.

Golpes fuertes sacuden la puerta, y ella aprieta los ojos en reconocimiento, encogiéndose un poco.

La chispa de miedo que leo en su mirada es suficiente para hacerme crecer y caminar a zancadas hacia la entrada.

— ¡No! — me llama en voz baja. — No abras la puerta. Deja que se canse y se vaya — pide avergonzada.

Los gritos se intensifican del otro lado y empiezan a llover varios improperios.

— ¿Tu ex? — pregunto, sujetando sus manos entre las mías.

Ella asiente con la cabeza y se disculpa. Le beso la frente y le aseguro que está todo bien, pero no lo está; el miserable continúa voceando insultos y golpeando la puerta.

Sus grandes ojos marrones no dicen nada, sólo su cuerpo expresa la tensión que siente. Intento contener la respuesta furiosa que empieza a hervir en mí. No puedo exponerla a un episodio de violencia y he dejado a Heron en un hotel todo el día. Hago una anotación mental: asignar un equipo de seguridad para ella cuanto antes, y la invito a sentarse en el sofá.

— Te llamo más tarde, Santiago. — Le doy la pauta a mi hermano, que seguía en la llamada aunque en silencio.

— No hagas ninguna estupidez, Alfonso, y, si puedes, no mates a nadie — recomienda con calma y cuelga.

Escuchamos un grito femenino sumarse al de Rodrigo, y Verona se levanta de un salto hacia la puerta. Reconozco a Luana allí, peleando con el hombre y exigiéndole que se vaya.

Verona abre la puerta y sale al pasillo. El pequeño trozo de mierda al que ella llama ex se atreve a agredirla.

Él aprieta su brazo y la empuja contra la pared diciéndole que ella no puede hacer eso, que él tiene derechos por la unión estable, que no puede simplemente echarlo como si fuera un perro callejero.

Cuando salgo tras ella y le clavo la mirada al tipo, con una ira mortal cocinándose en mi sangre, tengo que convocar todas las habilidades físicas y mentales que me han entrenado a lo largo de los años para transmitirle a ella una mirada calmante. Veo la marca en su brazo, la piel clara ya enrojecida por la presión de los dedos.

— Le sugiero que suelte a la señorita — digo entre dientes.

— ¿Quién es ese maricón? ¿Ahora yo también soy cornudo? ¿Es eso? — se dirige a mí, aflojando el agarre en su brazo. Luana empieza a tirar de ella para alejarlas. — Es mi mujer, no te metas donde no te llaman — Rodrigo me amenaza, con el dedo demasiado cerca de mi cara.

— Le pediría por favor que dejara de gritar y se dirigiera a las señoras con más respeto. — pido, sintiendo en la piel el sudor de la violencia, pero esforzándome por mantener la compostura que me enseñaron en situaciones de crisis.

— Verona, Luana. Por favor, entren en casa.

Verona no tiene su bolso, así que me coloco delante de Rodrigo para que ellas entren a mi apartamento con seguridad antes de que yo cometa un crimen y las obliguen a presenciar esta situación lamentable.

— ¿Pero qué carajo es esto? — grita Rodrigo, como la puta que es, detrás de mí. — ¿Quién es ese tipo, Verona? — escupe la pregunta hacia ella y me empuja con las manos en la espalda. — ¡Putilla de mierda! ¿Quién es ese tipo?

— El padre de su hijo — respondo, para desesperación suya, y agarro su cabeza por la frente, los dedos bien abiertos clavándose en ella; él grita sorprendido.

Lo empujo de un solo movimiento pensado para causar el máximo impacto y daño en el poco espacio que hay. El sonido seco del cráneo golpeando la pared, seguido por el desmayo, solo deja de ser música para mis oídos cuando me vuelvo y veo a Verona pálida preguntándome:

— ¿Qué acabas de decir? — Percibo que podría mentir, pero no quiero.

— Soy el padre del hijo que estás esperando — declaro. El destello de pena que cruza su rostro se refleja en el mío como un rayo, y siento al instante cómo mi máscara de control se rompe por completo en su presencia.

9. VERONA

La confusión se apodera de mí mucho antes de que llegue la comprensión.

Alfonso está de pie, justo después de declarar que es el padre de mi hijo.

Y aunque quiero creer que fue solo algo que dijo para alejar a Rodrigo, sé que no tenía cómo saber de mi embarazo, mucho menos cómo estar seguro de que Rodrigo no era el padre de mi bebé.

La sensación de que algo muy malo está a punto de estallarme en la cara me golpea con tanta fuerza que siento las piernas flojas. Me aferro al marco de la puerta para absorber el mareo que llega junto con la certeza de que Alfonso es sinónimo de problemas… y que yo pasé la noche literalmente con las piernas abiertas para él, pidiéndole que entrara.

—¿Qué dijiste, Alfonso? —pregunto, y veo a Luana acercarse a Rodrigo y soltarle un par de bofetadas. Él ni siquiera reacciona.

—Creo que sigue vivo, pero no pondría la mano en el fuego —declara ella, como si la posibilidad de que lo hubiese matado fuera un diagnóstico trivial.

No me río solo porque estoy realmente a punto de desmayarme.

El nerviosismo de toda la situación se acumula en mi estómago, y en segundos siento el sabor de la cena de anoche subiendo por mi garganta, pidiendo a gritos ser liberado.

Giro el pomo de la puerta solo para darme cuenta de que dejé mi bolso —con la llave dentro— en el apartamento de Alfonso.

Entro medio a ciegas por su puerta, y él me sigue de inmediato, colocándose entre mí y la salida cuando intento marcharme.

—Necesitamos hablar —pide, pero me deja pasar en cuanto sus ojos se fijan en los míos.

Mis manos tiemblan mientras busco la llave en el bolso pequeño y lleno de cosas.

Con las piernas a punto de dormirse y la cabeza empezando a latir —sin duda resultado de la presión subiendo— abro la puerta, dejando caer algunas cosas, y me dirijo directamente al baño, dejando a todos atrás.

Entro en la ducha y abro el agua fría al máximo, empapándome la cabeza y la nuca, buscando un alivio que no llega.

Siento la saliva calentarse y acumularse en mi boca antes de caer de rodillas y vomitar.

Luana entra al baño y se encuentra con una escena que, sin duda, parece peor de lo que realmente me siento, porque no me dice ni una palabra antes de llamar a una ambulancia para socorrerme.

Claro que la vida nunca es tan simple como a mi amiga le gusta creer, y el operador de emergencias la vuelve loca con preguntas antes de convencerla de que no necesito una ambulancia solo por estar vomitando las tripas en el baño —especialmente si, como ella misma informa con dramatismo, estoy apenas al inicio del embarazo—, lo cual tiene el efecto contrario al que pretendía.

Alfonso entra al baño, incluso después de que Luana se planta delante de él, todavía con el teléfono en la mano, hablando con el personal médico.

Él simplemente la toma por la cintura y la aparta, como si fuera un mueble pequeño e inconveniente en su camino.

Él protesta y lo insulta, pero a él no le importa ni se compadece.

Sale del baño y regresa con una silla, que coloca frente a mí, ayudándome a sentarme en ella. Me levanta del suelo con la misma facilidad con que había apartado a Luana.

No tengo fuerzas para quejarme, porque hablar me parece un esfuerzo que ahora mismo está fuera de mi alcance.

Vuelvo a vomitar con violencia, empapándole los pantalones y los zapatos, ya completamente mojados no solo por el agua del grifo que salpica sobre él, sino también por mi vómito.

Él sostiene mi cabeza, aparta mi pelo del rostro y me coloca justo debajo del chorro de agua, de modo que caiga solo por el cabello y no me impida respirar.

El peso de mi cabeza sobre el cuello lo sostiene él.

Y aunque estoy furiosa, confundida y completamente humillada, apoyo las manos en sus caderas y dejo la frente contra su abdomen, buscando un mínimo consuelo.

Él acaricia mi cabeza, empeñado en mantener mi pelo desenredado, y empieza a quitarme la ropa empapada pegada al cuerpo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto en un hilo de voz, intentando controlar las náuseas.

—Quitarte esta ropa sucia para que te duches de verdad.

—Puedo hacerlo sola —replico, apartando sus manos, sin querer que me toque hasta que aclare qué demonios está pasando aquí.

—Claro que puedes, pero no hace falta… y no vas a hacerlo.

Se quita los zapatos, los calcetines, la camisa y los pantalones, quedándose solo en bóxer delante de mí.

—¿También tú vas a ducharte? Lárgate, Alfonso.

—Es solo para no llenarte de vómito, Verona. No voy a tocarte —se explica, sin necesidad—. Contrólate. Céntrate en lo que estamos haciendo —dice, sujetándome el rostro con ambas manos, con mucha más ternura de la que yo estaría dispuesta a devolverle.

—¿Qué coño es esto? —Luana vuelve a irrumpir en el baño y le suelta una bofetada. Alfonso reacciona con nada más que aburrimiento mortal, esperando a que termine su escena.

—Luana, Verona y yo necesitamos hablar. Yo me encargo de ella a partir de ahora. Puedes volver a tu casa. Te llamará cuando esté mejor —asegura, con toda la inocencia del mundo.

No conoce a Luana ni un poco si cree que esa pose de responsabilidad va a convencerla de irse.

—¡Ni de coña! —responde ella—. Mira al desquiciado, creyendo que puede darme órdenes en mi propia casa. —Hace una pausa, se corrige—. En tu propia casa —le señala—. En la suya —añade finalmente, apuntándome—. No vas a quedarte aquí solo con ella, grandullón. Y mucho menos medio desnudo. —Le señala el cuerpo expuesto.

Alfonso guarda silencio unos segundos antes de asentir y cederle la tarea del baño a Luana, que celebra su retirada con evidente satisfacción.

—Madre mía, qué pirado, tío.

Ella me ayuda a quitarme el vestido y casi de inmediato me siento mejor, después de unos minutos dejando que el agua recorra mi cara.

Alfonso vuelve al baño con un albornoz en la mano —entre las quejas sonoras de Luana— y me ayuda a ponérmelo. Me levanta en brazos y me lleva hasta la cama mientras Luana lo fulmina con la mirada, claramente buscando una ventana por donde arrojarlo para sacárselo de encima de una vez por todas.

Alfonso me deposita en la cama con cuidado, sin mirar nada a nuestro alrededor.

Me sostiene la mirada con ese gesto pecaminoso y pregunta si estoy bien, si tengo fuerzas para hablar.

—Puedo volver más tarde, si eso es lo que quieres.

Yo quería dormir, pero necesito saber qué está pasando, o esa sensación de haber perdido por completo el control de mi vida se irá conmigo a la cama.

El nerviosismo diminuto que siento expandiéndose por mi cuerpo a la misma velocidad que mi propia sangre no le hace ningún bien al bebé.

—Podemos hablar. —Me giro hacia Luana, buscando apoyo.

—No pienso irme a ningún sitio —garantiza.

—El asunto que tengo que tratar con Verona es de carácter personal, Luana. Preferiría que salieras.

—Y yo también preferiría cortarte en pedacitos y venderte al kilo como carne de abusón sin remedio, pero no puedo hacerlo, ¿verdad? Así que de aquí no me muevo. —Se sienta, y Alfonso me exige una respuesta con la mirada.

En el fondo, estoy segura de que no corro peligro con él, pero tampoco quiero desautorizar a Luana delante de Alfonso. Jamás me lo perdonaría.

—Lu, espérame en el salón, por favor. Quiero saber qué tiene que decir Alfonso.

—Yo también quiero saberlo, ya tengo puesta la ropa de escuchar —responde rápido, acomodándose en la butaca.

Alfonso cruza los brazos y yo le pido a Luana con la mirada que nos deje solos. Ella niega, y solo acepta cuando le digo que estará en la habitación de al lado. Se levanta, deja una silla sujetando la puerta abierta y hace una llamada de WhatsApp desde mi móvil al suyo, dejando el teléfono en la silla para poder oírlo todo.

Sé exactamente lo que está haciendo, y estoy segura de que Alfonso también lo sabe, pero no le importa —o al menos no lo dice.

Ella sale, y él arrastra mi sillón de lectura para sentarse frente a mí, cruzando las manos sobre el regazo antes de empezar a explicarme la situación que cambiaría mi vida para siempre a partir de ese día.

—Dejé almacenada una muestra de mi material genético en una clínica, pero por alguna razón que aún está dentro de los trámites de una investigación seria —y sin solución hasta ahora—, la muestra fue procesada como si se tratara de una donación, y nuestras informaciones acabaron cruzándose.

El bebé que esperas fue concebido con mi material genético.

Nunca se trató de una donación por mi parte, y mucho menos anónima, Verona.

Jamás puse mi esperma a disposición a la ligera. Guardé mis muestras y pagué por un servicio que falló, aunque todavía no entiendo del todo cómo. Esa parte deberá ser aclarada por las autoridades.

Hace una pausa, eligiendo con cuidado las palabras, y continúa:

—Me informaron hace tres semanas. Mi equipo de seguridad detectó la falla en el sistema y elaboró un informe. Desde entonces, el caso está bajo investigación. Vine a Brasil para intentar evitar precisamente lo que acabó ocurriendo, pero llegué demasiado tarde. Cuando contacté con la clínica, ya estabas embarazada… y de luna de miel.

—¿Equipo de seguridad? ¿Qué eres tú, un político? ¿De qué país vienes?

—¿Político? —sonríe apenas—. Puede decirse que sí. Trabajo como jefe de Estado. Soy de Calanthe, en Europa.

—¿Y allí habláis portugués?

—Sí. Hablo varios idiomas, tuve una buena formación.

—Relaciones internacionales, imagino. Pero… ¿qué quieres de mí, Alfonso?

Firmé varios documentos que garantizaban que el donante nunca tendría acceso a mi información. Era una donación anónima.

Busqué clínicas durante años, y aunque la que elegí no era la más cara, sí es la más prestigiosa en este campo en todo Brasil.

No entiendo cómo hemos podido llegar a esta situación.

Ese bebé es mío —aclaro, con miedo de estar equivocada, rezando para no estarlo, y deseando desesperadamente tener razón en cada palabra.

—Lo siento, Verona, pero en esto soy tan víctima como tú. Ese bebé es nuestro.

Nunca tuve, ni tengo, la intención de generar hijos para otras personas.

Y la única razón por la que pude obtener información sobre vosotras es porque la clínica sabe que está involucrada en un incidente internacional y no tuvo cómo protegerte ni mantener el acuerdo, dado que la situación escapó por completo a todos los protocolos previstos por su equipo jurídico.

—Tú quieres a mi hijo. ¿Es eso? —pregunto, confundida, sin entender adónde quiere llegar.

—No pretendo quitarte al niño, pero tengo tanto derecho sobre él como tú.

—¡La madre que te parió! —oímos gritar a Luana desde el salón.

—¿Tienes algún problema de fertilidad? ¿Por qué congelar esperma?

—La familia de mi prometida es…

—¿Prometida? ¿Estás comprometido?

Siento mis ojos agrandarse de puro shock, hinchados solo por una rabia pura y explosiva.

La bofetada que le cruzo en plena cara sella el silencio sepulcral que sigue.

Mi respiración se acelera mientras intento asimilar la audacia de este hijo de puta, uniendo poco a poco los puntos.

Está prometido, vino hasta aquí, descubrió quién soy… y todo este tiempo no ha hecho más que una campaña de buena vecindad para infiltrarse en mi vida.

Si esta confusión no hubiera ocurrido, solo Dios sabe cuánto tiempo habría seguido manipulándome y jugando conmigo como si yo fuera una idiota.

Todo este tiempo hemos estado en planos completamente distintos, y él se aprovechó de mi ignorancia, de mi confianza… de mí.

El asco tiene sabor, y se esparce por mi boca como si fuera oxígeno, nutriendo mi cuerpo hasta florecer en una reacción violenta que me hace saltar hacia él, golpeándolo con toda la fuerza que tengo, atacando cualquier parte de carne o músculo que consiga alcanzar.

—¡Eres un hijo de puta mentiroso! —grito furiosa, levantándome sobre la cama con el dedo apuntado hacia él—. ¡Un hijo de puta mentiroso! —repito, con voz grave, casi quebrada, disfrutando la sensación de descargar sobre él toda la tensión que me oprime el cuerpo como una camisa de fuerza, restringiendo mis movimientos, nublando mis pensamientos.

—Siéntate —ordena, con calma.

—¡Lárgate! ¡Fuera de mi vista! ¡Desaparece de mi vida! ¡Olvida que existo! —exijo, con la mano sobre el vientre en un gesto instintivamente protector.

El gesto no le pasa desapercibido, pero no responde a mi arrebato.

Solo se levanta y se dirige hacia la puerta.

—Volveré mañana. Descansa.

Agarro lo primero que tengo a mano y se lo lanzo, fallando por poco.

Me devuelve una mirada gélida, casi desafiándome a repetirlo.

No lo hago.

Tiene la expresión de alguien que solo necesita una excusa para empujarme contra la cama y silenciarme de una forma que terminaría como un caso policial.

—Hasta mañana, Verona.

Solo gruño en respuesta, con ganas de arañarle la cara hasta arrancársela del cráneo.

—Cuídala, Luana —lo oigo decir antes de que la puerta se cierre y yo me derrumbe sobre la cama, llorando por todo lo que he perdido: todos los años que dediqué a Rodrigo, el control de mi vida, mi dignidad… y ahora, la única cosa que era realmente mía: mi bebé.

10. ALFONSO

—Eso no es una petición. Pero si tiene dificultades para lidiar con las exigencias de su cargo, consejero, estoy más que dispuesto a liberarle de él. Con efecto inmediato.

El destello de odio en la mirada del consejero mayor del país es evidente, pero aun así me responde con cortesía, reuniendo todas las fuerzas de las que es capaz para contestarme sin dejar que el veneno se le escape por la comisura de los labios.

—No será necesario, señor; tendré una respuesta antes de que termine el día —asegura, y yo le despido colgando la llamada.

Respiro hondo varias veces. Si este día aún puede empeorar, seguro que estoy en la lista de enemigos de alguna entidad muy cabrona.

Simplemente no es comprensible la cantidad de cosas que han salido de mi control en las últimas horas.

Me levanto de la mesa de reuniones y voy al dormitorio a cambiarme. Necesito correr hasta que las piernas me fallen; quizá si agoto los miembros inferiores mi cerebro tenga piedad y se calme de una vez.

La lentitud en resolver la petición que presenté hace días ante el Consejo de Calanthe no ha hecho más que sacarme de quicio. Dejé más que claro que mi compromiso con Ariana debía revisarse. Aun así, tras varios días, sigo comprometido con la princesa y confiando en que mi hermano me represente. Y eso, en este caso, es una receta para el desastre.

Me visto con rapidez, nervioso, y me cruzo con Heron entrando en el apartamento.

—He retirado al "incidente" —así llamamos ahora a Rodrigo— del pasillo —anuncia, mirándome—. Es posible que te denuncien, sin embargo.

—Si todavía puede hablar con claridad lo bastante como para decir que me denunciaría, desde luego no has hecho bien tu trabajo.

Heron no responde a mi ataque; sabe perfectamente que enfrentarse conmigo en este estado es totalmente contraproducente. Rara vez me dejo llevar por la ira; cuando mi cerebro deja de mandar, lo que gobierna mis decisiones es una mezcla de cólera y hostilidad. Y siendo el futuro rey, esa reactividad desmedida puede convertirse rápido en un problema, así que procuro mantenerla bajo control la mayor parte del tiempo. Hoy, sin embargo, no es uno de esos días.

—Voy a salir a correr solo —aviso, ya con la mano en la manilla.

Heron discrepa, pero no se atreve a desafiarme. No cuando tengo activado el modo bestia.

Esta es ya la tercera vez que salgo a correr desde que dejé la casa de Verona esta tarde. He golpeado a su puerta en todas ellas y en ninguna me ha abierto. Hoy no será distinto.

Cierro la puerta tras de mí y llamo a la suya: una, dos, tres veces, varias. No dejo de pensar en ese imbécil golpeando la misma puerta antes y en cómo todo se puso patas arriba desde entonces. Insisto, pero con la mínima fuerza necesaria para que me oigan dentro.

No quiero asustarla ni hacerla retraerse más. Mi insistencia sólo pretende recordarle que sigo aquí. Que cuando quiera hablar, que me escuche.

Me lo digo a mí mismo, pero la voluntad de derribar la puerta y obligarla a hablarme gira en mi cabeza cada vez que me ignora deliberadamente.

Bajo las escaleras con el demonio encima y dejo el edificio para adentrarme en la oscuridad de la noche. Corro hasta que las piernas me tiemblan y entonces vuelvo. Parado en la acera frente al edificio, busco las luces del apartamento de Verona; parecen todas apagadas. Al menos ha conseguido dormir; ya no sé si tendré la misma suerte.

Doy un paso para cruzar la calle y, en mitad del paso de peatones, una moto frena y vuelve hacia mí; da vueltas a mi alrededor, impidiéndome avanzar hacia el otro lado.

La moto me rodea sin cesar, circulando a mi alrededor con velocidad. Me coloco en el pequeño espacio que el motorista me impone, esperando un asalto y comprobando que no parece armado.

Doy otro paso hacia delante; al cabo de unos minutos pierdo la paciencia de esperar a que por fin me dé una oportunidad. Mi humor sigue mandando en mis decisiones y me acerco al motorista con la furia de tres titanes.

Hoy no es un buen día para cruzarse en mi camino. Pero cuando lo alcanzo y lo arranco de la moto, percibo su olor y me detengo al instante al oír su gruñido de repulsa.

Verona se quita el casco y me golpea el hombro con él, preparándose para atacarme otra vez. Completamente vestida de cuero en plena noche, yendo en moto y amenazándome en medio de la calle. Esta mujer sin duda quiere que me muera.

—¿Qué demonios crees que haces a estas horas en la calle? —pregunto.

—No es asunto tuyo —responde, recogiendo la moto del suelo y empujándola hacia el garaje del edificio. La sigo como una sombra al atardecer y ella masculla cosas que no entiendo hasta que entramos.

—¿No te parece, como mínimo, una irresponsabilidad ir por ahí en moto a estas horas, después del puto día que has tenido? —la acuso, con tono furioso, gesticulando por su espalda.

Se gira como si la hubiera agredido.

—¿Y de quién crees que es la culpa del puto día que tuve, Alfonso?

La forma en que el cuero ajusta su piel me desconcentra, pero me niego a dejar que mi polla tome el control y mantengo un enfoque militar en sus ojos. Grandes y marrones, nada invitadores en este momento.

—Tenemos que hablar —digo, sujetándole el brazo con suavidad y atrayéndola hacia mí antes de que pulse el ascensor.

Solo las luces de presencia están encendidas a nuestro alrededor, dándole al garaje un aire de película de terror.

—Puedes hablar con mis abogados. No tengo absolutamente nada más que decirte.

—Verona.

Su atención se fija en mí. Recorre mi pecho con la mirada y la sorprendo clavando los ojos en mi polla, que se ha animado dentro de los pantalones de chándal al verla, deliciosamente envuelta en cuero, pareciendo un ángel malo cortando la noche de un modo totalmente peligroso que, por supuesto, no apruebo.

—Sé que puede no parecerlo, pero no soy tu enemigo. No te estoy pidiendo la luna; solo te pido que hables conmigo, que me digas qué piensas para que yo pueda defenderme.

—¿Ahora el guapo pide honestidad? —escupe ella—. Después de engañarme para follar contigo, con quién sabe qué intención. Te juro por Dios que si descubro que esto fue una estrategia para anular algún derecho legal que pudiera tener sobre algo, Alfonso, te arranco la polla de cuajo.

Su rostro está a escasos centímetros del mío y las vívidas memorias de la noche que pasamos, junto con una sensación cruda que crece en mí, despiertan en mi cuerpo algo parecido a una mezcla explosiva.

Me contengo, pero ella no colabora. Su boca busca la mía en una tormenta súbita de deseo y una clara demostración de dominio. Le permito descargar la rabia en mi piel, sintiendo como las marcas de sus uñas arden al instante en mi cuello y hombros. Querría responder a su altura, pero me limito a aceptar lo que me da, dejándola que me explore con avidez. Mis hombros golpean las puertas del ascensor con el impulso que ella me imprime al empujarme hacia atrás. Chupa mis labios antes de morder solo el inferior, con fuerza.

Las puertas se abren detrás de nosotros sin aviso y ella retira las manos de inmediato. La gente se aparta porque ninguno de los dos se mueve para facilitar la salida.

Le hago una señal para que entre y, cuando cruzo la mirada con la suya, el encanto sensual ya se ha desmoronado por completo y vuelve la rabia y el desprecio que vi esta mañana y que desearía poder olvidar.

—Tarde o temprano vas a tener que hablar conmigo, Verona. Tenemos que resolver nuestra situación —intento razonar.

—¿Qué situación? No tengo nada que resolver contigo. Ahora que sé que la atracción entre nosotros fue sólo un delirio colectivo y que no me afectas como pensaba, mi plan es no volver a ver tu puta cara jamás.

Contra todo pronóstico, me carcajeo en su cara. ¿Delirio colectivo? Ella puede engañarse a sí misma, pero su cuerpo está ahí, listo para ser tomado cuando yo quiera. Y la única razón por la que no le demuestro ahora mismo que está equivocada es porque sé que el beso que me dio fue más un impulso que una prueba. Me gusta que lo sepa, casi tanto como deseo seguir besando a esa plaga en forma de persona. Quiero que se vaya a dormir con mi sabor en la boca.

Cuando sale del ascensor y abre la puerta, le tomo la mano y le advierto:

—No podrás evitarme para siempre, Verona. Sé razonable. No te pido nada del otro mundo. Tienes que admitirlo.

—¿No? ¿Que no me pides nada del otro mundo? Claro, sólo quieres mi primogénito en sacrificio. Vaya, qué oferta tan fácil de aceptar.

Suelto su mano porque sé que si insisto acabaré siendo grosero y no puedo permitírmelo. No con ella. Menos hoy.

—Cuando quieras hablar, ya sabes dónde encontrarme.

Son las últimas palabras que digo antes de darle la espalda y entrar en casa.

Correr no sirvió de nada. Si antes estaba furioso, ahora, además de sentirme poseído por algún genio maligno, sigo con la polla dura.

Heron nota mi estado al entrar y ni se ríe, sabiendo que le tocará a él. Cruzo el salón pisando con fuerza y me meto en el baño. No hay ducha fría que borre de mi mente la imagen de Verona besándome con rabia, vestida de cuero. Está grabada para siempre.

Podría arrancarme las córneas y estoy seguro de que seguiría casi palpando los contornos de su cuerpo en mi memoria.

Me niego a masturbarme: sería concederle puntos. Está claro que lo hizo a propósito. No buscaba medir mi reacción; su audacia quería probar mi reacción hacia ella. Bien, si tenía alguna duda de que la quiero permanentemente en mi cama, espero que se la haya resuelto.

Lo que quiero es llamar a su puerta y devolverle la jugada, porque ella dormirá como una roca durante siglos mientras yo paso la noche en vela.

Vi en su mirada un reto. Es tan seguro como el aire que respiro que intentará enterrarme en burocracias, y que una legión de abogados me acosará hasta que ella arme otra estrategia para retrasarme y alejarme.

Que Verona piense que no previ esta situación casi me ofende, pero la verdad es que acaba de conocerme; aún no tiene idea de lo que soy capaz cuando decido que quiero algo.

Y para desgracia de la hermosa Verona, ella y el bebé no son sólo algo que quiero: son algo que necesito, y no estoy dispuesto a renunciar a ninguno de los dos.

Así que, si quiere luchar, que luche. El orden de los factores no altera el resultado.

11. VERONA

Alfonso, por décimo día consecutivo, llama a mi puerta por la mañana. Ya forma parte de mi rutina. Llama por la mañana: hora de levantarme. Llama a la hora del almuerzo: hora de comer. Llama por la tarde: hora de merendar. Y vuelve a llamar a la hora de la cena: hora de comer otra vez.

Nunca llama por la noche, pero con las náuseas y el malestar que he sentido la última semana, sé que no duerme, y sigo sus carreras desesperadas cuando sale del edificio. Lo observo escondida tras la ventana, con las luces apagadas, para no darle el gusto. Definitivamente necesita ayuda médica. No es posible que alguien que duerme tan poco siga vivo y tenga el aspecto saludable que él tiene. Seguro que algunos de sus órganos internos están siendo lentamente sacrificados para mantener esa belleza exterior.

Yo no duermo bien desde hace menos de una semana y ya noto que mi cuerpo empieza a rendirse. No dormir es casi una ofensa. No soy la misma persona sin dormir. Tal vez Alfonso sea uno de esos robots en fase de pruebas. Es la única explicación plausible para que no duerma, haga ejercicio intenso varias veces al día y no parezca enfermo a estas alturas del campeonato.

Cuando él no duerme parece un modelo sensual que acaba de despertar y se ha puesto lo primero que encontró por la mañana. Quizá no lo sabría si no mirara por la mirilla más veces de las que me gustaría admitir, pero cuando yo no duermo, parezco una mendiga. Es casi cruel la diferencia.

Noche tras noche lo veo correr como si alguien lo persiguiera, hasta perderlo de vista, y me pongo nerviosa hasta que vuelve a aparecer en la calle. Porque a veces corre durante horas, y siempre imagino que algún ladrón cualquiera lo ha descuartizado por ahí.

Como ya se ha vuelto nuestro ritual, Alfonso se sienta de espaldas a la puerta y oigo el peso de su cuerpo apoyarse en la madera después de golpear insistentemente y empezar a hablarme, aunque yo nunca le responda nada.

A veces tengo que hacer un esfuerzo titánico para no caer en su manipulación barata. Es muy difícil estar enfadada todo el tiempo con alguien que hace que tu cuerpo despierte sólo con estar cerca, con el sonido de su voz, simplemente con su presencia.

Ese hombre es peligroso, y aunque mantenerlo a distancia sea una prueba de mi determinación, necesito preservarme. Sé que si le doy una mínima apertura, en cuestión de segundos todo se complicará aún más.

Todo ya está tan confuso, nuestras historias tan entrelazadas, que no veo cómo podría permitir que fuéramos amigos, como él insiste en mencionar.

Si no fuera el padre de mi hijo, podría dejar de comportarme de esta forma tan idiota y dejar de esconder la colosal atracción sexual que siento, disfrazándola de hostilidad y distancia autoimpuesta. Pero no puedo simplemente permitir que los deseos de mi cuerpo nublen mi juicio.

Ya me acosté con un imbécil una vez, y durante demasiado tiempo. No volveré a hacerlo, por más que ya esté con la ropa puesta y loca por encontrar una sola razón para poder sentarme en su cara un momento —solo para comprobar algo— y volver a casa con mi futuro intacto.

Pero la vida no es un cuento de hadas, y aquí estoy, dentro de casa, en silencio, mordiéndome los labios para no reírme de un chiste pésimo que acaba de contar.

En su diálogo falso, me hace reír. Mi risa en su boca suena rara y divertida; no sé de dónde saca esas referencias. Él siempre hace las dos voces: la suya y la mía. Y, contra todo pronóstico, la voz que me atribuye no es aguda ni nasal, como suelen hacer cuando imitan voces femeninas. No, mi voz es más alta que la suya y grave, como si yo fuera un monstruo de las cavernas. A veces incluso gruño.

Él es ridículo, insoportable y encantador en ese papel. Y yo soy una idiota. Así que la puerta es mi única defensa contra el arsenal emocional que usa para sepultarme bajo sentimientos que me empujan a darle una oportunidad, a dejar que se explique y arregle las cosas entre nosotros. Pero no puedo.

Es más fuerte que yo, cerrarme ante todo lo que amenaza mi corazón. Su compañía, el interés que muestra por mi día… aunque la rutina que inventa para mí sea una caricatura, y me den ganas de lanzarle un jarrón cada vez que dice que debo de estar agotada de regar mis plantitas o de escaparme por la ventana. A estas alturas, sólo los cactus sobrevivirían sin salir del apartamento.

Ayer me acusó de ser de la familia de los cactus, y desde hace al menos siete días, mi nombre no ha vuelto a pasar por sus labios. Ahora me llama cariñosamente “bella bestia”, porque —según él— no respeto su espacio y quiero ser todos los personajes de esta historia. Palabras suyas, no mías.

Me gusta cuando habla de su hermano; lo hace con un cariño que casi puedo tocar. Ese amor inocente e incondicional cura un pedacito de la Verona que tuvo que pelear por un rincón oscuro donde esconderse, para no llamar la atención en una casa llena de niños ruidosos y violentos, donde el único lenguaje del amor era que el más fuerte mandaba sobre los más débiles… y se comía el postre.

No importaba cuántas donaciones llegaran; el señor y la señora Solano nunca nos alimentaban bien. Los primeros en la jerarquía comían mejor, los últimos, peor. Cuántas veces, en los días de lasaña, mi plato sólo tenía arroz con aceitunas, mientras el matrimonio comía lasaña durante días. Congelaban las "sobras". Pero sólo sobraba para ellos; para nosotros, siempre faltaba.

Crecí creyendo que el postre era el mayor premio que alguien podía recibir, y que la comida era una forma de castigo. Aún hoy como solo lo necesario para sobrevivir; comer de más siempre me parece un desperdicio de recursos, una injusticia hacia alguien.

Nunca hago una comida en paz. A veces todavía escucho la voz de la señora Solano llamándome la atención en los días de auditoría de la institución que controlaba a las familias de acogida, echándome la culpa por no ser nunca la primera de la fila, por ser débil y tonta, por no merecer postre, y por eso —decía ella— ser tan flaca y tener un aspecto enfermizo.

La primera vez que comí un dulce, fue robado. Uno de mis hermanos de acogida había recibido en la calle un paquete de maria mole, y cometí el error de quitarle una sin que se diera cuenta. Pasé tres días sin poder caminar bien por la paliza que me dio. Yo tenía siete años y él trece. La señora Solano lo vio todo y no hizo nada. Me dijo que creciera y me hiciera notar, que nadie iba a luchar por mí y que era mejor que lo aprendiera cuanto antes.

Algunas de mis fugas fueron épicas, pero moría de miedo del mundo exterior y siempre terminaba regresando, o dejándome encontrar para que me devolvieran. Los monstruos que tenía en casa no eran una incógnita para mí, y muchas veces lo malo conocido me parecía más seguro que lo bueno por conocer.

Los golpes ya no me intimidaban. Aprendí a recibirlos. Ya no significaban dolor, porque aprendí a bloquear esa reacción en mi cerebro. Lo que seguía doliendo era la humillación. Puedo contar con los dedos las veces que realmente merecí algún tipo de castigo. Hasta hoy detesto que me den golpecitos de broma o que me hablen tocándome todo el tiempo.

Pero vencí. Todas las piedras que me lanzaron, todas las patadas que recibí, me hicieron crecer con la fuerza del puro odio y me enseñaron a ser lista, rápida, a sacar oportunidades de donde no había nada. Cuando por fin alguien me tendió la mano, ya estaba lista para aferrarme a esa oportunidad con uñas y dientes. Lo hice con tanta fuerza que hasta asusté a quien me la ofreció.

—Sé que estás ahí, ¿sabes? — Alfonso interrumpe su diálogo a dos voces y me habla directamente.

Contengo la respiración, intentando no moverme. No respondo.

—Tu respiración cambió de repente.

Cuidado. Preocupación. Presencia.

Las tres cosas que él transmite solo con sentarse frente a mi puerta y hablarme solo. Las mismas cosas que me llevan por los caminos de las malas memorias de mi infancia, que me obligan a querer levantar mis defensas lo más alto posible para no volver a ese lugar de abandono, pero también me hacen querer abrir la puerta y agradecerle por no haberse rendido conmigo, aunque no le haya dado ninguna razón para quedarse.

—Está bien, ya hablamos de eso —vuelve a decir, como si yo realmente hubiera respondido.

A veces habla con tanta convicción que me pregunto si no le he contestado sin querer.

—Tú me dices si necesitas algo, y yo estoy aquí, sin preguntar nada. Y cuando no dices nada, yo invento. Me lo dirías si te sintieras mal, claro. Lo sé. No serías irresponsable con tu salud ni con la de nuestro hijo.

—¿Has bebido agua hoy, bella bestia? Hace mucho calor. Tienes que beber más de lo normal.

Hace una pausa, probablemente buscando en la memoria algún tema para continuar. Abrazo las piernas y espero.

—¿Sabías que nuestro bebé ya tiene el tamaño de una frambuesa?

Aprieto los labios otra vez, suspiro y apoyo la cabeza contra la madera, llevando la mano al vientre. Por unos segundos, se me cruza por la mente que el padre que el destino le dio a mi hijo es mucho mejor que el padre que yo elegí.

—Voy a dejarte una copia de la tabla. Al parecer, llegará a tener el tamaño de una calabaza. Lo busqué en Google. ¿Tienes idea de la cantidad de calabazas diferentes que existen en el mercado? Creo que vamos a tener que instalar un ascensor en tu habitación; no debe de ser muy seguro subir y bajar escaleras con una calabaza dentro del cuerpo.

Miro mi barriga e imagino una calabaza. Ahí está una imagen mental que preferiría no tener.

—Hablé con Luana ayer.

Pongo los ojos en blanco, juzgando a mi amiga, que no puede evitar hablar con él a mis espaldas. Nuestro grupo de WhatsApp ahora se llama "muerte al padre del bebé", un grupo que ella misma creó y que solo sirve para que me muestre sus conversaciones con Alfonso, con la esperanza de que yo termine hablando con él y pueda chismear en directo.

—Me envió una lista fresquísima de improperios —prosigue—. Y también me mandó una canción. Era funk. Había muchos peces queriendo ofrecerle algo al protagonista. Altamente vergonzoso, diría yo, pero la agregué a mi lista de reproducción.

Juzgo la canción apropiada, pero al imaginar la cantidad de "pirañas queriendo dárselo", siento una punzada de celos. No tiene otro nombre, ni necesito fingir. Ya había sentido celos antes, cuando pensé que me había cambiado por la rubia de la noche del lanzamiento, y ni siquiera sabía lo que estaba perdiendo. Ahora que lo sé, la sensación es más violenta, más amarga. No poder acostarme con Alfonso todos los días debe de ser algún tipo de castigo de otras encarnaciones, porque en esta no he hecho nada para merecer semejante penitencia.

Y el hecho de que la única persona que me impide acostarme con él sea yo misma, es un tipo muy refinado de masoquismo.

—No olvides regar tus plantitas hoy. No puedo imaginar lo enloquecedor que debe de ser tener solo a Luana fastidiándote la cabeza todo el tiempo.

Y tú. Completo la frase mentalmente. Luana y tú, Alfonso. Incluso cuando no estás sentado frente a mi puerta, estás en mi cabeza todo el día. ¿Existirá alguna institución de apoyo para embarazadas acosadas por hombres misteriosos y absurdamente deliciosos que se plantan en su puerta y no las dejan vivir en paz sin imaginar qué podría pasar de tan terrible si llegaran a abrir la maldita puerta?

Quiero decir… una mujer debería tener derechos, ¿no?

—Me dijo que sois un grupo más grande. Aún no he tenido el placer de conocer a Raquel y a Helena, pero también me enviaron insultos por audio, que Luana, muy solícita, se encargó de compartirme. Dijo que es tu mejor amiga y, por tanto, la madrina del bebé. Pero le respondí que tú prefieres a las plantas, porque ellas hablan tu idioma.

«Planta será tu culo», se forma en mi boca, pero trago las palabras antes de que escapen de mis labios.

—Tengo que irme ahora —dice, poniéndose de pie y apoyando la mano en la puerta.

Lo sé. Lo siento. Coloco mi mano exactamente en el mismo lugar y ofrezco a la madera la caricia que no me permito ofrecerle a él.

—Hasta más tarde, bella bestia —se despide, y se va.

Espero a que sus pasos se pierdan antes de abrir la puerta y respirar su olor, que inunda mis sentidos, dejándome con esa sensación densa de estar perdiendo algo al dejarlo ir.

En la manija, el paquetito que estoy siendo sutilmente entrenada a esperar.

Hoy, además de la nota, trae tres cajitas más pequeñas. Recojo mis tesoros con cuidado y entro, sentándome en el suelo para abrirlos.

En la primera cajita, un brigadeiro, que tomo y muerdo con ganas. No una caja de dulces, ni media docena, solo uno.

En la segunda, una gota de circonita negra, con un corte deliciosamente suave al tacto. Tiene buen gusto para las piedras. Y es un perfeccionista extremo: cada día ha traído una piedra con un corte distinto, y ahora, al colocarlas juntas, noto que lo ha hecho siguiendo un orden de color, una paleta cuidadosamente organizada. Me pregunto qué vendrá después del negro.

Y en la tercera cajita, una frambuesa.

El corazón se me aprieta en el pecho por el detalle, y sonrío.

Toco mi vientre sosteniendo la frambuesa, impresionada por lo pequeño que es el ser que crece dentro de mí, y por todo el caos que ya causa.

El billete dice lo de siempre:

«No me extrañes demasiado, bella bestia.»

No lo haré.

Para bien o para mal, sé que volverá a golpear mi puerta.

Y esa certeza me asusta tanto como me consuela.

Quizás, hoy, cuando vuelva… abra la puerta.

12. ALFONSO

Mis piernas arden como no recuerdo que lo hayan hecho jamás. Corrí más de dos horas, obligándolas a llevarme hasta el punto en que mi mente pudiera, por fin, respirar un poco.

Al entrar al edificio, noto que todas las luces del apartamento de Verona están encendidas. Ya en el ascensor, le envío un mensaje a Luana para preguntarle si está allí con ella.

El simple pensamiento de que no esté sola se calienta y se enreda dentro de mí, oprimiendo algún grupo muscular que impide que el aire entre con normalidad. Cada respiración se siente pesada, como si el oxígeno ya no bastara.

Salgo del ascensor echando la cabeza hacia atrás, respirando solo por la nariz, intentando contener la pequeña crisis de mal humor caprichoso que empieza a despuntar. Crujo el cuello buscando la sensación de relajación que tuve hace unos minutos y que ahora parece cada vez más lejana.

Cuando miro hacia su puerta —aunque preferiría pasar de largo frente a ese maldito pedazo de madera— me encuentro con Verona sentada en mi sitio, con un cojín apoyado en la cabeza, justo afuera.

Me agacho junto a ella y alineo mi mirada con la suya.

—Sabes que cuando te dije que no me echaras demasiado de menos no quería decir que debías esperarme en el pasillo, ¿verdad? —le guiño un ojo con diversión, aunque escaneo cada milímetro de su cuerpo buscando alguna señal de que algo esté mal. No parece enferma.

—Muy gracioso —responde bufando entre dientes. No consigo disimular mi emoción por escuchar su voz de verdad después de tantos días hablándole al silencio. —Hay un murciélago en mi apartamento —me informa, sonriendo sin querer al ver mi sonrisa.

—¿Y decidiste donarle la casa? —le ayudo a levantarse del suelo. El contacto cálido y suave de su mano despierta de inmediato varias otras partes de mi cuerpo, resentidas por no ser tocadas también. —Qué generosa de tu parte. —Acaricio el interior de su muñeca y me dan ganas de recorrer con la lengua el camino del escalofrío que se expande por su piel.

—Intenté darle con una toalla, pero es más rápido que yo y tengo miedo de que escupa en mi pelo y se quede pegado —dice, con los ojos muy abiertos. El terror en su mirada y el movimiento que hace sacudiéndose el cuerpo para espantar la idea me obligan a contener la risa, aunque con esfuerzo.

—¿El murciélago va a escupirte en el pelo? ¿Por qué? ¿Lo insultaste de alguna forma?

Ella abraza el cojín y se aleja unos pasos, molesta. La tomo del brazo, decidiendo dejar el sarcasmo y tomármelo en serio.

Le sostengo el rostro con la otra mano y la acerco a mí, hablando con seriedad:

—Podías haber ido a mi casa. Solo tenías que cruzar el pasillo.

—Toqué, pero nadie respondió. —Un rubor se extiende por sus mejillas, y me mira con cierta vergüenza. —Mentí, ya sabía que no estabas. Te vi salir a correr —confiesa al fin, y me resulta adorable.

Giro el picaporte de la puerta, que está sin llave.

—Sé que ese pedazo de madera te protege de lo que no entiendes… o de lo que temes desear. Pero, Verona, mis puertas siempre estarán abiertas para ti. A cualquier hora, en cualquier lugar. Todo lo que tienes que hacer es dar un paso hacia adelante.

Las palabras, que significan mucho más de lo que dicen, se hunden en el espacio entre nosotros como un abrazo cálido. Y cuando ella no rechaza de inmediato mi oferta, sé que ha entendido: no necesita tomar mi mano, pero ahí estará tendida de todas formas.

Verona no será vencida por la fuerza, eso ya está claro. Pero nada me impide seguir intentándolo con paciencia.

Ella entra en casa; le ofrezco un vaso de agua y voy a buscar una funda de almohada.

—¿Qué vas a hacer?

—Cazar al delincuente. —Agito la red de caza improvisada y ridícula que elegí, y me adentro en su apartamento.

Después de revisar todos y cada uno de los cuartos, me rindo. No encuentro nada, así que regreso al mío. La puerta está cerrada, y me veo obligado a tocar.

Ella no contesta, así que llamo en voz alta.

—¿Qué haces? ¿Por qué estás golpeando la puerta de tu propia casa? —pregunta, mirando a ambos lados del pasillo y luego hacia la entrada de su apartamento detrás de mí.

—No sé, debe de ser la costumbre —replico con sarcasmo.

Al principio me irritó que me negara la entrada. Para alguien que siempre tuvo todas las puertas abiertas con facilidad, aquello era casi una broma de mal gusto. Pero pronto se volvió un desafío. En algún momento cedería, y no esperaba nada menos que una rendición absoluta. Valdría la pena la espera.

La ceja arqueada que me lanza deja claro que duda de mí, y es el momento perfecto para llevar el juego a mi terreno.

—Sé que ese pedazo de madera representa un límite para ti, y no estoy dispuesto a cruzarlo sin ser invitado. Detrás de tu puerta, de la mía o de cualquier otra, siempre que exista una barrera entre tú y yo, la respetaré —prometo con una solemnidad casi ceremonial, dejando claro el compromiso que asumo.

Ella no dice nada, pero su silencio es elocuente, y el efecto en su postura es inmediato.

—¿Lograste atrapar al murciélago?

Su mirada busca señales de movimiento dentro de la funda que tengo en la mano, mientras mantiene una distancia prudente.

—No encontré nada. Debe de haber salido por la ventana del baño, era la única abierta.

—O eso, o está esperando a que apague las luces para salir del agujero donde se escondió y enredarse en mi pelo para siempre.

—Puedes dormir con gorro —le ofrezco una solución.

—No tiene gracia, Alfonso. —La comisura de sus labios, sin embargo, me contradice con un amago de sonrisa.

—Está bien, lo sé. Puedes quedarte en mi casa —le ofrezco lo obvio.

—Claro que puedo. Déjame adivinar: ¿solo tienes una cama?

—Teniendo en cuenta que ya dormiste en ella, no estoy impresionado con tu capacidad de deducción —respondo divertido, y tomo su mano, acercándola de nuevo, hablando muy cerca de su rostro—. Puedo dormir con el murciélago en tu casa; si aparece, le pediré amablemente que abandone tu humilde residencia. ¿Trato hecho?

—Podrías dormir en el sofá.

—Podría, pero no quiero.

—¿Por qué?

—Porque el sofá sigue estando indecentemente cerca de ti —no ahorro honestidad.

—Existiría la puerta del dormitorio entre nosotros.

—Y esa es precisamente la razón por la que no me ofrecí a quedarme en el sofá. Ya es bastante difícil dormir al otro lado del pasillo sabiendo que no puedo tocarte, pero al otro lado de una sola puerta… es una tortura a la que no pienso someterme. No voluntariamente, al menos.

Es ella quien suelta una carcajada.

—Eres imposible. No estás sufriendo tanto.

Llevo la mano a su cuello, enmarcando su mandíbula entre el pulgar y el índice, y le susurro:

—No me juzgues por ti, bella bestia. Si digo que es difícil, es porque es insoportable. Desde que salí de dentro de ti, no he podido pensar en otra cosa que en volver exactamente al lugar donde estaba. Así que, si no piensas ofrecerte para resolver este asunto, no insistas con el sofá. Nadie es de hierro. Yo, definitivamente, no lo soy.

—Lo siento —dice, nerviosa—. Pero me cuesta creer que estés sufriendo de tesón acumulado después de ver la horda de mujeres que se te ofrecen por minuto, Alfonso. —Intenta sonar aburrida, quitándole importancia al tema con una displicencia notable.

—Justo, pero no estoy acostándome con nadie más que contigo. Ni siquiera contigo, en realidad. Y sí, tienes razón: no es parte de mi rutina estar sin sexo, ni es de mi naturaleza tener solo una mujer en mi cama. Así que, te digo la verdad, no está siendo fácil. Por más cabrón que suene, es simplemente la realidad.

—Yo no te habría ayudado, ¿sabes?

—¿En qué sentido?

—Si tú tuvieras un murciélago en casa y me pidieras entrar, no te habría abierto la puerta.

—Estoy seguro de que quieres llegar a alguna conclusión con esa comparación, pero la imposibilidad de la situación me impide entender cuál. Jamás te pediría ayuda para protegerme de un murciélago.

—Tú no lo harías, pero yo sí lo hice. Y aun así, después de todo este tiempo apartándote, no te vengaste. Yo lo habría hecho. Eso es lo que intento decir.

—Eso sería totalmente contraproducente y carecería de sentido.

—¿Puedes dejar de hablar como si esto fuera una conversación normal? Estoy intentando darte las gracias. No solo por eso, sino por todo lo demás: por la compañía, por la paciencia, por la espera, por los dulces, por los regalos ridículos, por las piedras, por las puertas que puedo cerrar… y por la presencia. Sobre todo, por la presencia —dispara casi como si me acusara, sin detenerse a respirar.

—Una persona tan inteligente, y nunca ha tropezado con la palabra "gracias". Impresionante.

—Ah, vete a la mierda, imbécil.

Se marcha pisando fuerte, pero se detiene en la puerta, recordando dónde está.

—Puedes pedirme que me vaya, Verona. Si lo ofrecí, voy a cumplirlo —le aseguro con calma, cruzándome de brazos. Voy a irme, pero tendrá que pedírmelo.

—No quiero que te vayas, maldita sea —protesta, y su expresión se endurece—. Tampoco quiero irme yo. Solo… no quiero arrepentirme de haberme quedado. No quiero despertarme mañana o pasado y descubrir que, para conseguir lo que quiero, voy a tener que odiarte. Porque ya está siendo bastante difícil hacerlo, ¿sabes?

—Bella bestia. —Intento encontrar la forma más clara de asegurarle que simplemente no existe esa opción—. No soy tu enemigo.

—Ya lo veo, pero quizá pronto necesite que lo seas.

Acepto sus palabras con desánimo. Me molesta un poco que no le dé el más mínimo valor a mi palabra, pero trato de calmar el amargor recordándome que todavía no me conoce bien.

Voy a mi habitación a buscar algunas cosas, dejándola sola, y cuando paso de nuevo junto a ella, Verona sigue de pie, visiblemente atrapada en un conflicto interno. No tengo intención de intervenir.

— Alfonso. —Me observa cuando me vuelvo hacia ella, tomándose su tiempo para completar la pregunta, como si no estuviera segura de que debería hacerla—. ¿Por qué no te acostaste con otras personas? No tendría derecho a enfadarme por eso. Tal vez tu prometida sí, pero tú y yo no tenemos nada.

Sonrío. El argumento me parece tan inocente como absurdo; no podría estar más en desacuerdo, aunque lo intentara.

—Cuando quiero algo, me comporto como si ya lo tuviera… hasta conseguirlo. Te quiero, Verona. Y no pareces del tipo que comparte. Con o sin compromiso, la idea de verte con otra persona me resulta insoportable. Y ante la posibilidad de que tú te sintieras igual que yo, decidí simplemente mantener mi maldito miembro dentro de los pantalones.

—¿Y tú? —pregunta.

—¿Qué?

—¿Eres del tipo que comparte?

—Tengo un hermano gemelo. Compartimos todo desde el útero. Así que, sí.

—¿Comparten todo?

—Sí.

—¿Y él es exactamente igual que tú?

Asiento. Mis ojos se entrecierran y la comisura de mi boca se curva en una media sonrisa de reconocimiento: sé exactamente adónde ha ido a parar su pensamiento. Sus ojos siguen fijos en los míos, pero su mente está en otra parte, en la imagen mental que intenta apartar sacudiendo la cabeza. Aun así, el escalofrío que recorre toda su piel no puede evitarlo… ni disimularlo.

—Y respecto a Ariana, mi ex prometida… ahora está comprometida con Santiago. Desde hace varios días, de hecho.

—¿Simplemente cambió de novio? ¿Cómo es eso? ¿Para ustedes es normal intercambiar mujeres como si fueran ropa?

—Sí y no. Sexual y socialmente, sí. Pero en el caso de Ariana fue distinto. Mi compromiso con ella tenía que ver con Calanthe: un matrimonio arreglado entre nuestras familias cuando ninguno de los dos tenía voz ni voto. No era más que una alianza política. Ni siquiera nos conocíamos; solo seguíamos el protocolo y hacíamos lo que nuestras familias esperaban de nosotros.

Su boca se abre y se cierra sin emitir palabra alguna, confundida, curiosa… ¿aliviada, quizá? No sabría decirlo.

Estoy excitado. Seriamente excitado. Pero le doy la espalda, aun cuando todos los signos posibles de su cuerpo gritan que ella también está ardiendo de deseo, aunque demasiado cobarde para hacer algo al respecto.

La dejo con sus pensamientos, sin darle tiempo a decir nada más. O a negarse.

Abro la puerta de su apartamento murmurando una maldición; detesto ese maldito pedazo de madera con una intensidad que no debería dirigirse a un objeto inanimado.

Entro en el baño y tardo más de lo previsto. Ninguna señal del murciélago. Uso más champús de los que he probado en toda mi vida, distrayéndome al experimentar todos los que encuentro en su ducha, respirando su aroma en cada uno y preguntándome si ella también los usa todos al mismo tiempo.

Con una toalla enrollada en la cintura, envío un mensaje a Heron, no vaya a ser que se le ocurra aparecer en el apartamento y entrar sin tocar, encontrando a Verona allí. No sabría decir quién de los dos tendría la peor reacción, si ella o yo.

Nunca he sido una persona celosa ni posesiva; cuando le dije que era del tipo que comparte, dije la verdad. Pero no siento que pueda compartir a alguien que no es completamente mío. Compartir, por increíble que parezca, tiene que ver con la confianza. Confianza total y absoluta en tu pareja y en su lealtad.

Con la intención de buscar café —y aprovechar mi última dosis de cafeína del día— paso por la sala y la encuentro de pie, frente a la puerta abierta.

—¿Qué pasa? ¿Hay un murciélago en mi casa? —provoco, solo para irritarla.

—No, pero no quiero dormir en tu cama. Tu olor en ella es insoportable.

—Esa es una primera vez. Nadie se ha quejado jamás de mi olor.

—No es insoportable porque sea malo, es insoportable porque no podría dormir sintiéndote en todo lo que toque durante la noche.

—¿Entonces quieres volver a tu cama? Porque parada ahí parece que estás ofreciendo algo, y llámame presuntuoso o…

No alcanzo a terminar la frase, porque camina decidida hacia mí y simplemente me agarra con una fuerza proporcional al evidente esfuerzo que le costó convencerse de estar aquí.

Mi cadera choca con el respaldo del sofá detrás de nosotros; nuestros labios se buscan y las lenguas se mezclan. Su sabor es exactamente como lo recordaba. A veces, aquella primera noche me parecía tan lejana que no sabía si había sido tan intensa como la recordaba o solo un delirio, parte de mi obsesión.

No me muevo del sitio, le permito explorarme y dejarse explorar, dándole el tiempo de desistir si ha venido solo por impulso.

Tiro de los tirantes de su conjunto de dormir y la levanto; sus piernas se enredan en mi cintura, y enseguida alcanzo su pezón endurecido, tenso, listo para ser atormentado. Sostengo su pecho con una mano, la otra clavada en su cintura, y muerdo su piel sensible con voracidad, sintiendo el interior de sus muslos rozar mi polla por encima de la toalla mientras se mueve en mi regazo.

Ella me tira del cabello y lame mi boca, abriéndola con sus labios decididos, sus manos bajando por mi abdomen, buscando mi polla, tocándome, apretándome, rodeando mi glande, libre ya de la toalla que empuja hacia abajo hasta que cae al suelo.

Deslizo la mano por su nuca, agarro su cabello y la llevo hasta la mesa del salón, tumbándola de espaldas sobre la madera y separando sus piernas.

Lamo por debajo de la costura del shortcito, bajándolo despacio, frotando mi barba contra su piel, arañándola, provocándola, sintiendo mi polla cada vez más dura, al borde de la desesperación.

Beso su coño por encima de la braguita, y paso los dientes por la tela, sintiendo la humedad acumulada en el tejido, frotando mi lengua tan profundo como el encaje me lo permite.

El brillo desafiante en los ojos de Verona lanza una ola de poder que me atraviesa y estalla en una ráfaga de deseo que me golpea directo en la entrepierna. En cuestión de segundos le quito las braguitas; ella eleva las caderas sobre la mesa para ayudarme, y enseguida presiono mis labios y mi lengua contra su centro, provocando que se mueva, que gima alto, murmurando algo ininteligible entre jadeos.

Verona empuja la cadera hacia mi boca, rozándome con una urgencia que no necesita palabras, aunque las pronuncia en voz alta:

— Te quiero dentro de mí… ya, por favor.

Me aparto solo un instante para mirarla bien: tan hermosa, tan rendida, suplicante. Se incorpora rápido, reaccionando a la ausencia de mi contacto, y me atrae de nuevo con las piernas, encajándome exactamente donde no debería haber salido.

Me arrodillo y dejo que mi lengua suba lentamente por la piel de su muslo, provocándola a propósito, obligándola a esperar. Verona me tira del cabello con fuerza, enredando los dedos entre las raíces.

— Deja de jugar.

Se alza de golpe, toma mi rostro entre sus manos y me besa con un ímpetu salvaje, descontrolado. Aspiro hondo, embriagado por su olor, completamente perdido en la cercanía que me había sido negada durante tantos días. Mis dientes rozan el lóbulo de su oreja y me alimento de sus gemidos convertidos en súplicas.

— Pensé que querías verme de rodillas — murmuro contra su oído.

En respuesta, Verona baja la mano y guía la punta de mi deseo hasta hundirme en ella. El calor húmedo que me recibe me hace arder, expandiéndose lentamente a cada respiración. Su cuerpo se adapta al mío con una presión deliciosa, casi insoportable, y contengo el movimiento, dejándola marcar el ritmo hasta que el ajuste se vuelve perfecto.

Me retiro a medias, empujo otra vez, más hondo, más fuerte, y ella se mueve al encuentro, sujetándose a mi brazo con una mano y apoyando la otra sobre la mesa, empujando para acompasar mi embestida.

La sangre me palpita en cada fibra del cuerpo, y la muy condenada tiene el descaro de reírse.

— ¿Te da pena?

La provocación clara en sus palabras imprime un movimiento brusco en mis embestidas. Las estocadas cortas arrancan de su garganta gemidos que se funden en gritos ahogados.

Verona se aferra a mí con ambas manos, clavando las uñas en mis hombros, rasgándome la piel mientras la tomo con fuerza, con brutalidad, moldeándola a mi deseo. El choque de nuestras caderas levanta su cuerpo de la mesa hasta que una ola de placer oscuro la sacude entera, hundiéndola en el éxtasis.

La siento perder la fuerza y dejarse caer sobre la madera, pero no le doy tiempo a buscar otra posición ni a recuperar el aliento: la giro sobre sí misma, la coloco de espaldas y guío sus manos por encima de la cabeza, abriéndole las piernas lo justo para volver a entrar.

El placer me golpea de lleno al verla rendirse a otra oleada de excitación, rápida, casi salvaje. Sus músculos se cierran a mi alrededor con una presión violenta, y me dejo ir, descargando dentro de ella, sintiendo el temblor que nos atraviesa al unísono.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que intenta moverse bajo el peso de mi cuerpo, y no me siento dispuesto a facilitarle el movimiento. Sigo dentro de ella, disfrutando de la presión, del calor húmedo que se extiende por mis muslos y resbala por los suyos.

Cuando finalmente se separa, ahoga un gemido, y la ayudo a incorporarse, cargándola en brazos hasta la cama, que cede bajo el peso de ambos. Le aviso con un roce de mis labios que aún no hemos terminado, y vuelvo a provocarla con besos breves, inquietos. No protesta. Tampoco me empuja. Sus labios buscan los míos, y sus manos se aferran a mis hombros, abriéndose a un beso caliente, exigente, más hambriento de lo que dos cuerpos saciados deberían soportar.

La atraigo por la cintura, probando su lengua, recorriendo el borde de su boca. Siento sus pezones endurecerse contra mi piel; mi boca encuentra el pulso en su cuello, chupando despacio, provocando, mientras mis dedos exploran su cuerpo, aprietan sus pechos, rodean uno de sus pezones con dos dedos y muerden suavemente el otro.

Sus manos se deslizan por mi piel húmeda, y mis músculos se tensan aún más bajo su toque. La sangre vuelve a hervir en mi cuerpo, y sé que la deseo de nuevo.

Dejo un camino de besos por su vientre y sus caderas, deteniéndome en cada pierna, mordiendo su pantorrilla, marcándola con mi boca. Me acomodo entre sus piernas, apoyo la cabeza sobre su abdomen y acaricio la suavidad firme de su piel.

Las manos de Verona se hunden en mi cabello, levantan mi cabeza para mirarme. Su pulgar roza mis labios. En sus ojos hay deseo, pero también algo tierno, inesperado.

Me incorporo y me siento entre sus piernas, la rodeo con los brazos, y por un momento solo respiro con ella, atrapado en la calma que antecede al incendio. Luego la beso de nuevo, más profundo, más exigente, queriéndola otra vez.

La arrastro hasta las almohadas, rozando mi cuerpo contra el suyo, y pruebo su humedad con la punta, buscando señales de que está lista. Lo está.

La penetro de una sola vez, sin cuidado, y ella sonríe con un jadeo, recibiéndome.

Era hora de poseerla sin la locura del deseo, lento y profundo, hasta que el placer nos quema de manera plena y absoluta; no con la furia del hambre, sino con la devoción del que venera.

Reverencio su cuerpo con las manos, con la boca, con el sexo, perdiéndome en ella sin prisa, hasta que nuestros cuerpos ceden juntos, rendidos a la urgencia del placer.

Ruedo sobre la cama, dejándola sobre mí, blanda y agotada. La observo largo rato, dibujando su piel con la punta de los dedos, sabiendo que no tendremos muchos momentos así antes de que reconstruya, uno a uno, los muros que la protegen.

13. VERONA

—¿Cómo que no, Diana? —me llevo las manos a la cintura, intentando contener la rabia súbita que me invade.— ¡Cuando te presenté el caso dijiste que era de sobra ganado!

El dedo que le señalo a la abogada delante de todo su equipo podría considerarse ofensivo si no estuviera conteniendo la irresistible necesidad de saltar sobre ella y darle tantos puñetazos que se le desfigurara la cara.

—¿Y ahora, a estas alturas, vienes y me dices que no tengo ninguna posibilidad en los tribunales? No sé si te volviste loca o eres incompetente, pero esto no tiene sentido.— Las últimas palabras, que deberían salir a gritos, quedan sólo en un hilo de voz, prueba del desespero que me ahoga.

—Mira, tendrías una causa ganada si Alfonso fuera cualquier otra persona. Si me hubieras dicho desde el principio que él era el príncipe heredero de Calanthe, jamás te habría dado garantías. Verona, no tienes chances contra él. Lo siento. De verdad lo siento.

—¿Príncipe? ¿Príncipe? —mis ojos se abren como platos por la indignación.

— Alfonso Monti Ferrara, príncipe heredero del reino de Calanthe. Descendiente directo de Katarina Monti Ferrara, la Reina —me dice Diana, señalando la pantalla proyectada en la pared blanca a nuestro lado.

El equipo se dispersa, dejándonos para analizar el archivo que han preparado sobre Alfonso para el caso. De pronto, varias piezas empiezan a encajar en mi cabeza: su comportamiento, la presencia insistente de Heron, la historia del matrimonio arreglado con la pobre princesa Ariana y lo fácil que fue asignar a la exnovia al compromiso con su hermano Santiago, cuya semejanza con Alfonso en la foto oficial del expediente ya me provoca una incomodidad extraña.

Repaso lo que Diana me muestra sin fijarme en los detalles, recordando sobre todo la absoluta falta de sentido de la actitud de Alfonso frente al embarazo. Simplemente apareció, decidió que se llevaría a mi hijo y lo único que tuvo que hacer fue engañar a esta tonta y seducirme para que yo le entregara al bebé en bandeja, sin más.

—¿Tú no sabías nada de esto, Verona?

La abogada me indica una silla para que me siente y me ofrece un vaso de agua, rasgando un sobre de azúcar que vierte dentro y remueve con un lápiz.

Pongo cara de asco, pero bebo, desesperada por algo que lave la acidez que amenaza con consumir todo mi cuerpo antes de que consiga asesinar a Alfonso.

—Lo siento muchísimo, Verona. Pero la ley es clara: además de su inmunidad diplomática, su contrato con Nativitti se firmó mucho antes que el tuyo con la clínica de inseminación. Tiene derecho a reclamar al bebé y ni siquiera encontrará dificultades para hacerlo. Te pido perdón por no habértelo advertido antes, pero sinceramente pensé que nos habías ocultado esa información para que trabajáramos a fondo sin el sesgo de saber que estábamos litigando contra un príncipe.

—Si es príncipe, que el funeral lo pague el pueblo. Detestaría tener que deshacerme del cadáver cuando lo mate.

***

No lo creo: nunca he conducido tan rápido en mi vida. Le pedí a Alfonso que me esperara en casa y él respondió que estaba en una reunión que duraría una hora, pero que luego estaría esperándome.

Ni siquiera llamé a la maldita puerta; simplemente la abrí y entré, sintiendo toda la energía estática del planeta concentrarse en mí al ver la cara dura del enorme hijo de puta.

No sé si fue mi mirada asesina o los pasos pesados y ruidosos que di hacia él lo que le avisó de que había venido con la misión de sacarle la vida, pero él simplemente cerró el ordenador. Quien fuera, no vería a su precioso jefe de Estado morir en directo.

—¡Eres un hijo de puta mentiroso! —grito, después de plantarle una bofetada en la cara, ya preparando la segunda, que logro asestar antes de que él agarre mi mano y, con una calma anormal para quien estaba recibiendo golpes, me aparte.

—¿De qué se me acusa exactamente aquí?

Su cara cínica solo me da más rabia. Me lanzo contra él de nuevo, intentando morderle la cara, pero es demasiado alto para alcanzarlo sin ayuda. Solo gruño de rabia, intentando liberarme del agarre de sus manos en las mías, conteniendo mi arrebato agresivo.

—¿Cuándo ibas a decirme que eras la puta de un príncipe, cabrón? ¿Cuando yo estuviera de parto? —Mis gritos salen casi escupidos, en un tono venenoso y ponzoñoso.

—Verona, cálmate, por favor. Estás muy exaltada.

Me debato para soltar las manos; quiero arrancarle la cara a dientes y uñas.

La puerta se abre y Heron entra, acercándose de inmediato y colocando las manos sobre mis hombros.

—No. —Es todo lo que Alfonso necesita decir para que me suelte y se aparte.

Hace un gesto con la cabeza para que Heron vuelva a salir por donde entró y el guardia vacila, contrariado. Alfonso no se digna a dar más que una mirada de quien no repite las órdenes, y el seguridad obedece en silencio.

Alfonso me mira y recuerdo que tengo piernas; empiezo a darle patadas en las canillas con toda la fuerza que consigo reunir.

—¡Para, por Dios! Yo no te lo dije porque… —se interrumpe cuando le pego en la ingle con la rodilla y él se encorva, soltando mis manos que lo abofetean sin piedad, queriendo marcarle por una razón muy distinta a la que motivó esos chupetones coronando mi cuerpo tras la noche anterior.

Mi respiración entrecortada llena la sala de sonidos ahogados y siento un desgarrón de dolor que va de la cabeza al estómago.

Alfonso ve mi gesto de dolor y, a regañadientes, me sujeta cuando me doblo sobre mí misma, intentando apaciguar el segundo latigazo, aún peor que el primero.

—¡Cálmate, joder! —pide, mientras yo, entre la agonía, intento apartar sus manos, ya sin ver nada—. ¡Heron! —llama al guardia, que entra con la rapidez de un rayo—. Prepara el coche, vamos al hospital.

—¿Y a quién estamos socorriendo, a ti o a ella? —pregunta Heron, sin el menor tono de broma.

Caigo de rodillas en el suelo y veo un hilo de sangre deslizarse por mi pierna.

—No, no, no, no, no... —es lo único que consigo repetir cuando el llanto convulsivo estalla en mi garganta.

Alfonso me alza en brazos y, por el bien de mi hijo, me quedo quieta, apoyando la cabeza contra su pecho, dejando que me lleve hasta el ascensor.

Rezo en voz baja a todos los dioses en los que nunca he creído de verdad, por si acaso existen, para que me ayuden solo esta vez.

Hace unas horas deseé no haberme quedado embarazada, solo para no estar en esta situación, y ahora la culpa es un ácido viscoso que me inunda por dentro.

14. ALFONSO

—Si ella quería matarte, casi lo consigue —dice Heron, apoyado en la pared fuera de la habitación donde Verona está recibiendo una infusión—. ¿Qué ha pasado?

—La enfermera me pidió que me retirara porque pensó que la estaba desestabilizando aún más.

—¿Y te fuiste? —responde Heron sorprendido, sin creerlo.

—No, pero se durmió.

—¿Se durmió? ¿La drogaron? Porque por cómo estaba pensé que viviría los próximos diez años sin pegar ojo. ¿No habrá perdido el conocimiento de puro odio?

—No es momento para chistes, Heron.

—Hablo en serio. A algunas personas las emociones fuertes las tiran al suelo y el cuerpo se apaga para gestionar la situación.

—La medicaron para tranquilizarla.

—Pues me parecía la única explicación posible. —Mi mirada adusta no le impide seguir hablando, aunque claramente preferiría que se callara.— Quizá deberías pasarte por la enfermería; te dejó hecho un Cristo.

—Sobreviviré.

—Al menos hasta que despierte, al menos hasta entonces.

Me froto las sienes, intentando no pensar en la posibilidad de que algo haya pasado con el bebé. Necesito a mi hermano. Las palabras se me atragantan en la garganta de una manera dolorosa. Lo necesito aquí porque no sé qué hacer cuando me piden que espere.

Ya lo dicen: quien espera, desespera. Y yo no sé esperar por nada en esta vida. Mucho menos por el sueño reparador de Verona para saber si el bebé está bien.

¿Quién podría imaginar que una embarazada se sometería a un estrés así? Mi ganas de estrangularla por habernos puesto en esta situación solo no son mayores que las de llevarla a casa a salvo después de que alguien nos asegure que madre e hijo están bien.

Mi móvil vibra otra vez, y esta vez decido ver qué quiere Luana. Leo por encima sus mensajes en mayúsculas: el portero contó que Verona salió del edificio arrastrada por mí y por Heron.

Algunos mensajes incluyen delitos y descripciones de métodos de tortura medieval con imágenes explicativas. No respondo; solo envío nuestra ubicación. Será bueno que Verona vea una cara a la que no le apetezca lanzarle un cubo de ácido cuando despierte.

—Señor Alfonso Ferrara, se pide su presencia en recepción, por favor. —Escucho el altavoz anunciarlo y me dirijo hacia allá, dando instrucciones a Heron sobre qué hacer si Verona despierta.

La enfermera bajita y de aspecto cansado me recibe con una sonrisa afectuosa, a la que respondo con un gesto adusto, sin lograr hacer lo que mejor sé: fingir y aparentar simpatía.

—He recibido los análisis de sangre de su mujer y no parece haber ninguna alteración significativa en los valores. La vamos a llevar a ecografía en cuanto despierte.

—Ya me habían informado de eso. ¿Para eso me han llamado?

La mujer se extraña por mi respuesta, pero mantiene el tono acogedor que me irrita profundamente.

—Me ha llegado que usted estaba causando alboroto en la sala de urgencias, insistiendo en que se le practicara el examen incluso con Verona inconsciente, pero no podemos hacerlo salvo en casos de alto riesgo para la integridad del paciente, y ese no es el caso de su esposa. Ha sufrido sólo un mareo y un leve sangrado, perfectamente normales en el primer trimestre del embarazo.

—Espero, por el bien de todos ustedes, que realmente todo esto no haya sido más que un simple mareo. Porque si por casualidad le pasa algo a mi hijo que podría haberse evitado en el tiempo que me hacen perder, usted y todas las personas que pisan este mismo suelo en este momento, perderán todo lo que esté a mi alcance destruir.

Ella traga saliva y parpadea varias veces, claramente sin palabras para responder.

—Entiendo que es un momento de estrés y que usted no está midiendo la gravedad de sus palabras; no voy a tener en cuenta la amenaza porque sé que está nervioso —responde por fin, con diplomacia.

—No estoy nervioso —aseguro mirándola de arriba abajo—. Estoy furioso. Y no fue una amenaza, fue una promesa.

Me doy la vuelta sin esperar respuesta.

Me acerco a la máquina de café y lleno un vaso de plástico hasta arriba. No satisfecho, lleno un segundo y me siento en una silla con el equilibrio afectado. Observo a la gente a mi alrededor yendo y viniendo apresuradamente y tengo la sensación de que el tiempo sólo se ha detenido para mí; al cabo de varias horas miro el reloj y sólo han pasado cincuenta y cinco minutos.

Vuelvo al pasillo junto a la habitación de Verona. Luana ya está allí y, por la cara de Heron, me doy cuenta de que él desearía poder disolverse y escurrirse por el suelo.

Me acerco a ella, que me interroga de inmediato, y intento, con el mínimo de palabras que logro reunir, sin sentirme exhausto de tener que explicar mi vida a cualquiera, resumir los acontecimientos.

No parece muy impresionada cuando termino, pero guarda silencio, lo cual es inusual en ella. Incluso sus mensajes en el móvil son frases a ráfagas, sin filtro ni cuidado.

Me siento a su lado y observo a Heron, que reacciona ante ella de un modo diferente, aprehensivo.

—Sí, voy a tener que cancelar a los gogo boys, qué pena —lamenta Luana, apoyando el mentón en la mano, pensativa.

Los dos la miramos como si se hubiera vuelto loca. Ella se encoge de hombros y explica serena:

—Había contratado a dos gogo boys para la fiesta de revelación; ahora ya no me parece que sea de buen gusto para una celebración de la realeza. No creo que sea apropiado.

No lo pide en forma de pregunta ni intenta hacer una broma, y sólo por eso consigo reírme de la situación absurda.

Toca mi antebrazo como si acabara de recordar algo importante y me dice, en un tono solemne y sombrío:

— Alfonso, no es nada personal, pero que sepas que, cuando Verona despierte, si todavía quiere asesinarte, es mi obligación como madrina contratar a los mercenarios. —Una vez más se encoge de hombros, como si estuviera diciendo algo perfectamente lógico.— Está en el contrato, ¿sabes? Así que, si dentro de un rato empiezo a tratarte con hostilidad, antipatía y violencia, entiende que no es nada contra ti en específico. Solo estoy haciendo mi trabajo.

Heron se lleva una mano a la frente, y la vergüenza ajena que siente por ella en ese momento lo consume más de la cuenta. Ni siquiera puede mirarla.

—Ah, y Alfonso —vuelve a hablar, girándose hacia mí—, ya avisé a Helena y a Raquel de que venía para acá. Y quizá, cuando Helena llegue, te convenga desaparecer por un tiempo, irte a algún sitio donde no pueda verte, porque en el momento en que descubra que eres un cabrón y que heriste a Verona, te va a arrancar la polla. Y no de una forma agradable, ¿entiendes?

—¿Hay algo más de lo que deba preocuparme? —pregunto con el mismo tono tranquilo que ella.

—No, creo que solo eso. Raquel no te va a pegar, no. Ella no es de las violentas. Es de esas que aplauden al sol, creen en la humanidad… esas cosas raras.

La expresión de Heron, viéndome ser amenazado durante varios segundos consecutivos como si ella me estuviera leyendo mis derechos antes de ejecutar una sentencia, no tiene precio. Solo por haber presenciado eso ya ha valido la pena escuchar todas las locuras que es incapaz de contener.

—¿Tienes alguna preferencia sobre cómo te gustaría morir? —pregunta después de pensar unos minutos en silencio, y esta vez mi cabeza y la de Heron se giran al mismo tiempo.— Solo por curiosidad, ¿eh? Todavía no estoy planeando nada —se defiende bajo el escrutinio de Heron, que pone a prueba todos sus años de entrenamiento para no mostrar impaciencia.— Yo, por ejemplo, quiero morir desnuda, para ir cómoda al cielo.

Apoyo la cabeza contra la pared de azulejos detrás de mí, cierro los ojos y dejo que su voz se vuelva un simple zumbido. Me concentro en mis próximos pasos, revisando la situación, descosiendo las costuras de mi plan, reorganizando los movimientos y deseando que el tiempo fuera otra de las cosas que pudiera controlar.

15. VERONA

Humedezco los labios, intentando librarme de la sensación constante de sequedad en la boca. Alfonso está a mi lado, con los brazos cruzados, callado y ansioso, mientras la doctora extiende un gel sobre mi vientre, que ya parece empezar a sobresalir, aunque quizá sea solo mi ansiedad hablando más alto.

Evito mirarlo; no quiero discutir en público, y él tampoco parece dispuesto a involucrarse conmigo en ningún nivel.

Respondo algunas preguntas de rutina y la enfermera anota mis respuestas mientras la doctora prepara el equipo.

La expresión impasible de Alfonso durante todo el interrogatorio solo se rompe cuando el aparato toca mi abdomen y la sala fría —inusualmente vacía para un hospital— se llena con un sonido rápido y rítmico, como si alguien hubiera grabado las alas de un colibrí gigante batiendo furiosamente mil veces por segundo.

El corazón de mi bebé. Fuerte, lleno, vivo.

«Está todo bien, está todo bien», repito en mi mente. «Gracias, gracias, gracias». Es lo único en lo que consigo pensar.

Las lágrimas, cálidas y gruesas, ruedan por mis mejillas. Alfonso rompe su aire arrogante y me toma de la mano; la acepto solo porque soy incapaz de negarle ese momento. Está tan emocionado como yo y, aunque finge una postura de fuerza implacable, la vena saltada en su cuello —que latía frenéticamente— solo ahora empieza a calmarse.

—¿Está todo bien con el bebé, doctora?

—Sí, con los dos. —Se gira sonriendo, deslizando el transductor en otras direcciones, concentrada.— Está todo bien con los bebés —confirma.

El impacto nos golpea a los dos al mismo tiempo. Miro a Alfonso, luego a la doctora, a la pantalla y a la enfermera, buscando confirmación.

—¿Dos? —pregunta Alfonso.

—Sí. Gemelos. ¿Hay antecedentes en la familia?

Muerdo el interior del labio, sin querer admitir que no lo sé; nunca conocí a mi familia. Imágenes de los Solano ensucian mi felicidad por la noticia y parpadeo rápido, negándome a llorar por ellos en un día tan importante y especial.

—Sí —responde Alfonso, aún con la mano sobre la mía, percibiendo mi cambio de ánimo cuando intento retirarla sin éxito.— En nuestra familia hay gemelos.

—Trabajo doble entonces —dice la doctora con humor—. Tendrán que tener más cuidado. Dos bebés pueden ser increíblemente agotadores para la madre. ¿Sientes mucho sueño o fatiga durante el día, Verona?

—No, me siento normal, salvo por las náuseas.

Alfonso claramente no está de acuerdo, y la doctora se ríe cuando él añade:

—Sí que siente. Duerme demasiado, come poco, no hace ejercicio y tiene una habilidad excepcional para irritarse sin motivo.

La doctora intenta contener la risa, pero no lo consigue.

—Voy a recetar algunos suplementos para ayudarte, pero es importante que tengas el doble de cuidado con la alimentación, Verona. Los bebés necesitan ganar peso de forma gradual y regular.

—Así será —garantiza Alfonso, y la doctora le dedica una sonrisa tan amplia que me irrita de inmediato.

—Ojos aquí, doctora. —Señalo mi vientre.— La paciente soy yo. —No puedo evitar decirlo.

—¿Alguien quiere café o agua? —pregunta la enfermera, rompiendo la tensión. Alfonso acepta; yo, no.

—Voy a enviar una copia de los análisis que hiciste hoy a tu equipo médico, y creo que para el final del día ya podrás recibir el alta. Por mi parte, estoy satisfecha con el resultado de la ecografía. El tratamiento específico será recetado por tu obstetra.

Coloca algunas impresiones en un sobre y se lo entrega a la enfermera que nos ha acompañado desde que desperté.

—¿Tratamiento de qué? —pregunta Alfonso.

—El sangrado fue causado por un leve desprendimiento ovular —explica, asustándome.— El tratamiento es rápido, pero tu médico te lo explicará todo en detalle en cuanto reciba los datos de tu ingreso.

No me gusta nada esa conversación, pero asiento. Me entrega unas toallitas húmedas para limpiar el gel. Me incorporo y, al poner el pie en el primer escalón, Alfonso rodea la camilla y me impide levantarme del todo. Insisto, pero él simplemente no me deja opción.

—Brazos o camilla, solo tienes esas dos opciones.

Ni siquiera espera a que responda: pasa un brazo por mi espalda y otro bajo mis piernas y me alza con facilidad. No protesto. Mi corazón, todavía asustado, rebosa amor. Tengo oficialmente una familia ahora. Una que yo misma hice, mía. Ya nunca volveré a estar sola, porque creé mi propia familia.

Mis amigas me esperan fuera de la habitación y miran a Alfonso con cara de pocos amigos.

—Son gemelos —anuncio sin poder contenerme.

Luana es la primera en gritar. La enfermera que pasa por el pasillo nos pide silencio y ellas me abrazan enseguida, incluyendo a Alfonso a regañadientes, sin querer esperar para apretarme.

Raquel me felicita y Helena solo sonríe cuando me sueltan. Luana ya empieza a maquinar algo en su cabeza, pero no dice nada.

Alfonso me deja en la cama del cuarto y sale a buscar al médico para que pueda irme. Lo oigo decirle a Heron que no se mueva de allí hasta que regrese.

En cuanto cierra la puerta, Luana empieza a soltarlo todo a la velocidad de la luz:

—Rodrigo te llamó, Alfonso contestó. Discutieron. Y tu equipo de seguridad llega mañana.

—¿Equipo de seguridad? ¿Y quién le dio derecho a contestar mi móvil? ¿Qué quería Rodrigo?

—Una segunda oportunidad, créelo o no. Alfonso se puso como una fiera, pero mantuvo esa calma siniestra de robot que tiene; solo entendí que estaba perdiendo los nervios porque Heron también los estaba perdiendo, pero no pasaba nada, así que me quedé confundida. Dios, odio a los hombres misteriosos en un nivel... ¡Ah! —Hace una pausa, recordando algo.— También dijo a todo el mundo que preguntó que tú eras su esposa. Me pareció ofensivo que no nos avisaras a tus madrinas de boda.

—Es un imbécil.

—A mí me cae bien. ¿Tengo que odiarlo? Va a ser un fastidio, pero está bien, lo acepto. No hace falta que insistas —dice, respondiéndose a sí misma con desánimo.

— Nadie tiene que odiar a nadie, Luana. Simplemente no puede creerse dueño de mi vida.

Helena interviene:

— No me gusta nada la actitud de ese tipo, pero ahora que sé que es de la familia real, supongo que buena parte de esa prepotencia viene de la crianza y del puesto que ocupa. Debe estar acostumbrado a que le obedezcan.

— Sí, pero esto es Brasil y el último rey fue depuesto hace casi 200 años —replico molesta.

— Creo que está enamorado de ti, Verona —dice Raquel, dejándonos en silencio.

— Creo que estás loca.

— Y yo también creo que estás enamorada de él —insiste, y yo pongo los ojos en blanco.

— No te prives de vivir una historia por orgullo o por miedo. Puede que haya entrado en tu vida de una forma completamente anormal y que metiera la pata con lo de la honestidad, pero hasta donde yo sé, todo lo que hizo fue intentar acercarse a ti e impedir que tuvieras la sensación de que el príncipe de Calanthe vino a buscar a su heredero y a llevárselo como si fueras solo un vientre de alquiler.

El argumento, tan concretamente imposible, me hace entrecerrar los ojos y pregunto con tono acusador:

— ¿Y ahora también eres amiga suya?

— Tuvimos la oportunidad de hablar con franqueza después de que Helena lo amenazara de muerte.

Me vuelvo hacia Helena, que ni se esfuerza por defenderse; se encoge de hombros, restando importancia a la seriedad del asunto, y me hace un gesto para que continúe con mi razonamiento.

— Me dio rabia en el momento, me enfadé; él tuvo todas las oportunidades de decirme que era príncipe, pero no: me dijo que era jefe de Estado; pensé que estaba enfrentándome a un político, no al futuro rey de otro país. Siempre supo que mis abogados no encontrarían nada, pero me dejó tener esperanza. Me dejó esperar. Y todo este tiempo estuvo a mi lado, haciéndose el buenazo, solo esperando a que me diera de bruces con la puerta y me quedara sin opciones. Pero cuando llegue a casa hablaré con él. Propondré un acuerdo.

Luana me interrumpe:

— Hum, no vais a volver a casa. Él no cree que tu hogar sea seguro hasta que no asigne a su equipo de seguridad.

— ¿Cuánto he estado dormida para que todo esto pasara y ustedes ya estén todas amiguitas suyas? ¿Puedo saber?

— Solo unas horas, pero somos muy buenas sacando información, ya sabes —responde Luana, orgullosa, y Raquel añade:

— No intentó esconder sus planes, Verona. No creo que él piense que hizo nada malo. Alquiló habitaciones para todas nosotras en un hotel con seguridad 24 horas. Me pareció un gesto lindo. Y teniendo en cuenta tu último encuentro con Rodrigo y lo que pasó hoy, no puedo culparlo por preocuparse. Alfonso puede tener muchos defectos —seré la primera en enumerarlos—, pero está cuidando de ti, y en eso puede contar conmigo para apoyarle.

— Reservó las habitaciones en uno de los hoteles de mi familia, así que si quieres podemos huir con los bebés y él nunca lo sabrá. Yo me encargo de todo —ofrece Luana, hablando en voz baja para que Heron no escuche—. Cuando sepa lo que ha pasado, ya estaremos en Panamá.

— ¿No Panamá? ¿Por qué? — Ni sé por qué lo pregunto; supongo que por impulso, no voy a huir a ningún lado.

— ¿Qué sé yo? Fue el país que eligió Scofield en la serie Prison Break, el tío es inteligente, ¿no? Debe saber más que yo. Solo apunté la sugerencia por si la necesitábamos en el futuro —explica, sin apenas pausa antes de soltar otra perla salida de las voces en su cabeza—. Y ya te veo: dentro de diez años las gemelas se encuentran en un campamento y descubren que las separaron los padres.

— ¿Qué gemelas, Luana? —Tengo que reírme.

— Las tuyas, claro; si no huimos con ellas, vais a tener que dividir a las crías —explica como si fuera lo más obvio del mundo—. Él se llevará a una lejos y la otra se quedará aquí, perfecto, lo sé. Pero un día se encuentran y descubren todo, y no va a ser nada bonito.

— Juro que no me creo que estés hablando de la peli 'Operación Cupido' en un momento así.

— Ah, vosotros tampoco os culturizáis, joder, sólo yo tengo ideas. ¿Y las vuestras? Vamos, a ver soluciones. —Da una palmada, desafiándonos a que tengamos una idea mejor que la suya.

No es que sea difícil superar su propuesta, pero el peso de la verdad en sus palabras me derriba y me quedo callada. Alfonso es un príncipe y espera que mis hijos se queden con él, en su país, con su familia. Para él, yo soy solo un medio para un fin, una obligación.

Necesito un plan. Y rápido.

16. ALFONSO

— Y eso es todo. Mi mujer está loca. De todas las mujeres del mundo, la que me tocó en la rifa está completamente desquiciada — explico, resumiendo los últimos acontecimientos a Santiago. — Eso es todo — concluyo, con un tono más dramático del que me recuerdo haber usado jamás. — Ah, y su mejor amiga es digna de hospitalización, así que, en comparación, la mía parece normal… por eso ni lo nota.

Santiago se agarra el estómago riéndose de mí, y ese sonido me da paz. Solo al oír su voz contestar el teléfono me doy cuenta de cuánto extraño mi casa. Llevo demasiado tiempo lejos de mi territorio. Puedo ser la roca que resiste, el tipo serio e implacable, pero solo en mi territorio, con las variables bajo control. Aquí, cada día siento más que todo se me escapa de las manos.

— Dios mío, amo a Verona. Es perfecta — elogia Santiago, disfrutando verme quejarme. Es nuevo para él: no está acostumbrado a verme perdido, así que le parece maravilloso verme haciendo el papel de idiota.

— Siempre es bueno saber que puedo contar contigo. — El tono sarcástico de mi voz es solo una advertencia.

— Alfonso, tu vida sería un tedio burocrático si te casaras con alguien que hubieras elegido tú mismo. El destino la puso en tu camino para darte una oportunidad.

— ¿Ahora te volviste oráculo? Pareces un charlatán de feria leyendo la suerte de la gente.

Mi hermano levanta las manos en señal de rendición y se acomoda en la silla de mi despacho. Las cristaleras detrás de él recortan su silueta con una luz particularmente nítida, y me grabo la imagen en la cabeza para recordar sacar una foto así para los próximos postales oficiales de Calanthe.

— Tus súbditos están retrasados.

— ¿Alguna vez llegaron a tiempo?

— No entiendo cómo puedes trabajar con ellos. Tienen una energía demasiado caótica, incluso para mí.

— Tú no puedes trabajar con ellos porque tú mismo eres tu propia energía caótica. En la vida todo necesita equilibrio.

— De acuerdo — provoca, refiriéndose a Verona, y hago crujir el cuello. — La abuela mandó decir que si tardas, irá personalmente a Brasil a ayudarte.

— Que los dioses me protejan. Solo de imaginar a las dos juntas, siento el sabor de una muerte lenta en la boca.

— Me mudaré a tu ala del castillo solo para poder verte joderte de cerca. Van a ser días maravillosos para estar vivo. — Santiago levanta las manos al cielo en señal de gratitud, y la sonrisa congelada que mantiene desde que empecé a contarle todo está a punto de volverse irritante. Decido devolverle la puya.

— Me alegra saber que tu vida prenupcial va tan bien, que tienes tiempo libre para ocuparte de la mía.

— Eres un aguafiestas, Alfonso — protesta, frunciendo el ceño y tomando un lápiz que empieza a golpear irritantemente sobre la mesa de madera. El sonido seco se mezcla con el roce de la cera del lápiz marcando la superficie —aunque no pueda verla—, pero no le llamo la atención.

— ¿Cómo está mamá? No contesta mis llamadas. — Cambio de tema, y él deja de golpear el lápiz, metiéndoselo en la boca y royendo la punta con los dientes.

— Inquieta. Ya sabes que no le gusta ver los planes descarrilarse. No está muy satisfecha con nuestra actuación, digamos. Pero sigue esperando que todo salga bien al final.

— O sea, que piensa que somos los únicos responsables de nuestros propios problemas.

— Exactamente. Un par de idiotas, según la abuela — admite, aparentemente de acuerdo.

Rebusca en la memoria y empieza a recitar las miles de veces que tuvo que escuchar ese mismo discurso, imitando a la abuela con su tono trágico y moralista.

— “Estás dando vueltas cuando ya te lo dieron todo hecho: la novia y el hijo. Ni siquiera tuviste que hacer el trabajo. Tu única función era el transporte y — palabras de ella, no mías — aun teniendo un avión privado, no has conseguido completar la tarea con éxito.” Y yo, bueno… aparentemente pensé que la vida era una carrera de autos y decidí conducir en sentido contrario. En este momento voy a 180 km por hora directo hacia una pared, convencido de que nada puede salir mal.

— Dios, cómo me gustaría que dejaran de usar metáforas ridículas. No puede ser mucho pedir.

— Seguro que es un castigo.

— Si lo es, debo estar pagando los pecados acumulados de todas mis reencarnaciones.

— ¿Dónde está ella ahora, Alfonso? Quiero verla. Me da curiosidad.

— En la habitación de al lado, con sus amigas. Nos mudamos temporalmente a un hotel. El equipo de seguridad asignado a ella aún no está listo y el exnovio está demostrando tener rasgos violentos y psicopáticos. Y, bueno, eso no me agrada.

— Lo sé, competencia. Nunca te ha gustado. Aunque sea una competencia por ver quién es el mejor acosador, tú quieres ganar.

Levanto la cabeza del PDF que estoy leyendo mientras hablamos, a una velocidad estúpida, irritado por la ofensa. Compararme con ese pedazo de basura es, como mínimo, frívolo y totalmente absurdo.

Ante mi silencio y la expresión que se endurece junto con las palabras que estoy preparando para responder, él ya se adelanta:

— ¿Qué? ¿De verdad crees que vas a parecer menos psicópata ante sus ojos cuando se entere de que decidiste casarte con ella antes incluso de mirarle la cara por primera vez?

— Detalles. Lo que importa es que ahora la he mirado. No solo el rostro —que, dicho sea de paso, es precioso—, sino también el cuerpo, la personalidad, el espíritu y el pasado. Y todo eso solo reforzó mi decisión. Solo falta convencerla de ello.

— Bueno… No debería ser tan difícil convencer a una mujer sola y sin familia de casarse con un príncipe. Quiero decir, es literalmente el sueño de medio planeta. Caray, si yo no tuviera a los nuestros y estuviera solo, yo mismo me casaría contigo, Alfonso.

— Serías un hombre muy necesitado, sin duda. Verona no lo es. Ya lo perdió todo, y no está dispuesta a arriesgar nada. Además, está demasiado callada y bien portada. Sigue la dieta del nutricionista, guarda reposo, no me insulta… Está casi peligrosamente cerca de la sensatez, lo cual me parece sospechoso.

— Quizá aceptó tu propuesta de matrimonio. ¿Cómo se lo pediste?

Me recuesto en la silla, rindiéndome por ahora con el documento. No tiene sentido intentar trabajar con mi hermano presente, después de haberle dado tanta munición para atormentarme durante días.

— No se lo pedí — anuncio, y él niega con la cabeza, incrédulo. — Pedir implicaría que ella tendría la opción de decir que no — me defiendo, señalando lo obvio. — Acabo de darme cuenta de que tiene que estar tramando algo. Si hay algo que Verona no es, es dócil.

— Déjame hablar con ella. — Se acerca a la cámara, cruza los brazos y apoya el pecho sobre ellos, esperando una respuesta.

— Ni de coña.

— Por favor, Alfonso, la mujer va a ser mi cuñada.

— No.

— ¿Por qué? ¿Tienes miedo de que se enamore de mí?

— No eres su tipo.

— ¿Entonces qué?

— Estamos llegando a un entendimiento sobre todo este asunto de la familia real y lo que significa para su vida y la de los bebés. No quiero añadir más variables antes de estar seguro de que está dispuesta a venir conmigo a Calanthe. Necesito volver.

— ¿Bebés? ¿Cómo que bebés? ¿Son gemelos? — Va subiendo el tono de voz a medida que la sonrisa se agranda con cada pregunta.

— Mierda, era una sorpresa. — Golpeo la mesa al darme cuenta de lo que acabo de decir. — No iba a contarlo — explico. — No se lo digas a mamá — advierto, señalando la cámara como si pudiera sentir el peso de mi amenaza.

— Wow, la abuela va a enloquecer. ¡Voy a ser tío de gemelos! — celebra, dando pequeños puñetazos al aire. — Les voy a enseñar todo lo incorrecto que hicimos y que salió bien. Puedes contar conmigo para todo, Alfonso — declara, como si ya lo hubiera decidido todo. — Tú los educas y yo los arruino. Vamos a ser el dúo perfecto.

La sonrisa orgullosa que me estira la boca no deja espacio para nada más que felicidad. Siempre supe que sería un hombre de familia, pero escuchar los latidos de mis hijos activó una llave en un rincón muy profundo de mí, uno que ya había olvidado. De pronto me descubro queriendo cosas, soñando, deseando. Durante más de tres décadas acepté lo que me daban, creyendo que mi deber era simplemente hacer lo mejor posible con lo que tenía.

Ahora, todo lo que poseo —poder, influencia, dinero y títulos— me parece insignificante comparado con lo que mis hijos pueden llegar a ser.

Entre un latido frenético y otro, todo lo que antes veía como ventajas ahora me parece una posible limitación.

Las leyes de mi país podrían podar de algún modo su personalidad, y es mi deber impedirlo.

La obligación de ser rey se enfrenta a mi derecho de ser el mejor padre posible. No el mejor rey para mi pueblo.

— Aquí vienen los niños prodigio — escucho a Santiago anunciar la llegada de Laura y Henrique.

— Perdón, jefe supremo, es que tuvimos que hacer una parada súper, híper, mega importante.

— No quiero saberlo, Laura.

— Pero te lo voy a contar de todos modos. — Se sienta en la mesa, y Henrique toma asiento detrás de mi hermano, atento, apoyado en el alféizar de la ventana.

— Entonces… está empezando a complicarse impedir que la prensa husmee sobre el motivo de tu ausencia. Hoy explotó un rumor de que ustedes dos — señala a Santiago sin mirarlo siquiera — se pelearon por culpa de la Princesa de Corsella. Y eso se ha esparcido como pólvora: ya hay encuestas circulando en las redes sobre quién hizo qué. — Gesticula sin parar, dándole a todo una teatralidad exagerada. — Que si Ariana estuvo con los dos. — Pausa dramática para dejar claro que no fue así.

Laura está loca, de eso no tengo la menor duda.

— Que si Santiago fue el culpable de la separación — dice formando un corazón con las manos y luego rompiéndolo dramáticamente, dejando caer la cabeza hacia atrás y moviendo los dedos como si fueran las migas del órgano deshecho. — Que si siempre hubo un romance secreto entre Santiago y Ariana, y que cuando ella se comprometió oficialmente, los dos perdieron la cabeza — añade llevándose las manos a la cabeza, mientras Henrique la acompaña con sonidos de explosiones. — Y... — Laura finalmente se detiene un segundo para respirar. — El reino de Calanthe está en llamas de tantos chismes. Tienes que volver antes de que yo también explote — concluye, quejándose como si no estuviera encantada con todo el alboroto.

Henrique se toma el asunto más en serio, interrumpiendo la telenovela de las siete que Laura estaba narrando.

— Todos los medios de comunicación nos están presionando para publicar algo sobre el tema, y si no alimentamos la narrativa a nuestra manera, la van a inventar ellos. Tenemos que actuar rápido.

Justo lo que me faltaba ahora: un ataque de histeria mediática.

Laura vuelve a acaparar la atención, con las piernas balanceándose, emocionada.

— Hasta la ausencia de Heron fue notada — dice, suspirando exageradamente. — Lo echan de menos, besos mil. Están especulando que tal vez él permitió que los dos se vieran a escondidas de ti y que por eso fue despedido después de décadas de servicio a la Corona.

Laura da una palmada sobre sus muslos, como si acabara de contar el mejor chisme del siglo.

— ¡Infierno! Cuando llegue con Verona del brazo, esto se va a convertir en un circo. Empiecen a preparar el palacete de la reina para ella. Va a necesitar una buena preparación antes de ser lanzada a los leones. Formen un equipo. Dejen que la prensa se autodestruya mientras tanto. Alimenten los rumores con todo tipo de mentiras que se les ocurran — ordeno, y casi me arrepiento al recordar de lo que son capaces, pero confío en ellos. — Cuando las informaciones falsas empiecen a contradecirse entre sí, se calmarán y tendrán más cuidado con los próximos pasos.

— Ya estamos en eso, super boss — asegura Laura sin un ápice de modestia.

— Entonces ¿por qué no lo dijeron antes? ¿Se levantaron esta mañana solo para hacerme perder el tiempo?

— Queríamos que Su Excelentísima Alteza Real aprobara todo, por si estábamos haciendo una cagada, no nos despidiera otra vez — se defiende, haciendo su reverencia habitual, exagerada y burlona.

— Hace tiempo que no los despido — amenazo.

— Sí, y eso significa que ni tiempo has tenido. No nos gusta salir de la rutina, jefecito. — Su tono es tan insolente que parece ella quien me regaña a mí. — Que nos despida a diario casi forma parte de nuestro contrato — se lamenta, con una expresión de pesar digna de un Óscar. — Si no nos echa al menos una vez al día, siempre pensamos que algo estamos haciendo mal.

Santiago solo se ríe y se levanta, dándole unas palmadas en la espalda a Laura para animarla a seguir.

— Miren esta belleza — interrumpe Henrique, mostrándonos varios memes de Santiago y Ariana, con toda clase de locuras insinuadas en la pantalla compartida del ordenador.

— La pareja del año — va leyendo los titulares y subtítulos. — La única Cenicienta que no volvió a ser calabaza. — Se gira hacia Santiago como si fueran viejos amigos y promete: — Vamos a convertir el romance de Santiago en un cuento de hadas tan perfecto que la gente ni siquiera querrá perder el tiempo intentando entender cómo empezó. Daremos inicio a los Juegos del Hambre por un lugar en primera fila en el cortejo nupcial real.

Henrique junta las manos frente a sí, casi esperando aplausos por su presentación. Yo guardo silencio, y es Santiago quien reacciona primero.

— ¿Y nadie va a preguntarme qué pienso de todo esto? Como protagonista, creo que tengo derecho a voto.

— Lo tendrías, Ceniciento — responde Laura, haciendo una pausa antes de aclarar: — Ese no lo inventé yo, fue él. — Me señala, acusándome con total descaro. — Lo tendrías, si no fuera porque ya existen fotos reales filtradas de ustedes dos protagonizando — recalca la palabra, con malicia — la próxima película de Disney.

— Tal vez los despida a todos mientras Alfonso está fuera.

Alguien golpea la puerta del cuarto, pero lo ignoro. Heron entra, anunciando a Verona, y los tres idiotas se quedan esperando a que aparezca, saludando con manitas a la cámara cuando ella entra en el campo de visión. Verona responde con un gesto cortés, aunque visiblemente incómoda, y yo corto la llamada para prestarle atención, presintiendo por su tono que esta será otra de esas conversaciones que preferiría no tener.

— Necesitamos llegar a un acuerdo, Alfonso. Tengo una propuesta que hacerte.

17. VERONA

Alfonso me señala una silla y se sienta en el borde de la cama. Me siento completamente incómoda dentro de mi propia piel. Me duele la cabeza, los ojos me arden; las últimas tres noches dormí fatal. Cada segundo torturante que pasé preparándome para este momento rompía un pedacito de mí, y ahora siento que mi cuerpo está cobrando la factura.

Desisto de sentarme y él también se pone de pie, observándome con curiosidad.

— Dime, Verona, no hay ninguna razón para que estés así — señala mis manos, mis dedos que se retuercen involuntariamente. — Sea lo que sea, podemos resolverlo.

Respiro hondo, intentando extraer del aire las últimas gotas de valor, y lo veo empezar a impacientarse ante las reacciones de mi cuerpo.

— Llevamos demasiado tiempo en esta situación — disparo de golpe, queriendo librarme rápido de las primeras palabras, como si fueran las más difíciles. — No quiero, no puedo ni voy a depender de ti por culpa de este embarazo. — Mis ojos buscan los suyos; me escucha, atento y respetuoso. — Quiero proponerte un acuerdo legal en el que renuncies por completo a la paternidad — suelto, encadenando frases sin pausa.

Solo mi conciencia es testigo de que cada palabra me sale de la garganta a fuego vivo, anticipando la reacción que temo.

— Te juro que nunca te buscaré ni intentaré ningún contacto. Solo quiero estar sola y en paz. — Entrelazo las manos y doy un paso hacia él, acortando la distancia entre nosotros. Es tan difícil hacerlo respirando su perfume, deseando su sabor una vez más. — No quiero vivir este embarazo pensando ya en cómo voy a dividir la vida de mis hijos. He planeado este momento demasiado tiempo. Firmaré lo que quieras, Alfonso. Solo necesito que renuncies a ellos — le pido, por fin, respirando de nuevo.

Él no parece entender a dónde quiero llegar; me indica que me siente otra vez. Me niego, y entonces toma mis manos antes de hablar con calma, sin vacilar.

— Nunca tuve la intención de separarte de los niños. Mi intención es llevarte conmigo, con ellos, a Calanthe. El único cambio que tendrías que hacer sería con tu trabajo, adaptarte a la distancia. Vendrás conmigo a Calanthe, y el único documento que pienso firmar es el acuerdo prenupcial. Me voy a casar contigo, Verona. Criaremos a los gemelos juntos. Nunca pretendí quitártelos. Jamás — asegura, promete, explica, como si yo estuviera entendiendo todo al revés.

Su honestidad y su sencillez me aplastan. El corazón se me hace añicos porque, aunque me duela admitirlo, él es mejor persona que yo. Lo sé y lo acepto, intentando ignorar su mirada cálida para desaparecer antes de que mi fuerza se derrumbe por completo.

Claramente se alimenta con cucharadas de estupidez si cree plausible que me case con él, me mude a su reino y asuma un papel en su corte. Pero aun así, es mejor que yo. Y más generoso.

Aun así, aunque me sienta una traidora, indigna de lo que me ofrece, voy a permitirme ser egoísta. Tengo ese derecho. La vida me dio el derecho de ser mezquina cuando me dejó sola, a merced de personas despreciables y crueles.

Él podrá ser un príncipe, pero yo no soy una damisela en apuros que necesita ser salvada. Fui mi propio príncipe, mi caballo blanco y mi salvadora toda la vida. No iba a ser diferente ahora. No podría soportar ponerme en las manos de otra persona.

— Imaginé que no renunciarías a los niños, pero no estaba preparada para una propuesta de compromiso hecha con tanta displicencia. Sé que para ti las cosas funcionan así. Te he escuchado durante todos estos días que compartimos esta pared, las comidas y… no sé, todos los momentos, tú sabes a qué me refiero. Entiendo que para ti esta sugerencia sea algo normal, pero para mí no lo es. Nunca se me pasaría por la cabeza algo así. Jamás lo aceptaría, Alfonso. Aunque no me hayas preguntado nada, solo me lo has comunicado — puntualizo, dejando claro que nunca sería una opción, antes de cortar de raíz sus esperanzas. — No quería recurrir a esto, pero, por ley, tengo derecho a interrumpir el embarazo antes de los tres meses.

El brillo helado en sus ojos hace que mis articulaciones crujan de tensión, y me muevo buscando una posición imposible, mientras él permanece inmóvil frente a mí.

— ¿Qué estás diciendo?

— En el caso de un embarazo planificado como el mío, y concebido de la forma en que fue concebido, hasta los tres meses no se considera viable. Mis abogados me aseguraron que, dada toda la confusión, no tendría problemas si decidiera no seguir adelante con la gestación.

— No. — Su voz sale firme.

También niega con la cabeza, levanta las manos como si intentara apartar el pensamiento de sí mismo y da un paso atrás, pero no le dejo armarse contra mí.

Avanzo un paso, y ahora soy yo quien toma sus manos. No me las acepta, y lo entiendo, pero insisto, desesperada por un contacto, y apoyo las palmas sobre su pecho, mirándolo directamente a los ojos, dejándome arrastrar por su intensidad azul. Es como ser devorada por el mar. La misma violencia. El mismo peso. La misma sensación de ahogo. Horrible, pero necesario.

— Alfonso, siempre quise tener una familia, desde siempre. No recuerdo un solo momento de mi vida en el que no haya querido tener una familia, y una grande, ¿sabes? De esas que llenan la mesa. Pero aunque me equivoqué mucho con Rodrigo, definitivamente él no era una buena elección para ser el padre de mis hijos. Y aunque tú estés muy implicado y quieras que esto funcione...

— No. ¡Para! — vuelve a negar, previendo el rumbo de mis palabras, girando el rostro, aunque sin apartarme del calor de su cuerpo.

— Déjame terminar — digo, llevándole el rostro entre mis manos, sosteniéndolo con la misma ternura con que él suele hacerlo conmigo, y que yo rara vez devuelvo. Él acaricia mi palma con la mejilla, girando lo justo para hacerme vacilar.

— Puedes terminar, pero la respuesta sigue siendo no. — Sus palabras son frías, distantes, pero la mirada abrasadora que me lanza arrasa en un segundo toda la delicadeza del momento.

— ¡No te he preguntado nada, así que déjame hablar, maldita sea! — El tono de mi propia voz me revuelve el estómago. Mentirosa. Falsa. Traidora. Mezquina. Intento acallar a mi conciencia, que me grita, y lucho contra mí misma, irónicamente sin dejar de tocarlo, buscando fuerzas donde ya no tengo derecho a buscarlas.

El nerviosismo no estaba solo en mi voz áspera ni en mis manos que temblaban sin que yo pudiera controlarlas. Todo mi cuerpo resonaba con lo que sentía: angustia, vergüenza y miedo. Pero tenía que hacerlo.

Tenía que hacerlo.

No podía simplemente dejar que toda mi vida fuera conducida por un hombre que acababa de conocer. Por un accidente.

No podía.

Simplemente no lograba imaginar un solo escenario en el que eso pudiera salir bien.

Él me observa con atención, decidido, mordaz, en silencio. Sus expresiones reducidas a una calma letal e intimidante. Retiro mis manos de su pecho sin que tenga que pedírmelo, y enseguida las siento frías. La orden de que me aparte es clara; no necesita decir nada. Cada célula de su cuerpo grita que me aleje, y lo hago. Pero no desisto de lo que vine a hacer.

Me abrazo a mí misma, buscando un poco de consuelo, balanceándome casi imperceptiblemente, dándome valor, reuniendo el coraje para terminar lo que empecé y soportar el bloque de hielo inamovible en que Alfonso se ha convertido ante mis ojos.

— Las personas tienden a desear lo que nunca tuvieron, ¿sabes? Yo quería una familia. Bonita, armoniosa, de telenovela. Y durante siete años viví intentando encajar, moldeándome a lo que se esperaba de mí… o a lo que yo creía que se esperaba de mí. Fui muy cruel conmigo misma, ¿sabes? Pensaba que si dejaba a Rodrigo, eso significaría que había desperdiciado todos los años que ya había pasado con él.

Él amaga con responder, pero levanto las manos, pidiéndole por favor que me escuche. A regañadientes, lo hace.

— Pensaba que si desistía, no era mejor que la familia que me crió, porque no fui lo bastante fuerte para superar su debilidad. Creía que si todo salía mal en mi relación, no merecía nada mejor que lo que ya había tenido. Y verme en ese lugar, siendo igual a todo lo que siempre aborrecí, igual a quienes formaron a esta persona sin forma, sin brillo... — Miro al suelo para admitir la verdad que me cuesta aceptar incluso ante mí misma. — Eso me hacía sentir débil — confieso en voz baja.

— Verona, eres muchas cosas, pero "sin brillo" y "sin forma" están tan lejos de describirte que ni siquiera sé cómo debatirlo. Estás tan lejos de poder ser definida así que no tiene sentido discutirlo.

Sonrío, reconociendo que, aun con su postura rígida e impenetrable, todavía me tiende la mano; sigue esperándome del otro lado de la puerta invisible que estoy cerrando una vez más.

Contengo un jadeo, mi cuerpo rebelándose completamente contra mí, contra las emociones y señales contradictorias que le envío.

— Puede que no lo sea, pero así me sentía… me siento, no lo sé. Cada uno de mis pasos, cada una de mis decisiones, me hacía sentir que, desde que salí de aquella casa de acogida, solo estaba fingiendo, escondiéndome, evitando enfrentar quién era, sí, exactamente igual que ellos. Así que, cada día, tenía que demostrarme que podía más, que lograba más, que soportaba más, que daba más cariño, más paciencia, más amor.

Las ganas de abrazarlo solo son menores que mi convicción de estar haciendo lo mejor para mi futuro, así que no me detengo, ni siquiera cuando él me rodea con los brazos sin decir una palabra, me estrecha y nos mece mientras sigo soltando verdades que nunca le había dicho a nadie, de la forma más deshonesta posible.

— Ahora lo entiendo. Siempre supe que no era recíproco. Rodrigo nunca fingió amarme, nunca me idolatró, joder, ni siquiera se molestaba en hacer que yo terminara. Hacía años que no sabía lo que era correrse con alguien.

Froto el rostro contra su pecho antes de salir de su abrazo. Necesito distancia para poder continuar, pero él reacciona, sus dedos rozan mis hombros y me hacen resentir su toque, tan suave, tan inmerecido.

— Él nunca me engañó, me engañé yo. Me ilusioné, quise demostrarme que merecía una familia, porque sería capaz de acoger a cualquiera que tuviera una.

Mis manos llegan al pecho, dudando de mi capacidad de volver a respirar a un ritmo normal, y las cierro en puños. Las lágrimas empiezan a rodar por mi rostro antes de que pueda impedirlo y la voz se me quiebra, pero no me detiene; tengo que terminar lo que vine a decir.

— Ahora veo que me he estado castigando todo este tiempo. Entiendo que la vida va mucho más allá, que es mucho más que esto. Estas dos vidas que llevo dentro, sé que también son tuyas, pero yo nunca quise que nada de esto pasara. Y esta vez, Alfonso, no puedo seguir castigándome. No puedo seguir haciéndome daño por no confiar en que merezco las cosas como las quiero. No puedo castigarme aceptando todo como viene. No puedo, no quiero y no voy a seguir comportándome con esta pasividad.

El sollozo me sacude con fuerza, y veo el reflejo de mi dolor en él. La tentación de rendirme es enorme, pero ya he llegado demasiado lejos, tengo que continuar.

— He hecho terapia todos los días desde que llegamos al hotel. La hago desde hace años, pero ni siquiera con ella me permitía ser completamente honesta. Nunca lo fui. Nunca quise mostrarme vulnerable ante nadie.

No hay una sola gota de mentira o falsedad en estas palabras, por eso salen más fáciles, más fluidas, sin esfuerzo. Si voy a arrancarle algo a la fuerza, dejaré que se lleve un pedazo de mí que nunca le di a nadie.

— De donde vengo, la fuerza se premia y la debilidad se castiga. Me cuesta reaccionar a tiempo para darme cuenta de que ya no siento dolor. Apagué el dolor emocional de la pérdida. Silencié todos los canales del cuerpo que me decían que era hora de parar, de dejar de intentar, de dejar de golpearme a mí misma. Siempre lo soporté todo hasta el final. Pensaba que siempre sería así, que cualquier otra cosa sería una muestra de debilidad. Insistía y resistía, me aferraba a aguantar, a soportar.

Todo lo que hago ahora es defender a la Verona que fui una vez, cavar un perdón para la Verona que soy hoy. Tal vez, si él me perdona, yo también pueda hacerlo cuando llegue el arrepentimiento. Sé que ese día vendrá, y espero estar preparada.

— Ya no quiero esto. Quiero vivir por mí y para mí. Soy merecedora. No soy una mala persona por querer ser feliz a mi manera. No soy una mala persona por no aceptar los problemas de la vida con los brazos abiertos. No soy como ellos, Alfonso.

Me rompo por completo delante de él, sollozando, dejando salir a la niña herida y humillada. La vergüenza de lo que estoy haciendo me oprime la garganta como una mano de hierro. Reúno todas mis fuerzas para decir las últimas palabras, y cada una me duele de una forma distinta, el pasado, el presente y el futuro fundiéndose en este momento que lo cambia todo, para siempre.

— Perdóname, por favor, yo... — Siento fuego líquido en la garganta, todo mi cuerpo rogándome que pare, pero no lo hago. Nunca lo hago. Nunca me rindo. No estoy luchando solo por mí. — No voy a tener a nuestros bebés — sentencio al fin, y la mentira tiene sabor a vinagre cuando se desliza por mi lengua. — Voy a interrumpir el embarazo, Alfonso. No puedo. No puedo cambiar toda mi vida para llegar hasta aquí y compartir a mi familia contigo. No puedo obligarme a cometer el mismo error dos veces. Es más de lo que puedo soportar.

Él está completamente inmóvil, los ojos llenándose de lágrimas, y puedo ver muchas cosas en el azul oscuro y reflejado: decepción, dolor, desprecio… y lástima.

Y esa última es la que más me duele.

Pero me mantengo firme, sostengo mis palabras y mi decisión, inquebrantable, esperando que él me ataque.

— Necesito que te apartes de mí, Verona. Necesito que te vayas. Quiero quedarme solo. — Es todo lo que dice, todo lo que pide.

Y esta vez soy yo quien abre la puerta, y ese gesto tan simple dice mucho más que todas mis palabras juntas.

18. ALFONSO

— Alfonso. — La voz de Heron me despierta en la penumbra de mi habitación. — Si quieres, puedo hacer que ella no llegue al... — Hace una pausa, sin querer herirme aún más. — Al compromiso de hoy — completa, suspirando por la nariz. — O nunca, si así lo deseas. Una sola palabra tuya, y Verona no tendrá éxito en su propósito — ofrece.

Le agradezco mentalmente la oferta. Yo mismo había pensado en impedirlo varias veces. Incluso consideré firmar ese maldito acuerdo, pero no podía hacerlo. Iría en contra de todo lo que creo y defiendo en la vida. Nunca podría darle lo que ella quería, y por eso acepté que tenía razón. Merecía la libertad de construir su propia familia del modo que eligiera.

— Está bien, Heron.

No lo estaba. Estaba muy lejos de estarlo, pero Verona me había hecho entender que nunca sería feliz a mi lado. Nunca estaría remotamente satisfecha con la vida que yo le ofrecía. De todas las discusiones monumentales que tuvimos en los últimos tres días, en ninguna sentí que ganaba absolutamente nada, ni siquiera cuando mis argumentos vencían su lógica.

No sería su verdugo, no ridiculizaría su dolor. Si ella no era capaz de luchar, yo no podía ser tan cruel como para usar sus vulnerabilidades y los traumas que había dejado al descubierto de tantas maneras diferentes para manipularla.

Comprendía a Verona, respetaba y admiraba a la mujer que era. A pesar de todo, había tenido coraje. El coraje de asumir sus miedos, de exorcizar sus temores y de enfrentarse a mí. Podía juzgarla por muchas cosas, pero no por cobardía. Había sido valiente, y no podía encerrar a una mujer así, llevándola a Calanthe y obligándola a ser mi consorte.

Poder, podía hacerlo. Pero no lo haría.

Si ella estaba dispuesta a renunciar a su sueño, podía no estar de acuerdo, pero no era capaz de invalidar la decisión que había tomado respecto a su propio cuerpo. Al fin y al cabo, eso era, en última instancia: su cuerpo.

Fue a la cita del procedimiento sabiendo perfectamente todo lo que yo pensaba al respecto. Sabiendo que estaba en contra. Y si nada de eso pesó en su conciencia, entonces yo ya no tenía absolutamente nada más que hacer aquí.

— Alfonso. — La voz de Heron suena solo para recordarme que aún está allí.

— Dime.

Mi espalda se amolda al colchón del que no me he movido desde las diez de la noche anterior, y no tengo intención de hacerlo hasta que ella regrese.

Había ido a su habitación esta mañana para intentar, una vez más, convencerla de que estaba precipitándose, cuando me informó que ya estaba todo programado y me prohibió acompañarla.

"Lo hice todo sola toda mi vida. Me embaracé sola. Necesito hacer esto sola también", me dijo, destrozando lo poco que quedaba de mi fuerza de espíritu.

Ella quería librarse de mis hijos y de mí.

Estaba claro: se quedaría con ellos, pero nunca conmigo.

Y estaba intentando fingir que nada de esto había ocurrido.

A diferencia de mí, ella no me admiraba, no me respetaba, no me veía por lo que realmente era.

Estaba tan claro como el agua: Verona me consideraba algo malo que había irrumpido en su vida.

Y darme cuenta de eso fue la gota que faltaba para que dejara de intentarlo.

No podía vivir con alguien que no me respeta, ni querría que alguien así criara a mis hijos.

Tal vez el que está equivocado soy yo; ella nunca me mintió.

Fui yo quien mintió, quien manipuló, quien intentó cambiar el rumbo que ella había trazado y olvidó que, al final de todo, aún podía decir que no.

— Si quieres que te lleve hasta allá, el coche está listo, y yo también.

— Gracias, Heron, puedes retirarte — lo despido, queriendo quedarme solo.

Es extraño pensar que mis primeros hijos no serán mis primogénitos.

No creo que alguna vez pueda olvidarlos, ni relegar esto al pasado.

Pero entiendo que tengo a mi familia, y ellos lo son todo para mí; quizá por eso mis deberes siempre son prioridad.

Mi familia me hizo así. Me criaron de esa forma, rodeado de amor… hasta que perdí a mi padre y todo cambió.

Pero mi madre estaba ahí. Nunca me faltó.

La abuela. Santiago, mi compañero de vida.

No puedo imaginar qué sería de mí sin ellos, y eso me da fuerzas para luchar contra el impulso salvaje de levantarme e ir a prohibirle que haga eso.

Prohibirle que tenga su familia sin mí.

Yo estaba preparado para ofrecerle la mía, pero ella no la quiso.

Y no tengo nada mejor que eso para ofrecer a cambio.

Ellos son todo lo que tengo, todo lo que soy.

Ella también tiene derecho a saber lo que es eso: a descubrirse amada, a sentirse querida, necesaria; a entenderse sostenida de forma incondicional, como tantas veces dijo, y que no consigo olvidar.

Vuelvo una y otra vez a nuestra conversación en la memoria.

Cada vez tengo que convencerme de nuevo, obligarme a repetirlo como un mantra que no puedo olvidar, para no perder la razón:

Voy a estar bien.

La línea sucesoria estará bien.

Solo no sé si ella estará bien.

Ojalá sí. Porque después de hoy, no habrá regreso.

Si algún día se arrepiente, será demasiado tarde.

Espero que esté segura de lo que hace, y que haya valido la pena.

Necesito salir de aquí, tragarme mi duelo y seguir adelante.

Olvidar a la bella bestia que nunca me miró con ojos de verdad.

Solo pudo verme como un obstáculo, un adversario, durante todo este tiempo.

Aceptar no es perder dos veces si no existe otra opción.

Insistir en el error es una estupidez.

Esta es una derrota que llevaré conmigo para toda la vida.

Analicé tanto lo que vendría después —los próximos pasos, los problemas futuros— que me olvidé del ahora, hasta el punto de que ella no notó que yo ya empezaba a verla como aquello que más deseaba: como parte de mi familia.

Pierdo la noción del tiempo en la oscuridad, rumiando los recuerdos de todos los días desde que puse un pie aquí.

Mi teléfono vibra sobre el pecho, y lo abro solo porque sé que es de Luana.

«Ya está hecho. Está bien. Lo siento.»

Es todo lo que dice, rompiendo la última esperanza que me quedaba de que Verona se arrepintiera a última hora.

Eso era.

Ella se eligió a sí misma al final, tal como había dicho que haría.

Solo me quedaba recoger mis cosas e irme de este país.

Ya no había nada aquí para mí.

Esperaría solo lo suficiente para asegurarme de que no hubiera complicaciones, de que ella estuviera bien, y de que, de un modo u otro, había hecho por ella todo lo que estaba a mi alcance.

Después, le daría la espalda a ella, a esta tierra y al pedazo de mí que acaba de arrancar de dentro de sí.

19. VERONA

Estoy segura de que los niños dentro de mí decidieron que no permanecerían en mi cuerpo sin su padre.

Se rebelaron por lo que hice y decidieron castigarme por el crimen que cometí. Por lo que les robé.

En el momento en que salí de la habitación de Alfonso, ya me había arrepentido de haber mentido.

La vergüenza era una segunda piel oprimiéndome, y más de una vez vacilé, casi corrí hasta su puerta para decirle que había cambiado de idea, que no haría nada de aquello.

Casi.

Cuando vino a mi habitación hace cinco días, lo que dije fueron solo palabras automáticas de quien está en piloto automático del dolor.

Todos los abusos que sufrí. Las palizas que recibí. La restricción de comida. Las idas y venidas de la calle. Cómo regresaba aún más débil al hogar de acogida cada vez, y cómo me hacían pagar por la osadía, siempre peor que la vez anterior.

Me golpeaban más que a las demás niñas, y ni siquiera podía quejarme: podía haber sido mucho peor.

Podía haber tenido la mala suerte de haber nacido niño.

El señor Solano prefería a los niños. Los quería más cerca… de una forma más cruel y sádica.

Todos éramos víctimas de ese bastardo de mierda, pero los niños… los niños simplemente sufrían más.

La dignidad era un concepto que solo conoceríamos una vez que pusiéramos un pie fuera de aquel infierno.

La conversación con Alfonso sacó a la superficie todos los dolores que ya no recordaba sentir con tanta intensidad desde hacía años.

Se rompió dentro de mí la represa de todo lo que había guardado, porque no tenía fuerzas para enfrentarlo.

Y cuando él apareció frente a mí, solo le pedí que me dejara sola.

Le dije que quería hacerlo todo sola, como siempre lo había hecho en toda mi vida.

Como si él fuera culpable por estar ahí, por preocuparse, por apoyarme, fuera cual fuera el motivo.

Él ocupó un espacio que siempre había estado vacío, y me confundió, me destrozó… y aunque yo hubiera planeado echarlo, jamás pensé que sentiría el dolor de su pérdida.

Aquellas palabras se las dije más a mí misma que a él.

Era mi castigo final por hacerlo creer en el aborto.

Estar sola en el dolor era lo único que reconocía como penitencia.

Quizás le dolió lo que le dije, y él no podía saberlo, pero cada una de esas palabras me dolió aún más a mí.

Sabía que me sentiría indigna de su presencia, que aquello me arrastraría otra vez hacia los rincones oscuros del hogar de acogida, que reviviría los rostros de las personas que me escupían en la calle cuando estaba sucia y hambrienta.

Lo que no estaba preparada para soportar era verme en esas mismas personas, reconocer que no solo estaba retomando mi vida y recuperando el control: estaba haciendo con él, un hombre bueno, que no me había hecho ningún daño, exactamente lo mismo que la vida había hecho conmigo.

Quitándole sus decisiones.

Cortando el camino justo.

Volando el puente hacia lo que podía ser bueno, por miedo a que pudiera ser peor.

Pero nunca habría sido peor.

No podía serlo.

No existe "peor" cuando hay cuidado.

No cabe lo peor cuando existe ternura y protección.

No debí haberle hecho eso, pero lo hice.

Y ahora era demasiado tarde para volver atrás.

Él se había encerrado en sí mismo e ignorado mi existencia desde el momento en que creyó que había abortado.

Mientras cierro la pequeña maleta para volver a casa, ni siquiera sé si las náuseas violentas que siento son por el embarazo, por los momentos de tensión, por el estrés de los viejos traumas que se reactivaron… o simplemente un mensaje de mis hijos, juzgándome desde dentro.

Ya no me quedan lágrimas en el cuerpo; las he llorado todas.

Salgo del hotel siendo apenas una cáscara, y no encuentro a Heron.

Eso también dice mucho sobre cómo han cambiado las cosas en estos días.

Heron es la sombra de Alfonso.

Si él no está aquí, es porque Alfonso tampoco lo está.

No se despidió, y sé que no lo merezco.

Pero quería verlo una última vez.

En realidad, lo que más quería era poder retroceder en el tiempo y darme cuenta, unos minutos antes, de la magnitud del error que cometí… antes de hacerle a él lo mismo que siempre me hicieron a mí.

***

Firmo la hoja del check-out que me entrega la recepcionista y devuelvo las llaves de mi habitación y la de mis amigas, que nunca llegó a usarse, porque siempre que ellas se quedaban allí dormíamos juntas.

La recepcionista me observa con curiosidad y me trata con una deferencia mayor de la necesaria, tardando más en atenderme que al resto de las personas que esperan en el vestíbulo.

Entiendo por qué cuando el guarda de seguridad asignado en lugar de Heron se acerca a mí.

Seguramente fueron instrucciones que Alfonso dejó al personal por si yo me marchaba.

No quiero quedarme mirando la última prueba de que, aunque no esté aquí, todavía se preocupa.

Así que lo despido antes de salir.

Él no se opone, y espero que eso no le traiga problemas más tarde.

Normalidad.

Solo necesito algunas semanas de normalidad y estoy segura de que todo esto pasará.

Tengo que creerlo, para no tumbarme en el suelo y llorar en seco hasta olvidar cómo se llora.

El trayecto del hotel a mi apartamento es rápido, y cuando me doy cuenta ya estoy saliendo del ascensor de mi edificio.

Parece que no hubiera visto ese pasillo en años; tantas cosas cambiaron desde la última vez que estuve aquí.

Tomo la llave, pero se me cae al suelo y, al agacharme, mis dedos tocan el lugar donde Alfonso solía sentarse para conversar a solas.

El llanto involuntario me sorprende.

Mis lágrimas, al final, no se habían secado.

Y las dejo correr, libres y pesadas.

Entro en casa buscando la ducha, evitando los espejos.

No puedo mirarme.

Evito todos mis reflejos hasta llegar al baño y abro el agua tan caliente como mi piel puede soportar, como si pudiera lavar con ella todos los recuerdos —los buenos y los malos— que se entrelazan en mi mente.

Casi grito al oír la voz arrastrada de Rodrigo, y me giro para verlo con una botella en la mano, medio desnudo, apoyado contra la pared, completamente borracho.

— Sabía que tarde o temprano volverías a mí. ¿Qué pasó con tu príncipe? ¿Se convirtió en sapo, Cenicienta?

El pensamiento terrible de que estoy en peligro me atraviesa.

Ensayo varios pedidos de auxilio, pero ninguno sale de mi garganta.

La Verona niña, siempre alerta, esperando el próximo golpe, se activa dentro de mí, desgarrándome mientras intento correr, huir, salvarnos.

Rodrigo rompe el fondo de la botella contra la pared, satisfecho con el filo irregular de vidrio que sostiene en la mano.

Una sonrisa odiosa deforma su rostro, y solo me preparo para lo peor cuando dice:

— Arruinaste mi vida. Yo voy a arruinar la tuya también. O quizás dos o tres. Escuché que son gemelos — amenaza, apuntando a mi vientre con el trozo de vidrio.

Lo que siento va más allá del miedo: es el sabor amargo del desespero, el metal ácido del pavor acumulándose en mi lengua.

Pero ya no soy una niña indefensa, y quizás nadie me protegió cuando era pequeña, pero ahora estoy aquí para proteger a mis hijos.

No sé de dónde surge la calma letal que se apodera de mí mientras él se aproxima despacio.

Solo espero a que llegue hasta mí, con la certeza de que toda mi vida me preparó para este momento:

para resistir lo justo y devolver el golpe una sola vez.

Una única vez.

Ese pedazo de basura no iba a conseguir quebrarme.

— Señora… señora, hemos llegado. — La voz del taxista me despierta, y una oleada de alivio recorre mi cuerpo, calmando mi corazón desbocado.

Solo fue una pesadilla.

Aún no estoy en casa.

Solo fue una pesadilla.

— Gracias — le agradezco al hombre, no por el viaje, sino por haberme sacado de ese agujero en el que mi inconsciente me metió en la primera oportunidad que tuvo.

Ni siquiera mis propias pesadillas soportan vivir ya en mi mente; todas quieren liberarse.

— Gracias — repito cuando él abre mi puerta para que baje y me mira con amabilidad mientras me entrega la maleta.

Me quedé demasiado tiempo allí dentro, atrapada en mis pensamientos, y él solo quiere librarse de mí.

Eso me hace moverme más rápido.

Mi estómago protesta.

Días de náuseas y de mala alimentación pasan factura.

Una vez más, la culpa me golpea, porque ni siquiera eso supe hacerlo mejor que él.

Alfonso cuidaba de mi comida.

Se aseguraba de que comiera todo lo que la nutricionista había indicado, y además lo que yo quisiera, pero nunca menos.

Entro en mi edificio todavía con la sensación extraña de déjà vu cuando me detengo frente al ascensor.

Decido cambiar las imágenes del sueño y subir por las escaleras, arrastrando la maleta y golpeándola contra los escalones, agotada ya en el tercer piso por cargar con aquel trasto.

Salgo de las escaleras y llamo al ascensor, enviando la maleta sola hasta mi planta.

Solo después recuerdo que no hay nadie allí para recibirla.

Acelero el paso y algo empieza a latir dentro de mi cráneo.

Mi visión se nubla, y sé que voy a desmayarme.

Mierda, no traje ni una maldita galleta conmigo.

Me siento, controlando la respiración, y uso los pocos segundos de lucidez que me quedan para meterme en el ascensor y salir frente a mi puerta.

Dejo la maleta a un lado cuando noto que la puerta está abierta.

Entro en mi sala con el corazón apretado y no reconozco el lugar.

Cosas rotas, volcadas, destrozadas.

No necesito ser un genio para saber quién entró.

Camino entre los pedazos de vidrio con cuidado, intentando llegar a un vaso de agua antes de que la debilidad me venza, pero veo rojo antes de dejar de ver por completo y siento mi cuerpo ceder sobre su propio punto de equilibrio.

Aún escucho el golpe sordo de mi cara contra el suelo sucio y pierdo el sentido con las palabras escritas en las paredes, grabadas a fuego en la latencia de mi conciencia:

Puta.

Zorra.

Traidora.

Perra.

20. ALFONSO

El agente relee mi declaración por cuarta vez, repitiendo las mismas preguntas básicas, y tengo que contenerme para no cuestionar su proceso de alfabetización.

—¿Por qué motivo fue usted al apartamento de la señorita Moraes? —

Tal vez crea que yo vandalicé el apartamento y ahora estoy aquí para asegurarme de que ella no me denuncie; de lo contrario, su postura de pura desconfianza es totalmente injustificada.

—Fui a despedirme de ella. Mi vuelo de regreso a mi país es hoy. —

Él entrecierra los ojos, analizándome de arriba abajo antes de continuar.

—¿Y usted cree que el apartamento fue vandalizado por el exnovio de la señorita? —

En su tono se nota, casi explícitamente, el nivel de incredulidad.

—Sí.

—¿Y no sabe cómo localizarlo? — Definitivamente está poniendo a prueba los límites de mi paciencia.

—No lo sé, pero mi guardaespaldas puede ayudarlo con eso, si la fuerza policial necesita recursos adicionales para encontrar al civil en cuestión —digo por fin, con una punzada de sarcasmo, perdiendo la calma.

Me levanto del banco, y el movimiento brusco lo sobresalta, pero no se rinde.

—¿Y cómo exactamente podría ayudarnos su guardaespaldas? ¿Tiene contactos con el tipo de personas que comparten el mismo problema que usted…? —Revisa el formulario y concluye: —¿Rodrigo Assunção?

—No. Mi guardaespaldas tiene soluciones, no contactos. Y usted parece tener problemas.

—Quizá no sea el mejor momento para que lo arresten por desacato a la autoridad, señor Ferrara. —La amenaza presuntuosa viene acompañada del golpeteo rítmico y displicente de su bolígrafo contra la carpeta, como si fuera algún tipo de sello de autoridad.

Giro apenas el cuello, ofreciéndole la visión más clara posible de mi expresión de puro desprecio:

—Tengo inmunidad diplomática, señor… —Hago una pausa y agito la mano en el aire, descartando el tema. —Policía —concluyo, restándole importancia a su nombre, sea cual sea.

—¿Y puedo ver los documentos que lo acrediten, señor? —Replica, inflándose como un pavo, claramente dudando.

—Por supuesto.

Llamo a Heron, que de inmediato se coloca a mi lado.

—Ayude a este señor a concluir su trabajo de la mejor manera posible, pero antes avise a nuestro piloto que el despegue se retrasará.

—Entendido, Alteza.

La mirada del policía se comprime, como si viera su vida retroceder, cuando Heron —en su mejor versión de dueño del mundo y alrededores— empieza a hablar con él, y yo me aparto.

Las imágenes de mi llegada al apartamento, dispuesto a darle una buena reprimenda a Verona por haber despedido al guardaespaldas, se repiten en mi cabeza.

Encontrarla con la puerta abierta, tirada en el suelo y con varios cortes en el cuerpo, tal vez haya sido una de las cosas más paralizantes que he visto en toda mi vida.

El impacto por el estado del apartamento me hizo creer, durante un segundo —que duró una eternidad o dos—, que estaba muerta.

Mi sangre hierve solo de recordar ese instante de puro pánico helado latiendo bajo mis costillas.

Las dos veces que he puesto un pie en un hospital, ha sido con Verona.

Espero que no haya una tercera.

Ella necesita paz para seguir con su vida.

Y yo necesito que tenga paz para poder seguir con la mía.

—Señor Ferrara, por favor.

La enfermera me llama. La misma de la otra vez.

Me siento atrapado en un bucle, en un episodio de serie hospitalaria donde el elenco se repite una y otra vez.

—Sí.

Ella se endereza para hablar, cruzando las manos sobre el pecho en un gesto conciliador.

—Me alegra informarle que, esta vez, no tendrá que esperar los exámenes. Las condiciones en las que su esposa llegó exigían que se realizaran de inmediato y, debido al pico de presión, todavía está bajo una ligera sedación.

—Gracias.

—Me alegra informarle —repite el inicio de la frase, y resoplo por la nariz— que tanto ella como los bebés están bien.

Todos mis huesos se congelan en el tiempo mientras espero, con atención militar, las siguientes palabras que saldrán de su boca.

—Las heridas no son más que cortes superficiales; solo dos requirieron sutura, y el incidente no afectó el embarazo.

El incidente no afectó el embarazo.

No lo afectó.

El embarazo.

El sonido de su voz resuena en mi mente mientras mi sangre pasa de helada a hirviente en cuestión de segundos.

Siento cómo mi piel se estira para dejar espacio al resentimiento que se acumula debajo de ella, mis manos hinchándose en el mismo instante en que las cierro en puños.

Mi momento de alivio fue tan rápido que ni siquiera lo reconocí.

La sorpresa duró más, y debería haber sentido felicidad, pero lo único que sentí fue rabia.

Mucha rabia.

Ni siquiera soy capaz de responderle a la enfermera, que retrocede, percibiendo la energía asesina que emana de mí.

Asiento con la cabeza y salgo pisando fuerte, con la mirada encendida y un solo objetivo en mente:

Volver a casa.

Basta.

Intenté ser justo.

Intenté ser bueno.

Intenté ser un padre desde el primer segundo.

Ahora solo quiero ser el futuro rey, el príncipe cínico e intransigente del que todos hablan.

Tuvo la frialdad de mentirme y degradar todo lo bueno que hice justo delante de mis ojos.

Mientras yo pisoteaba mis propias convicciones para darle la oportunidad de tener una vida normal, ella me expulsaba de la vida de mis hijos como si yo fuera un maldito perro sarnoso y arrastraba mis sentimientos por el asfalto como un trofeo del idiota del año.

Mentirosa.

Hay que ser muy traicionera para montar todo ese teatro sin inmutarse.

Las imágenes de la conversación conmovida que me hizo ceder, la perturbación que vi en su mirada, el cuerpo entero temblando… No quise ser responsable de que se sintiera así nunca más. Y todo era una farsa.

Qué mujerzuela perversa.

Me apoyo en el alféizar de la primera ventana libre que aparece en mi camino y aprieto, hundiendo los dedos en el metal hasta que duela, hasta que sangren; la sensación de las uñas rompiéndose contra la presión del metal es bienvenida. El dolor es bienvenido.

Heron me toca el hombro, intentando apaciguar mi reacción.

—¿Cuáles son mis órdenes? —pregunta antes incluso de interesarse por la razón de mi descontrol.

—Necesitamos un equipo médico, avisa al piloto: tiene unas horas para organizar un nuevo vuelo. Y la sacamos de aquí.

—¿Sacarla quién?

—Ella —respondo, incapaz de pronunciar su nombre; hasta sus sílabas me provocan asco.

—¿A la fuerza? —su cuestionamiento es solo táctico, no crítico.

—¿Algún problema?

—No. Se gestionará. Quizá no sea mala idea que vayas delante, para que no queden registros tuyos aquí en el momento de los hechos.

Me doy vuelta y Heron me mira.

—Que se jodan los registros, Heron; esa mujer no volverá a salir de mi vista. Obedecerá mis leyes, en mi tierra, bajo mi maldito techo, como yo diga que debe ser. Y si abre esa boca inmunda para quejarse de algo, la puerta de la calle no le servirá de nada.

21. VERONA

La enfermera limpia con cuidado cada uno de los arañazos de mi piel y luego los cubre con una especie de pegamento, con una paciencia infinita. Arde, pero no duele mucho. Los que tienen puntos son peores. Uno grande en el muslo —me pregunto si quedará una cicatriz— y otro en la nuca que tira como si la carne fuese un trozo de papel arrugado, seco y a punto de romperse.

— Te dejaré esta medicación —me avisa, separando los comprimidos y unas gotitas en una cajita delicada junto a la cabecera.— Úsala sólo si sientes mucho dolor; ya te han dado analgésicos para toda la vida.

— Está bien, gracias —digo poniéndome en pie.

La espalda me protesta y creo que es por haber pasado tanto tiempo acostada. Las piernas hinchadas también cobran factura cuando intento andar y siento las plantas como si fueran flotadores llenos de líquido.

Bebo un vaso entero de agua fresca y sigo con la boca seca, la garganta áspera.

— ¿Dónde está el baño? —pregunto, mirando alrededor de la habitación que no se parece en nada a ningún lugar en el que haya estado.

No reconozco este hospital; seguro es alguna extravagancia de Luana, no lo recuerdo bien. Me siento en un monasterio elegante, como los conventos donde encerraban a las princesas rebeldes en tiempos antiguos. Sonrío al pensarlo.

La enfermera me indica el camino y, caray… qué habitación tan grande.

— ¿Tengo algún acompañante fuera?

— Hum, sí. Vendrán a hablar contigo cuando yo salga.

— ¿Ellos? ¿Quiénes? ¿Dónde estoy? —mi frase melodramática de protagonista con amnesia suena graciosa en mi boca.

— Lo siento, pero no tengo permiso para darle esa información.

— ¿Cómo que no?

La mujer, de gestos contenidos, se aleja. Sus ojos abiertos y los labios apretados en una línea hacen saltar una alarma en mi cabeza.

— ¿Dónde estoy? —repito, en tono severo.

— Perdón, señora, de verdad no puedo decírselo. Pero por favor, cálmese; no debe exaltarse.

Ordena sus cosas en la bolsa con rapidez, descarta los plásticos de todo lo que usó para mis heridas y casi sale corriendo del cuarto.

Apenas se cierra la puerta tras ella, intento seguirla por el mismo camino. Toco el pomo redondo, enorme y extrañamente chapado en oro rosado, y lo fuerzo, tratando de abrir.

No funciona; pruebo de otra manera y tampoco hay éxito. Me agacho buscando alguna traba oculta. Aún sin poder abrir, empiezo a golpear la madera elegante.

— ¿Hay alguien ahí? ¡Estoy atrapada! ¡La puerta se ha atascado! —grito pidiendo ayuda y nadie responde.

Con el corazón latiéndome más rápido de lo debido y la respiración acelerada corro hacia las ventanas y las abro de par en par. Las cortinas, gruesas y pesadas, bloqueaban por completo la luz del sol. Y en cuanto mis ojos se adaptan al resplandor que inunda la habitación, empiezo a ver jardines. Muy bien cuidados y enormes, ninguno más que eso. Es un jardín encadenado a otro jardín y esa extensión de verde me asfixia. Abro una de las ventanas con las manos temblando y miro hacia abajo. Metros y metros de hormigón y baldosas salpicadas por incrustaciones de flores azules en cuarzo translúcido.

Me siento en el banco empotrado de la ventana intentando entender qué está pasando. Este es, sin duda, un lugar pensado para quien espera. El paisaje frente a mí es hermoso, pero lo único que siento es nerviosismo.

Oigo la puerta abrirse y me levanto de un salto.

— Hola —me saluda una mujer sonriente con unos ojos enormes y una sonrisa aún mayor—. Soy Laura. —Su cabello liso y brillante se balancea en una coleta elegante.

— Y yo soy Henrique —se presenta su acompañante, con una sonrisa más contenida y ojos felinos que me observan, las manos cruzadas a la espalda.

Laura se acerca y me aprieta en un abrazo.

— Bienvenida a Calanthe. ¡Te vamos a ayudar en todo! —promete entusiasmada y Henrique asiente con la cabeza sin acercarse, aún con esa sonrisa enigmática dibujada en el rostro.

¿Calanthe? ¿Dijo Calanthe?

— Perdón, Laura —repito su nombre en voz baja, haciendo con las manos el gesto de esperar—. ¿Has dicho Calanthe?

— Ajá, así es —alza los dos índices frente a mí cuando mi boca se abre, a punto de soltar un grito—. Tranquila, está todo bien. Yo te lo explico —asegura, acercándose y entrelazando el brazo con el mío.

Henrique nos sigue en silencio, pero muy cerca. Laura me indica un sillón y me siento, empezando a cabrearme, pero tratando de controlarme.

— Entonces, Su Alteza Real, el Príncipe Alfonso, te trajo aquí cuando descubrió que había sido engañado.

— ¿Me ha secuestrado, entonces? —voy directo al grano, con un tono rudo que no se ha ganado.

— Quizá esa palabra suene un poco fuerte.

— ¿Qué otra palabra sugieres? —Cruzo una pierna sobre la otra, me apoyo en el respaldo y cruzo también los brazos, esperando su respuesta.

— Hum. —Se lleva las manos a la cintura, mira hacia arriba buscando la palabra en su mente, y chasquea los dedos cuando la encuentra—: ¿Rescató sin tu autorización expresa? Creo que suena bien —sus pulgares se levantan—. Eso fue —decide satisfecha.

— Veremos qué tiene que decir la policía sobre los términos adecuados —respondo, apoyando las uñas en el borde de madera y golpeándolo—. ¿Dónde está él? ¿Por qué no asume la mierda que hizo? —desafío al fin, cruzando las manos en mi regazo como si ellos me debieran sumisión.

— Déjame explicarte una cosa: ¿escuchaste cuando dije "Su Alteza Real, el Príncipe" antes del nombre Alfonso? —gesticula en el aire—. En Calanthe él es la ley; por encima de él sólo está la Reina y no creo que ella vaya a ponerse de tu lado cuando descubra que inventaste un aborto falso para secuestrar a los niños. Entiendo que dos errores no hacen un acierto, pero si somos justos, empezaste tú esta jugada del secuestro primero.

— ¿Eso es lo que te dijo que me dijeras? — resoplo, incrédula.

— Ah, no —dice ella—, seguro que él tendrá un discurso muy distinto, pero esa no es mi función. La mía es solo presentarte el palacio y empezar a prepararte para la agenda real que te espera.

— ¿Agenda real? ¡Recién llegué y ni siquiera se suponía que yo estuviera aquí!

— Aquí cada uno tiene un papel. Y, de hecho, llevábamos meses esperando tu llegada. Puede que aún no tengas un título oficial, pero pronto todos los periódicos van a poner tu cara y todo el mundo sabrá que eres la consorte del futuro rey. Tienes que estar preparada. —No sé si tomar la media sonrisa de su rostro expresivo como advertencia o como amenaza.

— Quiero salir de aquí y hablar con él —exijo. No voy a discutir sin motivo con ellos.

— Él vendrá aquí cuando consiga un hueco en la agenda, que según mis cálculos puede tardar entre tres meses y tres años, dependiendo de cuántos compromisos se desprogramen. —Laura se encoge de hombros y Henrique asiente.

— Incluso tu propia agenda va por el mismo camino: vamos a apartarnos del proceso natural de presentarte como la futura novia real e introducirte en sociedad de esa manera, pero aún así hay mucho que preparar.

— ¿Y si me niego?

— Por mí, está bien. Yo solo soy la mensajera —responde con sinceridad.

— Verona —habla Henrique por primera vez—, si me permites llamarte por tu nombre. —Asiento—. Quizá no te haces a la idea del problema en el que te metiste al fingir que no tendrías a los bebés, quizá no calculaste los problemas que le has causado al príncipe, pero lamento informarte que esto ya no depende de tus deseos.

Hace una pausa, claramente incómodo de tener que seguir.

— También cometiste un delito, contra un jefe de Estado, y si alguien fuera juzgado por actitudes "no convencionales" —sus dedos hacen comillas en el aire al decirlo—, esa persona serías tú. No lo digo con ánimo de amenazarte, pero creo que sería prudente que miraras la situación desde otra perspectiva. Estoy seguro de que Su Alteza no pretende mantenerte prisionera; esto es solo una medida de seguridad hasta que se active el protocolo para tu estancia en el castillo, lo cual te garantizo que no tardará. Así que te sugiero que lo medites y volveremos mañana para saber qué has decidido.

— ¿Puedo salir? —pregunto, tanteando hasta dónde llega la cortesía con la que me dicen, con palabras suaves, que soy una prisionera hasta nueva orden real.

— Puedes, pero no hay nada fuera del palacio en un radio de veinte kilómetros.

Vuelvo a posar la mirada en el verde eterno más allá de las ventanas.

— Lo que desees te lo traeremos aquí. Solo tienes que pedirlo. —Saca un teléfono del bolsillo y me lo tiende. Me muestra su contacto, el de Laura, el de Heron, el de Alfonso y, para mi sorpresa, hay un grupo con Luana, Helena y Raquel que ya acumula más de 4.312 mensajes sin leer.

— ¿Qué pasó con mi celular?

— Todas tus pertenencias serán traídas aquí; si necesitas algo en concreto, mándame una lista y yo me encargaré.

— Hablaste bonito, ¿eh? —comenta Laura con sarcasmo, dándole cinco palmaditas en el aire hacia él.

Giro la cabeza hacia ella y ahí está, esa sonrisa enorme que me desarma, que me confunde, que me hace sentir amiga de la persona que acaba de informarme que voy a ser retenida aquí contra mi voluntad.

Intento sentir rabia, indignación, el peso del ultraje o la furia del despropósito… pero nada de eso llega. Si busco bien, lo que corre por mis venas es una especie de alivio reconfortante. De una forma completamente retorcida, acabo de ganar la oportunidad de deshacer mi error y reparar la estupidez que cometí.

¿Voy a convertir la vida de Alfonso en un infierno por la humillación moral? Sin duda. Pero, aunque sé que probablemente quería que me sintiera prisionera, en realidad me siento libre del peso de la mentira que me estaba aplastando por dentro, estrangulando mis órganos. Me siento absuelta del juicio constante al que mi conciencia me sometía.

Aunque pretenda castigarme o vengarse, la verdad es que Alfonso me ha dado nuevas opciones, y no voy a desperdiciar ninguna de ellas sin pensarlo bien. Puede que dentro de dos horas pierda la cabeza y destroce este palacio de arriba abajo, pero no voy a prenderle fuego al techo que me cobija antes de poner fríamente en una hoja de Excel todos los pros y los contras de lo que está pasando.

— Voy a reflexionar sobre el asunto —respondo con honestidad.

Laura se alista para hablar, mirándome con una dulzura infantil, como una niña que se prepara para pedir un dulce.

— Sé que puede sonar a abuso, pero… ¿podrías reflexionar rápido? Es que si nuestra agenda fuera un papiro y la imprimiera, podrías surfear sobre ella desde aquí hasta Brasil —dice casi implorando, en tono de confidencia.

Y me río, de verdad me río.

La sencillez de esta chica me recuerda a Luana —mucho menos loca e inoportuna, claro—, pero en ella veo de inmediato una amiga. Sus ojos enormes y amables son un abrazo cada vez que parpadea.

22. ALFONSO

Diez minutos.

Posiblemente sea todo el tiempo que tenga entre una reunión y otra.

Me estiro frente a la ventana, pensando que Verona probablemente ya debe de querer arrancarme el alma a pedazos —o, mejor dicho, comerme el culo con vidrios rotos—, cuando escucho la voz de mi hermano entrando sin tocar la puerta.

— Si no querías una fiesta, bastaba con avisar. No hacía falta que llegaras como un fugitivo. ¿Acaso se trata de una huida? ¿O tu mal humor alcanzó niveles tan alarmantes que decidieron deportarte?

— Qué bueno que finalmente decidiste que tu futuro rey merece el placer de tu compañía. — Me giro hacia él, con los brazos cruzados.

Una tonelada de mierda me cayó encima y no podía quejarme, porque mucha gente pensaba que había estado tratando conmigo todo este tiempo. Así que cuando los miraba con cara de paisaje, el silencio era sepulcral.

Al mirar a ese gran idiota con piernas, la irritación se me pasa: lo eché demasiado de menos, maldita sea. Le extiendo la mano, él pone los ojos en blanco, se acerca y cierra su mano sobre mi antebrazo. Estoy obligado a hacer lo mismo y nos acercamos hasta chocar las frentes tres veces, como hacemos desde que inventamos ese saludo cuando apenas sabíamos hablar. Todavía lo repetimos hasta hoy.

— Te extrañé —admito.

Podría reclamarle por no haberse presentado al briefing, pero la verdad es que me mantuvo al tanto de todo y sostuvo el fuerte solo durante los últimos meses.

— Estoy sorprendido de que aún haya un país para gobernar. Juraba que, a estas alturas, no habrías dejado piedra sobre piedra —comento con ironía.

Santiago desestima mi comentario con un gesto de la mano y un chasquido de lengua.

— He estado ocupado —se defiende.

— Sí, ocupado enredándote con la princesa de Corsella por los pasillos, según tengo entendido. — Suelto una risa seca. — Deberías mostrarle más respeto a tu prometida, Santiago.

— Exactamente, Alfonso. Mi prometida. La única opinión que importa sobre el nivel de respeto que le demuestro a Ariana es la de la propia Ariana. De ti y de cualquier otro, no acepto menos que el máximo respeto. Lo cual me lleva a preguntar: ¿quién demonios te dijo qué?

— Los minions, Santiago. Fueron los minions quienes me lo contaron. Pero si planeas hacer una caza de brujas con cada uno que se atreva a chismorrear sobre tu comportamiento, que Dios nos ayude: no quedará ni un empleado. ¿No sería mucho más fácil simplemente usar la maldita habitación?

— Siéntete libre de usar cuantas quieras. Escuché que trajiste una novia a cuestas. Dime, ¿ella ya sabe que es tu prometida, Alfonso? Y todavía no has explicado por qué carajos volviste a casa clandestinamente.

— Me veo obligado a reírme —digo, cubriéndome la cara con las manos para ganarme un segundo antes de preparar la explicación del secuestro relámpago.

— En realidad, casi te pillaste. Dependiendo del punto de vista, sí que fue una fuga.

En el fondo, considero un buen ejercicio explicar todo en voz alta; cuando esto llegue a oídos de Mamá, voy a estar muy jodido. Podría matar a unas cinco personas por un café en este momento.

— ¿Qué pasó exactamente? —pregunta Santiago.

Se abre la puerta y entra Benicio.

— Perdón por interrumpir, pero al otro lado de esa puerta hay tres consejeros, seis dignatarios y cuatro representantes de asociaciones.

— Mierda. Danos cinco minutos, Benicio, y después puedes hacerlos pasar.

Santiago no dice nada; simplemente espera a que Benicio salga.

— La traje por la fuerza —aclaro—, no literalmente a la fuerza; no hizo falta mucho, estaba anestesiada.

— No me digas que en serio secuestraste a la mujer.

— Sí.

— ¡ Alfonso!

Mantengo la cara impasible y él cierra los ojos.

— Me dijo que iba a abortar, me enterró en mentiras y todo era un golpe. Solo quería que la dejara en paz y desistiera de mis hijos.

— ¿Y entonces pensaste que subirla a la espalda y traerla a Calanthe era buena idea? ¿Mamá ya se enteró de esto? —Coloco mi máscara de frío y distancia que sé que no funciona con él, y me abstengo de contestar.— Joder, yo en tu lugar me llevaría a Verona y me largaría a China; mamá te va a destruir cuando descubra que trajiste a la madre de sus nietos inconsciente a nuestro país como un hermoso troglodita. —Santiago aplaude fuerte, lento y con burla en la cara.— Que dios me permita estar cerca cuando ella te encuentre. Espera, ¿cómo es que aún no te ha encontrado?

— El castillo es grande. Verona está en el palacete y yo soy bueno escabulléndome por los pasillos.

Me defiendo, y es verdad.

Mi madre ya intentó abordarme dos veces, pero no había dado con Verona, y yo no quería hablar con la Reina antes de haber visto el problema de frente y entender realmente su magnitud. Verona, otra vez, parecía muy tranquila y colaboradora; la última vez que eso pasó estaba maquinando a mis espaldas. Esta vez debe estar reuniendo gasolina en el palacete para rociarme y prenderme fuego cuando ponga un pie allí.

— No quisiera estar en tu pellejo. ¿Por qué la dejaste allí?

— Voy a traerla al castillo; sólo necesitaba no mirarla en la cara por un rato. Estaba muy enfadado, todavía lo estoy, pero no pienso tratarla mal por eso. Está embarazada, joder, tengo que controlarme.

No sé si esas palabras las dije para él o para mí mismo.

— ¿Y está sola allí?

— Heron y los minions están con ella.

— Bueno, si fuera tú, iría a buscarla cuanto antes. Mamá es mamá, y además es nuestra reina.

— ¡Lo sé, joder! Tampoco planeo dejarla mucho tiempo allí; es sólo hasta organizar el asunto con la prensa, montar su rutina y conseguir que acepte mis malditas decisiones. Ella me conoció como una persona normal, pero soy el futuro rey. No puedo permitir que ande por el castillo gritándome e intentando agredirme a cada paso.

O riso socarrón de mi hermano llena la sala.

— Para alguien que pensaba con la cabeza y no con la polla, Alfonso, estás totalmente en manos de esa mujer. — Su tono es calmo y medido, y trato de reflejarlo en mi rostro también.

— Vete a la mierda, Santiago.

— Voy, de hecho voy a buscar a mi prometida y te sugiero que hagas lo mismo. ¿Cuánto tiempo llevas sin follar, Alfonso? Llevas tres días en Calanthe y no has salido a follarte todo lo que se mueve en un radio de un kilómetro para desestresarte. Desde que aprendimos a tirarnos, nunca te vi pasar más de una semana sin sexo y si estás aguantando ahora, lamento informarte, pero parece que alguien tiene que decírtelo: Estás rendido a los pies de esa mujer. Y no la trajiste aquí por venganza o para controlarla; la trajiste porque no podías soportar estar lejos de ella, con hijos o sin ellos, y eso te consumía hasta que apareció la oportunidad que necesitabas.

— Pediré que te repitan el análisis toxicológico. — Descarto su teoría sin aceptar ni negar.

Es la segunda vez que me lanza esa mierda del sexo a la cara. No soy ningún maniático depravado.

— Puedes negarlo todo lo que quieras, Alfonso. ¿Que Verona esté en el palacete de mamá, que no se usaba desde que éramos niños, que hayas prestado a tus minions para cuidarla y, sobre todo, que hayas prescindido de Heron? El tipo ha sido tu sombra casi tanto como yo. Estás loco y no sabes qué hacer con ella.

Me pongo en pie, indicándole que es hora de irse. Él también se levanta y, como si estuvieran sincronizados, Benicio anuncia que nuestro tiempo ha terminado. Santiago todavía me susurra antes de marcharse:

— Arregla esto, hermano, antes de que uno de los dos salga herido.

— Siempre oí que el amor era como una droga, pero nunca pensé que pudiera fundirle el cerebro a alguien tan rápido —bromeo, pinchando el lateral de su cabeza con el dedo, como si quisiera comprobar si queda algo dentro.

— Estaré aquí para recordarte que ya te avisé. Y no tardará mucho. — Sonríe, como si hubiera ganado alguna disputa.

Los hombres se acomodan alrededor de la mesa grande en la antesala de la izquierda, y yo ya me siento aburrido con solo mirarlos. Me vuelvo, educado y resuelto, intentando ignorar las palabras de Santiago, borrarlas de mi cabeza antes de que se instalen y echen raíces que luego no podré cortar. Pero el reconocimiento de que tiene razón llega como una zorra susurrando en mi oído: cuando Santiago es el gemelo serio y yo el sentimental, todo está jodido.

23. VERONA

Laura suelta unas risitas mientras lee mis respuestas al tedioso cuestionario que me entregó. Si ya me parecía horrible tener que actualizar la información de mi currículum, espero no tener jamás que rellenar el perfil de seguridad de la casa real.

— Dijiste que piensas tener sexo siete veces por semana, ¡Verona! —se lamenta antes de cambiar la opción que marqué por «lectura y ejercicio» en la sección de ocio.

Me atraganto con la risa; sabía que ella acabaría llegando a esa parte.

— ¿Aquí no folláis? —pregunto, mirándola y luego a Henrique.

Ya me han dicho que no son pareja, pero lo contrario está escrito en sus rostros y en todo lo que hacen en cada momento. Y como la romántica que soy, ya me veo haciendo de cupido.

— Eso es serio, mujer.

— Está bien. Cambia también las preguntas 63, 74 y 87. Quizá respondí «sexo» en todas ellas.

La puerta se abre y la voz de Alfonso pregunta si puede entrar. Ambos se tensan a mi lado y yo respondo que sí.

— ¿Todo bien por aquí? —pregunta, desconfiado, al verme sonreír.

— ¿Qué? ¿Pensabas que me ibas a encontrar con un mechero y gasolina en la mano, Alfonso? —bromeo. La sorpresa en su mirada me dice que, efectivamente, pensó algo así—. Eres un idiota —lo acuso.

Y los minions se levantan.

— Nos vamos, jefe. El protocolo de traslado de Verona a la residencia real ya se inició; en unos días tendrá acceso a todos los códigos de seguridad y podrá moverse libremente por el castillo. Hasta luego —se queja Laura mientras sale riendo con Henrique a su lado, la mano de él en su espalda empujándola con aire protector—. Si por casualidad tengo que planear algún funeral, hacedme el favor de esperar hasta mañana; necesito dormir —añade.

— ¿Ellos follan o no follan? —le pregunto a Alfonso, de verdad curiosa.

— No que yo sepa —responde, de nuevo sorprendido.

— Apuesto a que sí —estiro los hombros y cruzo los brazos divertida.

Alfonso inclina la cabeza, pero se queda donde está.

— ¡Heron! —grita, y no pasan tres segundos hasta que el guardia entra en la habitación en alerta—. ¿Laura y Henrique follan?

Heron pierde toda la compostura de duro ante la pregunta estúpida.

— No es algo que conste en un informe —contesta, sarcástico.

— Heron, suéltalo, ¿qué sabes de esto?

Heron se rasca la cabeza, indeciso, y yo me siento al borde de la cama, esperando el chisme de los bastidores.

— De verdad no lo sé. Circulan rumores por todo el castillo de que sí, pero nunca lo admitieron ni los vi tratarse de forma que no fuera completamente respetuosa… excluyendo, claro, la locura diagnosticada.

— Quizá solo sean ese tipo de personas que vienen con configuración de pareja y funcionan mejor en dúo —reflexiono en voz alta.

— ¿Y dónde se compra eso?

Abro la boca para responderle a Alfonso, pero Heron pide permiso y me distraigo siguiéndolo con la mirada hasta que la puerta se cierra detrás de él.

Alfonso por fin me saluda; roza un beso en mi mejilla y siento que es una prueba.

— No voy a arrancarte los ojos con las uñas, Alfonso. No estoy enfadada contigo. Bueno… sí lo estoy, pero también sé que tú tienes tus razones para querer lanzarme por esa ventana. —Señalo la más alta del piso—. Y espero que no lo hagas.

— ¿Por qué me mentiste, Verona? ¿Por qué creíste que necesitabas hacerlo?

— Me desesperé. Sinceramente, no tengo nada que decir en mi defensa aparte de todo lo que ya te dije. Exceptuando la parte del aborto —que realmente nunca tuve intención alguna de hacer—, todo lo demás era real. El plan inicial, la situación, tú, las cosas que estaban pasando, mi zona de confort explotando y siendo lanzada lejos, el miedo al futuro, la sensación de perder el control... todo me llevó a un estado de neurosis en el que simplemente no podía pensar con claridad, así que activé el piloto automático para poder llevar el plan hasta el final.

— ¿Alguna vez pensabas contármelo?

— No lo sé, Alfonso. Si soy honesta, te diría que no. Pero tampoco creo que podría vivir y mirar a mis hijos todos los días sabiendo que tenían un padre como tú y que yo simplemente lo había echado de nuestras vidas. Creo que, tarde o temprano, mi conciencia se habría quebrado y te lo habría dicho, pero no puedo garantizarlo.

— De verdad quise hacerlo.

— ¿Qué cosa?

— Arrojarte por la ventana. Cuando la enfermera me dijo que todo estaba bien con los niños y me di cuenta de que solo lo supe porque fui a verte antes de volar, por tu cabezonería al despedir al guardaespaldas. También sentí que había perdido el control de todo, que la suerte estaba pilotando mi destino. Tú tienes miedos, Verona, y no quiero hacerme el pobre niño rico, pero yo también los tengo.

— Si te pido perdón, ¿crees que serías capaz de perdonarme?

— No, todavía no. Pero algún día sí, y cuando llegue ese momento, te lo haré saber. No te deseo ningún mal y aún te espero en mi vida. Empezamos mal, pero no tenemos por qué seguir así.

— De acuerdo. Acepto tus disculpas por haberme secuestrado, entonces.

— No pedí disculpas.

— Lo sé, pero deberías. No desperdicies mi paciencia. No fui la única que se equivocó en esta historia y lo sabes muy bien. No voy a decir que estamos en paz, porque todavía tenemos muchas cosas que ajustar, y sé que llegar a un consenso no va a ser un paseo por el parque. Pero estoy dispuesta a hacerlo diferente a partir de ahora, a redimirme y pensar primero en los niños.

Extiendo la mano hacia él, ofreciéndole un trato.

— Prometo no ser una imbécil. —Él se ríe de lo que le ofrezco y aprieta mi mano con firmeza.

— Prometo no ser un idiota.

— Y no comportarme como un hombre de las cavernas — sugiero y él acepta.

— Prometo no ser un imbécil y no comportarme como un hombre de las cavernas — recita, repitiendo.

— Trato hecho — decimos al mismo tiempo y él gira la cara hacia mí cerrando los ojos.

— ¿Qué pasa? ¿Ya te arrepentiste?

— No. Sinceramente no sé qué pesa más: mi deseo de tener unos días de tregua para poder poner la vida en orden en paz sin preocuparme de que nos metas en problemas, o las ganas de arrastrarte hasta la primera superficie que encuentre y follarte contra ella, comportándome exactamente como el hombre de las cavernas que me comprometí a no ser.

Él niega con la cabeza alejando el pensamiento, pero sus palabras hacen que mis venas palpiten de deseo.

— ¿Quizá podamos tener ambos? ¿Tregua con beneficios? — sugiero, volviendo a extender la mano.

— Creo que eso seguiría entrando en la categoría de comportarse como un hombre de las cavernas si te cojo como quiero — completa él, casi pidiendo permiso para atacarme con la mirada.

Tomo aire caliente por la boca e inspiro su jodido olor delicioso antes de responder, dando ya un paso hacia él, que completa el movimiento al sujetarme.

— Quizá deberíamos añadir una cláusula. — Inhala el aire junto a mi cuello, y el escalofrío de expectativa recorre mi piel dejando un rastro de vello erizado, como si implorara por su toque. — No comportarme como un hombre de las cavernas fuera de tu cama.

— Hecho. — Sella el acuerdo con un beso ardiente y me lleva hasta la cama, pero no me tumba en ella.

La cama es alta y me agarro a sus hombros para facilitar el movimiento rápido de desnudarnos. Mis pantalones caen, mi blusa vuela. El sujetador permanece en su sitio y él solo roza su nariz contra uno de mis pezones, dejando el otro duro, esperando su turno.

Yo misma me quito las bragas mientras él se desnuda con los ojos brillando de deseo. Alfonso me concede solo un beso —su lengua me prueba y me rehúsa— antes de girarme, inclinarme sobre la cama y penetrarme lenta y profundamente, sin previo aviso. Recibo cada centímetro de él sin dificultad; ya estaba lista desde que cruzó la puerta. Su mano caliente agarra mi trasero y sube por mi espalda, presionando los nudos de mi columna mientras gana profundidad dentro de mí.

Soy yo quien inaugura el coro de gemidos que siguen, y él me acompaña de cerca, retirando su miembro casi hasta la punta y hundiéndose de nuevo, despacio. Me retuerzo de necesidad y agarro las sábanas con ambas manos, mirando al frente, buscando aire cuando vuelve a embestir, ahora con menos delicadeza.

— He querido hacer esto durante semanas —dice, saliendo y entrando, empapándose de mí, apretando mi trasero con ambas manos.

— Podemos hacerlo durante semanas para compensar — respondo entre suspiros, y él me arranca un gemido corto y alto al embestir hondo y rápido. Todos mis músculos se concentran en servir a su placer, deslizándome caliente a su alrededor.

El sonido de su piel húmeda chocando contra la mía llena la habitación y hace que se me haga agua la boca. Quiero sentir su sabor en mis labios, pero no puedo renunciar a tenerlo dentro de mí. Abro más las piernas, aumentando el espacio entre mis muslos.

Una embestida tras otra, y yo siendo empujada por mi propio peso contra el colchón. La sábana completamente arrugada y fuera de su sitio no sirve de nada más que de algo que apretar. Mis pechos duelen de ese modo delicioso que provoca el roce áspero y seco de la tela contra mi piel sensible, que se intensifica con cada impulso. Los gemidos se encadenan unos con otros. Sus manos grandes se deslizan alrededor de mis caderas, los dedos bajan hacia mi entrepierna, y me levanta un poco, encajándome mejor. Y cuando me empuja hacia su sexo con las manos y embiste en dirección contraria con la cadera, grito con el chispazo de placer que estalla sobre mi piel.

Se mueve rápido, corto, hasta que mi grito se convierte en un canto de rendición y me corro desesperada.

Sale de mí mucho antes de lo que querría. Besa y muerde mi nalga izquierda, y protesto —no por eso, sino porque quiero más— aunque sigo tendida, sin fuerzas. Se tumba de lado junto a mí y humedezco mis labios secos con la lengua, que él atrapa con la suya, tirando de mi cuello hasta pegarme a su pecho. Enredo mi pierna entre las suyas y él marca mi cuello con besos húmedos.

No necesito llevar la mano a su sexo para saber que sigue duro. Alfonso siempre espera a que yo llegue primero antes de buscar su propio placer. Es un amante generoso, atento y brutal. Y no tengo ni idea de cómo consigue ser todo eso al mismo tiempo, pero me felicito a mí misma por que sea mío —al menos por ahora.

Sus labios vuelven a encontrar los míos y me hundo en su sonrisa, lamiendo su lengua con profundidad. Me gira, cubriendo mi cuerpo con el suyo, apoyando su peso en las rodillas mientras me besa hasta dejarme sin aire. Sus dedos se enredan en mi cabello y atrapan la mano que levanto para tocarle la cara por encima de mi cabeza, entrelazándola con la suya. Muerde el lóbulo de mi oreja, incitando mi piel, y baja besando desde ese punto hasta mi barbilla, enlazando un beso con otro, con suaves succiones y roces de dientes que encienden de nuevo mis gemidos.

— Alfonso, quiero chupártela —le pido antes de que vuelva a meterse entre mis piernas y me posea hasta hacerme perder la razón.

Él dibuja una sonrisa provocadora sobre mi piel y atrapa todo mi pecho izquierdo, chupando con fuerza y ruido; después lame mi pezón y vuelve a besarme. Se aparta de encima de mí y me llama:

—Ven aquí, ponte de rodillas —me pide, con la voz ronca acariciando cada parte de mi cuerpo. Se apoya contra el cabecero y da dos golpecitos en su muslo para que me acerque.

Me arrastro hasta él, sentándome sobre los talones, apretando sus muslos con las manos y provocando su mirada. El azul tortuoso de sus ojos quema mi piel, incendiando mi deseo.

Alfonso aparta mi cabello hacia atrás y acaricia mis labios. Su pulgar desciende hasta mi mandíbula, sus dedos rozan el pulso de mi cuello y yo me inclino. Sostengo su sexo y me curvo sobre él, sintiendo su grosor abrir mi boca.

—Joder... qué delicia... —murmura.

Agarra mi nuca y enreda mi cabello entre los dedos mientras chupo su glande, rodeando su piel con la lengua y cerrando los labios a su alrededor. Subo y bajo despacio, acompañando el ritmo con la mano apretada en la base.

Alfonso cierra los ojos e inclina la cabeza hacia atrás, jadeando. Recorro su rigidez con la lengua y lo trago tan hondo como puedo, aunque no es suficiente. Subo y bajo hasta la mitad, usando las manos para envolver la base y acariciar sus testículos. Intento una vez más ir más profundo y siento mi garganta cerrarse alrededor de la punta. Él suelta mi cabeza y apoya las manos en el colchón, empujando dentro de mi boca cuatro veces antes de que me atragante y se retire, dejándome respirar.

—¿Estás bien?

Le sonrío en respuesta y me incorporo solo para darle un beso rápido, que él prolonga sujetándome la cabeza y aplastando su boca contra la mía, devorando mis suspiros y mordiendo mi barbilla. Lamo sus labios, arrancándole un gemido alto. Quiero más de eso, así que vuelvo a chuparlo con la necesidad de escucharlo gemir otra vez y sentirme en el poder de volverlo loco.

Lo tomo de nuevo hasta mi garganta y dejo que folle mi boca hasta que el dolor delicioso de sus embestidas me quema; incapaz de resistir más, casi gruñe antes de deshacerse en mi boca, latiendo en espasmos rápidos.

Quizá para calmarme, pasa la mano entre mis piernas y empieza a frotar la humedad de mi piel caliente. Jadeo con la boca abierta mientras su dedo rueda sobre mi clítoris, torturándome lentamente.

—Tú. Follas. Jodidamente. Bien —marca cada palabra con besos rudos, atrapando mi boca, y yo le muerdo el labio.

Sus dedos me penetran con rapidez, hundiéndose en mi carne excitada hasta que cada curva de mi cuerpo se arquea de placer en una sacudida frenética.

Levanto la mirada para encontrar la suya y me derrito contra su pecho, parpadeando una última vez antes de dejar que mis ojos se cierren pidiendo descanso. Él sonríe tranquilo, demasiado seguro de sí mismo, y me aprieta entre sus brazos.

24. ALFONSO

«Prometiste no ser un imbécil, y ya me he despertado con vos siendo un imbécil. ¿Dónde puedo presentar una queja?» —El mensaje de Verona aparece en mi pantalla, y dejo de hablar con Laura para responder.

«¿Qué hice?» —pregunto con sinceridad.

Además de haberla despertado a medianoche para hacer el amor sin prisa y dejarla exhausta, ni siquiera había tenido tiempo de hacer algo reprochable.

«Me desperté sola en mi cama y sigo atrapada en esta torre. ¿Cuándo va a ser liberada Rapunzel para convivir con los tres cerditos?»

Sonrío, preocupado. Aunque me alegra que esté siendo honesta al decir que se molestó por despertarse sola, no es algo que yo pueda cambiar.

«Creo que estás confundiendo los cuentos, bella bestia. Tú no eres el lobo de esta historia para salir con los tres cerditos, y no creo que podamos despertarnos juntos. Yo me levanto a las 5:30 de la mañana todos los días, y tú, por lo visto, entre las 10 y las 14.»

«Quisiera ser amiga del lobo, para que soplara y soplara hasta liberarme de la torre. Ya sabes, no tengo el pelo largo. Si me arrojas por la ventana, ni para puré voy a servir, apenas para un pastel de huesos. ¿Estás insinuando que solo puedo tenerte de noche?»

«Visión perturbadora, Verona, basta. Eso no es agradable. Estoy insinuando que, si algún día te despiertas tarde y yo estoy a tu lado, por favor llama a una ambulancia. Lo más probable es que haya sufrido un infarto.»

«¿Piensas mantenerme aquí hasta cuándo? ¿Sabías que Heron no está completamente alfabetizado?»

«No molestes a Heron, Verona, déjalo en paz. No le gusta conversar.»

«¿Conmigo, verdad? Porque contigo es la mayor maruja del reino. Es la única persona que tengo para molestar. Pensé que Laura y Henrique volvían hoy.»

«Laura volverá, Henrique pasará el día conmigo.»

«Le tengo envidia.»

«¿Ya comiste?»

«Sí, señor.»

Una bola de papel arrugado impacta en mi cabeza, y me giro para mirar a Laura de arriba abajo.

—Vamos, Romeo, el trabajo no va a terminar más rápido si sigues tirándote a tu mujer por mensajes, big boss —protesta, como si fuera ella quien me pagara el salario y no al revés.

—No me obligues a despedirte hoy, Laura.

—Soy la favorita de tu mujer. Me abrazó ayer y todo. Si me despides, ella me contrata —asegura sin el menor miedo.

—¿Qué tareas le diste a Verona hoy? Parece bastante libre en este momento.

—Es que está loca y ya terminó todo lo que le puse en la lista por la mañana. Nunca pensé que leyera tan rápido.

—¿Estás seguro de que lo leyó? Porque "la parte de la mañana", en su caso, suele ser una parte bastante corta… o incluso inexistente.

—Sí, y no solo lo leyó, ¡también me envió sugerencias de corrección protocolar! —responde Laura, indignada.

—¿Ya llegaron sus materiales? Va a enloquecer si no puede trabajar. Y todavía no puedo trasladarla al castillo; no está en condiciones de empezar con la agenda de novia real.

—Sí, los buitres se están acumulando en todas las entradas para averiguar qué está pasando. No va a ser bonito cuando aparezca —dice, observando a los periodistas y paparazzi acampados en los jardines más allá de la ventana.

—Quizá debería ver si Luana puede viajar hasta aquí y hacerle compañía. No quiero que esté sola todo el tiempo.

—¿Y yo qué soy? ¡Acabo de decirte que somos mejores amigas de la infancia, super boss! —se defiende ella. —Nada en contra de Luana, pero ¿qué tiene ella que yo no tenga?

—Trabaja para mí.

—Sí, pero puedo ser prestada con gusto.

—¿Y tenerte a ti metiéndole ideas locas en esa cabeza extremadamente fértil todo el día? Creo que no.

—Bueno, está ese pequeño detalle… Pero, ¿qué podría salir mal?

—Prefiero ni imaginarlo.

***

El salón privado de mi madre es un lugar acogedor. Lo único que desentona con las líneas sencillas del lugar es el trono que ella mandó traer. Y es en él donde me espera, después de haberme convocado por medios oficiales para que no pudiera evitarla con excusas.

—Exijo conocerla, Alfonso, estás jugando con la suerte. ¿Cómo puede la futura reina estar bajo nuestro techo hace más de una semana y aún no haber sido presentada a la reina actual? ¿No bastan las condiciones dudosas en las que llegó aquí? ¿Qué demonios sigue haciendo en el palacio?

—Madre, te pido que no te metas en esto. No quiero ser grosero, pero Verona no funciona con nuestro mismo sistema y cada día salen más titulares ofensivos sobre ella. No quiero que la reciban en casa y que descubra que todo el país la odia sin siquiera haberla visto.

—No vas a poder protegerla de la realidad para siempre, hijo.

—No para siempre, pero por ahora sí. Estamos bien, ella está bien, el embarazo está bien, no quiero arruinar eso —explico apelando a su comprensión, pero ella ve a través de mí—.

—Ella necesita conocer a su familia y voy a convocar un almuerzo familiar. Si su silla no está ocupada cuando yo llegue, yo misma la voy a ir a buscar al palacete.

—¿Has visto los periódicos?

—Sí. «Prostituta brasileña da golpe al príncipe heredero», «Misteriosa brasileña da el golpe del baúl», «La brasileña misteriosa, pivote del cambio de príncipes, retenida a puertas cerradas en el castillo real». Y todo tipo de horrores sobre su pasado. Lo sé, Alfonso. Lo he visto.

—Solo podremos empezar a resolver estos problemas cuando ella sea consciente de ellos. Déjala que se muestre, que se defienda. Va a ser una reina; no puede quedarse escondida en tu burbuja para no enfrentarse al pueblo.

—Temo que cuando salga, vaya a desistir de intentarlo.

—Dale motivos para quedarse, hijo. Simplemente dale motivos para quedarse.

Parece simple puesto en palabras, pero no es tan fácil ejecutarlo en los hechos.

***

Días y días de ese infierno, pero no puedo retrasar mucho más el traslado de Verona al castillo.

Intenté sembrar información veraz, intenté sembrar información falsa, intenté desviar por completo la atención de los periodistas con todo lo que estaba a mi alcance y ninguna de las estrategias funcionó. Hoy publiqué un comunicado de que el Príncipe se casaría con Verona Moraes y ahora será todo pan y circo hasta que nos casemos.

Ni quiero imaginar cómo reaccionará Verona, pero oficializar otro compromiso real fue la única forma que encontré de disminuir la difusión de noticias falsas y las especulaciones sobre su llegada. Al menos ya no podrían referirse a ella como nada menos que la prometida del príncipe, no es que ella fuera a quedar precisamente impresionada por tal título.

***

Cuando piso el primer escalón del palacete, me siento exhausto. Encuentro a Heron en el piso de Verona, sentado en el sofá donde normalmente ella se acurruca cuando llego.

Ya se volvió nuestra rutina: yo llego, la cubro mientras finge estar prestando atención a lo que pasa en la televisión —aunque sospecho que ni siquiera sabe los nombres de los programas que dan—, me ducho, vuelvo por ella y la llevo a la cama.

Últimamente ha estado más cansada de lo normal.

—No me esperó hoy —comento a Heron.

—Pasó el día encerrada en la habitación después de que volvimos de la clínica.

Cierro los ojos sintiendo la palidez subir por todo mi cuerpo. Yo, de todas las personas, con dos asesores actualizando mi agenda cada minuto, no puedo creer que haya olvidado la ecografía.

Heron no dice nada, porque sabe el tamaño del desastre… y sabe el pedazo de mierda que me siento en este momento.

Me doy una ducha rápida en otra habitación y me trago dos tragos de whisky antes de cepillarme los dientes y despedir a Heron. Ya ni recuerdo la última vez que bebí.

Entro en el cuarto con la culpa parpadeando en mi pecho y Verona duerme al borde de la cama, como siempre le pido que no lo haga por miedo a que se caiga. La barriga ya abultada me arranca una sonrisa. Dos cebollitas, así llamamos ahora a los gemelos, siguiendo religiosamente la tabla de tamaños con referencia a frutas y verduras.

Beso su vientre dos veces y acaricio el contorno redondeado, despertándola suavemente.

— Hola, princeso —me saluda, usando su más reciente apodo infame, que detesto, por lo tanto, naturalmente, a ella le encanta, y me dedica una sonrisa que no merezco, posiblemente demasiado somnolienta como para recordar que está molesta conmigo. Apoya la mano en mi pecho, y sé que puede sentir los latidos ansiosos de mi corazón palpitar contra su palma.

— Hola, ogrecita. —Cubro su mano con la mía y la levanto para besarle el interior de la muñeca.— ¿Quieres hablar? ¿O prefieres que te deje dormir? —pregunto con voz baja y tierna.

— Quiero quedarme quietecita, estoy muy mareada. —Se gira, recostándose de espaldas y pasando la mano por su vientre, que en esa posición parece casi normal.

— ¿Quieres que te traiga un té de jengibre con limón?

— No, ya me dormiré en un ratito. Es solo la acidez, comí demasiado chocolate.

Le peino el cabello con los dedos, disimulando mientras le tomo la temperatura.

— ¿Antojos?

— No. —Niega con la cabeza y señala su vientre.— Se suponía que iban a moverse durante el examen, pero me pasé.

— ¿Ellas? —Mi voz se quiebra, y Verona vuelve a sonreír.

— Sí, son dos niñas. Pudimos verlas. Les gusta el chocolate.

— ¿A quién no le gusta?

— A mí no. Odio el chocolate.

— ¿Algo más para la lista de cosas que odias durante el embarazo? ¿O alguien?

— No. ¿Por qué? —Se estira para besarme y yo la encuentro a medio camino.

— No volverá a pasar, te lo prometo.

— ¿Qué cosa, Alfonso? ¿De qué estás hablando?

— Te dejé sola en el examen. El día en que descubriste que vamos a ser padres de dos ogrecitas como tú. Perdón, yo… —Apoyo mi frente en la suya, buscando consuelo en la cercanía.

— Está bien, Alfonso. —Acaricia mi rostro.— No estoy enfadada.

— ¿No?

— No, eres un hombre muy ocupado.

— No para ti. No para ustedes. No puedo serlo.

— Me preparé para estar sola durante todo el camino; no será un día de tu ausencia lo que me desestabilice.

Las palabras que dice para consolarme me cortan como dagas afiladas.

No me necesita.

No le hago falta.

Peor aún: no estoy lo bastante presente como para que note mi ausencia.

—Está bien —respondo, con un nudo en el pecho.

Subo a la cama y la abrazo por detrás, pero arrastro mis pensamientos conmigo, revolviendo las profundidades de mi mente y dándole la mano a todos los pequeños monstruos que guardé allí, sacándolos a la luz.

Todos se ríen en mi cara, susurrando al unísono:

«Nunca serás como tu padre».

25. VERONA

Escucho la voz de Alfonso mucho antes de despertarme del todo.

Está hablando con las gemelas, murmurando con la cabeza apoyada sobre mi vientre y abrazando mi cadera.

Parpadeo contra la luz intensa que entra por todas las cortinas abiertas, y solo no le grito por eso porque no quiero interrumpir su pequeña reunión.

—Tienen que quererme más a mí —les dice en voz baja—, porque mamá ya va a tenerlas nueve meses en la barriga, y después, cuando nazcan, va a estar con ustedes cada tres horas para darles de mamar.

Sonrío ante su pequeño intento de manipulación, pero no me muevo; cierro los ojos y sigo escuchando.

—Nueve meses son muchos días y muchas noches, ¿saben? Bueno, todavía no lo saben, pero yo se los enseñaré después. Primero, tienen que entender que si no me quieren más a mí, me voy a poner muy triste y excluido, tirado en un rincón, porque la ogra de su madre no se preocupa, ¿entienden?

No puedo evitar reírme, y él siente mi movimiento.

—La ogra perezosa despertó —anuncia, mirándome con una expresión tan llena de amor que me duele pensar que esa mirada, completamente entregada, nunca será para mí. Pero no puedo ponerme triste, porque él ama a mis hijas, y eso es lo que importa.

Me incorporo despacio para no sentir náuseas y me quedo quieta, esperando a que pase el malestar leve. Cuando abro los ojos de nuevo, él está sentado frente a mí, con una expresión seria y mucha más ropa de la que me gustaría ver en su cuerpo cuando comparte mi cama.

Es hermoso de una forma poderosa, y no es esa belleza de quien impresiona porque sabe arreglarse o puede pagar al peluquero más caro. Es una belleza tallada en cada uno de sus rasgos, esculpida y precisa. Casi puedo imaginar el proceso de creación si él fuera una pintura, y, Dios mío… qué inspirado estaba el creador.

Alfonso tiene ese tipo de belleza que habla antes que él, que lo anuncia y lo presenta sin necesidad de un nombre. Él es de los que se quedan grabados en la memoria.

Buenos días, bella bestia.

—¿Ya no somos ogritas hoy? —pregunto, incluyendo a las niñas en el apodo.

—Eh, no llames ogritas a mis cebollitas, se van a poner tristes —protesta, abrazando de nuevo mi vientre.

Me arde la mano por acariciarle el cabello y sumarme a ese abrazo, pero también me siento excluida de esa nube de amor incondicional, así que mantengo las manos lejos.

—¿Tienes el día libre hoy? La última vez que te vi con luz del día fue cuando llegué. ¿Pasó algo?

—Pasó, sí. Te dejé sola ayer, y hoy no tuve el valor de salir de aquí sin hablar contigo.

—Ya te dije que no pasa nada, Alfonso. Sé arreglármelas sola. —Respiro hondo, conteniéndome—. Lo que deberías hacer es empezar a preocuparte por sacarme de aquí, porque tu tiempo de tolerancia se está acabando, y estoy a punto de perder la paciencia.

—Sí que pasa. Quiero que sea un problema. No estás sola y nunca más lo estarás, así que no quiero que pienses que eso es algo normal, porque no lo es.

—A ver si entendí —respondo, arqueando una ceja—. Además de aprovecharte de nuestra tregua…

—Con beneficios mutuos —me recuerda, con ese tono irritantemente tranquilo.

—Con beneficios —repito—, lo haces para mantenerme alejada de todas las personas de tu vida. ¿Hoy te levantaste y decidiste que querías discutir, y esperaste desde las cinco y media hasta ahora…? —Miro el reloj: son las nueve y cuarenta—. ¿Para inventarte una pelea sin sentido? ¿Es eso?

—Eso mismo. Quiero que discutas conmigo, que me insultes, que me golpees si hace falta, pero no quiero volver a oírte decir que te parece normal estar sola, Verona.

—Está bien.

Gruñe entre dientes y se deja caer de espaldas, molesto.

—Eres imposible —murmura.

—Definitivamente necesitas revisar tus conceptos si crees que una persona es insoportable solo porque no quiere discutir sin motivo en plena madrugada.

Él se ríe y se lleva una mano a la cabeza, aún tumbado sin mirarme, y aprovecho su momento de relajación para levantarme. Me muevo demasiado rápido y tengo que correr al baño, porque la náusea violenta se revuelve dentro de mi estómago queriendo salir. Me arrodillo frente al inodoro y vomito, como casi todas las mañanas.

Alfonso recoge mi cabello y lo ata torpemente en la nuca, toma una toalla de mano, la moja con agua fría y me limpia con cuidado.

Me siento sobre la tapa del váter, concentrada en mi respiración, mientras él pasa la toalla húmeda suavemente por mi cuello, la nuca y la frente. Luego vuelve a mojarla y la pasa por mis manos, mis muñecas y mis antebrazos.

Abro los ojos, agradecida, sintiéndome un poco mejor. Él está de espaldas, cerrando el tapón de la bañera, y oigo el sonido del agua corriendo.

—¿Mejor? —pregunta, sujetándome el rostro y besándome la frente.

—Sí —respondo, con unas ganas absurdas de lamerle los antebrazos fuertes y marcados que la camisa, arremangada hasta los codos, deja al descubierto.

ontraigo los muslos y me sonrojo, avergonzada por excitarme incluso con el sabor a vómito todavía en la boca. Me levanto y me cepillo los dientes con tanta fuerza que, si fueran de vidrio, quedarían invisibles. Hago gárgaras con enjuague bucal y casi me siento humana otra vez.

Él se mantiene tranquilo, observándome desde la esquina del baño, con un tobillo apoyado sobre la rodilla y la espalda recostada en el azulejo marmoleado, claro y brillante. Parece la portada de una revista… y yo parezco una loca recién salida del manicomio. Con una coleta ridícula, marcas de almohada en la cara y la palidez de quien no ha visto el sol en semanas.

—¿Vas a quedarte ahí? Quiero ducharme ahora.

Sonríe.

—¿Y tengo que salir? Entra. —Señala la bañera, que ya está medio llena de agua tibia—. Voy a ayudarte a relajarte.

El bulto que se forma bajo la tela de su pantalón atrae mi mirada como un imán.

—Eres un degenerado —le acuso, incrédula—. ¿Cómo puedes ponerte así después de verme vomitar?

Finjo indignación y él se ríe con descaro, se levanta rápido y me atrae hacia él, pasando la lengua sin aviso por toda la extensión de mi garganta hasta llegar a mi barbilla, donde se detiene, besa, muerde y succiona antes de besarme. Un beso lento y minucioso, hecho para convencerme —como si hiciera falta—; mis piernas ya están impacientes por enredarse con las suyas.

Alfonso sigue besándome con dedicación, dando pequeñas succiones en mi lengua. Baja los tirantes de mi camisón y la tela cae hasta mi cintura, donde se enreda. Alfonso acaricia mis pezones con los nudillos y se inclina para besar alrededor de uno de ellos, mientras masajea la aureola del otro con el pulgar, apretando y frotando la piel extremadamente sensible, antes de tirar del tejido y quitármelo por completo.

Sus labios húmedos y cálidos succionan suavemente el punto que me hace gemir. Llevo las manos a los botones de su camisa para despojarlo también de su ropa, pero él aparta mis dedos y me susurra con un tono completamente depravado:

— No. Hoy todo es sobre ti, solo para ti.

Arqueo el cuerpo ante la promesa, siguiendo el movimiento de sus dedos que descienden por mi cuello y vuelven a concentrarse en mi pecho. Aprieta mi pezón con la lengua y jadeo con el delicioso y lento choque de sus labios cerrándose alrededor de mi piel. Suspiro con los ojos cerrados, las manos apoyadas en sus hombros inclinados, mientras me provoca.

Él me guía hasta la bañera y me quito las braguitas mientras sostiene mi mano para ayudarme a entrar. Noto que hay mucha menos agua de la necesaria para cubrirme; solo agua tibia, la cantidad justa para despertar mis sentidos. Se detiene un momento para admirarme mientras me acomodo sentada. Su mano recoge un poco de agua y la derrama sobre mi piel encendida. Me besa con un movimiento rápido, jugando con mi lengua y succionando mis labios.

— Hermosa.

Una de sus manos se apoya en mi nuca y la otra baja hasta el centro de mis piernas ya abiertas. Cuando roza el punto más sensible, arqueo la espalda presionando más contra su mano, agitando el agua a mi alrededor, que acaricia mi piel en respuesta. La mezcla de sensaciones hace que mi cuerpo tiemble bajo su dominio.

De rodillas, apoyado fuera de la bañera, completamente vestido salvo por los antebrazos desnudos, con una mano entre mis piernas, la otra sujetando mi cuello y el pulgar presionando la comisura de mi boca, parece un hombre de negocios concentrado en su tarea. La única diferencia es que la transacción… soy yo.

Mis gemidos suenan más altos y entrecortados cuando él hace girar el pulgar sobre mi centro de placer. Instintivamente agarro los bordes de la bañera para no moverme, y eso parece excitarlo aún más: le gusta verme desesperada. Introduce dos dedos en mí de una sola vez, hundiéndose despacio sin dejar de mover el maldito pulgar. Siento que no voy a resistir mucho; la presión en mi vientre se concentra, se contrae, lista para estallar. Mi interior lo succiona más adentro y lo aprieta cuando aumenta el ritmo. Me retuerzo, llevo ambas manos a su antebrazo, el que sigue sujetándome posesivamente del cuello, y me aferro a él justo cuando el poco control que me queda se me escapa.

Él no detiene los movimientos de sus dedos, aun viendo cómo el orgasmo me desgarra. Prolonga las llamas del placer frotando toda la palma de su mano contra mi sexo mientras mi cuerpo se estremece bajo su mirada.

Casi tengo un segundo orgasmo espontáneo al verlo llevarse los dedos resbaladizos a la boca y probarme.

— Deliciosa.

Abre de nuevo la llave del agua para llenar la bañera, y yo me dejo hundir en esa niebla líquida de calor y placer.

***

— ¡Hooola!

Una voz desconocida grita desde fuera. Las únicas personas que vienen aquí son Alfonso, Heron, Laura, Henrique y el resto del equipo de seguridad, que nunca sube: siempre se queda en la entrada o dentro, pero en la planta baja.

Una piedra tras otra golpea los cristales de la ventana principal del salón. Me deshago apresurada de la manta que cubría mis piernas, cierro el tablet —pausando el dibujo que estaba haciendo— y corro hasta la terraza.

Veo cómo el guardia deja pasar a alguien y aliso mi vestido ligero, esperando con la puerta abierta para recibir a la más impresionante de las criaturas.

Una mujer vestida de forma tan colorida que mis ojos se pasean por ella y se detienen por partes, intentando asimilar el exceso de información que supone su presencia.

— Anelise, querida. Tu abuela. He venido a rescatarte, vamos rápido antes de que empiece el turno de Heron. Es el único que no creería la avalancha de mentiras que voy a contar para sacarte de aquí sin que Alfonso se entere.

Soy Verona… pero ¿de qué estamos huyendo? — pregunto, desconfiada.

— ¿De la opresión? ¿Del patriarcado? ¿De los machos asquerosos que no pasarán? ¿No sigues las redes sociales? En este siglo, por fin hemos dejado de ser propiedad de nuestros machos y no tenemos que quedarnos encerradas solo porque nos lo digan.

Es infinitamente tierno que crea que estoy aquí amarrada. Es cierto que ha pasado mucho tiempo desde que llegamos, pero salgo. Rodeada de guardaespaldas y a lugares planificados y aprobados en la agenda, pero salgo.

— No estoy prisionera, Anelise — explico con suavidad, concluyendo que debe de ser la abuela excéntrica de Alfonso. Él me habló de ella algunas veces, y tenía miedo del momento en que nos conociéramos. Ahora entiendo por qué. — Puedo salir.

— Entonces, si puedes, vamos.

Las docenas de pulseras tintinean cuando señala la puerta de salida con la mano. Veo que incluso los zapatos que lleva son diferentes uno del otro y sonrío, fascinada.

— Vamos — decido. — Pero ¿adónde vamos?

— A casa.

Mi duda debe de ser tan evidente que ella pregunta:

— ¿Qué pasa? ¿Has echado raíces? ¡Vamos, mujer! ¡Reacciona!

Habla con un tono divertido y da dos palmadas para espabilarme.

— Perdón, Anelise, pero de verdad no quiero discutir con Alfonso por esto.

— ¿Y quién te crees que es él para pelear con una pobre anciana inocente que, por casualidad, resulta ser su abuela?

Lleva las manos dramáticamente al pecho y, en ese gesto, entiendo de dónde ha sacado Alfonso su vena manipuladora.

— No creo que le haga mucha gracia ver a su amante paseando con la familia por el castillo.

— ¿ Alfonso tiene una amante paseándose por el castillo?

Su sonrisa se borra, pero no tengo por qué ocultarle la verdad. Ese papel le corresponde a Alfonso, que me mantiene escondida bajo la excusa del protocolo de seguridad, cuando en realidad solo quiere evitar el peso y la responsabilidad de mi presencia. Yo finjo no notarlo porque entiendo que es algo temporal. Nadie necesita comprometerse con algo que está a punto de terminar. E respondo a Anelise levantando la mano y señalándome a mí misma.

— ¡Vaya susto, niña! ¡Qué tontería! Vámonos.

Desdeña mi argumento mientras baja las escaleras, con sus zapatos brillantes y desparejados golpeando los peldaños.

Una cosa es segura: esa mujer es una explosión de energía.

Solo agarro mi móvil y bajo detrás de ella, secretamente entusiasmada. Los guardias parecen nerviosos con nuestra pequeña escapada, pero no se atreven a desafiarla. Noto que lleva un gafete en el pecho que dice "madre de la reina", muy probablemente hecho por ella misma. Estoy segura de que eso no es un título oficial.

Nuestro transporte es un carrito de golf que, claramente, ha visto días mejores.

— ¿Sabes conducir? — pregunta Anelise, subiéndose al volante.

Rodeo el carrito, de aspecto más que dudoso, y me siento a su lado.

— Este tipo de carrito, no — respondo con sinceridad, observando los controles del panel.

Ella gira la llave en el encendido y me dice:

— Entonces abróchate el cinturón, porque yo tampoco sé — dice, y pisa a fondo, haciendo que el pequeño vehículo dé un brinco hacia atrás.

— Dirección equivocada — me advierte, como si yo no lo hubiera notado, pero sigue tan tranquila, aunque casi salimos volando por el impacto.

— ¡Agárrate, que ahora sí vamos!

26. ALFONSO

En la sala con tres plataformas empotradas en la pared para acomodar veintitrés pantallas, analizo todas las noticias marcadas por Laura como las más vistas del día. El anuncio del segundo matrimonio real tuvo el efecto esperado y logró controlar el tono prejuicioso, ofensivo y agresivo con el que se referían a Verona. Ahora, el peso de la corona que pende sobre la cabeza de la misteriosa brasileña —la próxima reina de Calanthe— basta para mantener un mínimo de respeto hacia la nueva integrante de la familia real.

Pero si por un lado el panorama ha mejorado, la noticia filtrada del embarazo de Verona —no por mí, sino por uno de mis malditos consejeros— provocó que el campamento de paparazzi ansiosos por una imagen exclusiva se multiplicara, prácticamente cubriendo toda la zona pública de los jardines reales. Fue necesario introducir una nueva línea de seguridad para abrir paso a los coches y permitir la entrada al castillo. Mi madre no estaba nada contenta al ver la situación descontrolarse y sus órdenes ser desobedecidas.

—Parece mucho mejor —comenta Henrique, anotando algunos números en la tableta—. Solo el treinta por ciento de las noticias mencionan algo explícitamente negativo y ninguna habla del pasado de Verona.

—¿Alguna noticia internacional?

—No. Nada desde Brasil. Allí las noticias están centradas en un desastre medioambiental y en los efectos de las últimas lluvias, que han dejado varias ciudades bajo el agua.

—Perfecto. —Niego con la cabeza al darme cuenta de lo que acabo de decir y corrijo—: Perfecto que no haya noticias, no la situación del país, obviamente.

Laura se ríe.

—Últimamente te justificas demasiado —me pincha, torciendo los labios en un puchero discreto—. Verona hace milagros con tu humor. Deberías tomarte todas las mañanas libres, jefecito.

—Basta, Laura. Si eso es todo, prepara la audiencia para la rueda de prensa, acomoda a todos y confirma mi presencia a las cinco. Quiero librarme de la mayoría de ellos hoy mismo. Quiero traer a Verona al castillo de una vez por todas.

—Enseguida.

—Henrique, quédate. Quiero revisar contigo la planificación financiera de las próximas acciones sociales de la reina.

—Eh… —titubea—. ¿Podemos hacerlo en el siguiente bloque de tu agenda?

—¿Por qué?

—No me parece buena idea dejar a Laura sola con esos carroñeros.

—Irá acompañada por los guardias.

Henrique insiste:

—Lo sé, pero aun así prefiero acompañarla.

—Puedo manejarme perfectamente con ellos, Henrique. ¿Qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco?

—Ayer uno de los paparazzi se coló en el castillo por la tarde. Lo detuvieron en cuestión de minutos, claro, pero hoy varios estarán rondando los pasillos. No podría concentrarme sabiendo que podrían acorralarte.

Cómo es posible que todo el mundo haya notado la relación entre esos dos y yo no, todavía me sorprende. Verona tiene razón: son una pareja. No una pareja de enamorados, pero actúan y se organizan como si lo fueran desde hace años. Me pregunto si seremos los únicos, además de mí, en no habernos dado cuenta.

—Nos vemos los dos en la rueda de prensa, entonces. Haced pasar a mis consejeros cuando salgáis.

Laura hace una reverencia exagerada y se marcha, seguida de un Henrique embobado y sonriente.

***

Aún puedo oír el murmullo de los periodistas y paparazzi dejando la rueda de prensa y siendo conducidos al exterior mientras me alejo hacia mi ala. Laura y Henrique se quedaron respondiendo preguntas secundarias a los grupos más pequeños.

Me dirijo al salón privado de mi madre para anunciarle que hoy traeré a Verona al castillo, y cuando llego al pasillo principal, la reina avanza hacia mí alarmada.

—Está pasando algo en la planta baja. Ortelo dice que Verona está acorralada por una nube de periodistas.

Tardo un segundo en reaccionar antes de echar a correr escaleras abajo, dejando atrás a mi madre.

Qué demonios hace Verona en el castillo y cómo salió del palacete sin avisarme es algo que me supera. De todos los días que la mantuve lejos para protegerla de situaciones como esta, tenía que estar aquí justo en el peor, el mismo día en que yo mismo abrí las puertas a esa bandada de buitres.

Algunos guardias se unen a mí cuando cruzo el pasillo del ala norte, y aún más se suman cuando llegamos a la zona común del castillo.

Veo a Heron intentando abrirse paso entre la masa de micrófonos alzados en el aire, todos gritando preguntas incómodas hacia el mismo punto, con los flashes disparándose a cientos de clics por segundo, cubriendo literalmente todo el salón. Esa luz infernal me irrita y me ciega los sentidos. Me acerco al círculo cerrado de gente que rodea a Verona hasta el punto de no poder distinguirla dentro de la concentración. Como si fuera magia, el pasillo se abre en cuanto los presentes perciben mi llegada, dejando un corredor entre nosotros para registrar el encuentro público.

Rodeada por siete guardias que usaban sus cuerpos como barrera para protegerla de las miradas, ella está en pánico. Me observa con furia, las aletas de la nariz dilatadas, el cabello despeinado —sé que lo peina una y otra vez cuando está nerviosa— y los ojos entrecerrados en mi dirección. Aprieta los labios y puedo sentir, incluso a distancia, la energía colérica que emana de ella. Balbucea cosas que no alcanzo a entender, pero sé perfectamente que me está insultando.

Cuando llego hasta ella, tomo sus manos frías entre las mías, y los periodistas estallan. Los clics se vuelven frenéticos, las luces forman un único haz incandescente y todos los micrófonos apuntan hacia nosotros.

—¿Con quién te vas a casar, joder? ¿Por eso me mantuviste escondida todo este tiempo? ¿Para ocultar que ibas a casarte?

Su voz ronca está lejos de sonar triste o dolida. Tiene una mirada asesina y lucha contra la urgencia de estamparme la mano en la cara, cerrando los puños con tanta fuerza que creo que sus uñas deben de estar cortándole la piel.

Su pregunta, grave y acusatoria, apaga el murmullo de la multitud, que se estira para escuchar mejor. Yo, en mi mejor pose de príncipe, ignoro su ataque y respondo con calma:

—Contigo. Eres la única mujer de mi vida. Me voy a casar contigo —digo.

Ella parpadea, confundida, y relaja los hombros apenas un instante antes de volver a llenarse de aire.

—No me voy a casar contigo, Alfonso. ¿Qué demonios es este circo? —gesticula señalando a la multitud.

El público enloquece con su declaración, algunos narrando el acontecimiento en directo para las radios, otros transmitiendo en vivo. No le contesto; me dirijo a todos de una vez.

—¡Silencio! —ordeno con voz grave y firme—. Daré tres minutos para que todos los presentes no autorizados por biometría para permanecer en el castillo se retiren.

Reconozco algunas miradas desafiantes, claramente dudando de que mis órdenes se cumplan.

—Pido a la seguridad del castillo que todas las puertas sean bloqueadas al finalizar la cuenta. Todo aquel que permanezca ilegalmente en terreno real responderá ante la justicia por el delito de violación de propiedad real y será castigado de inmediato bajo la ley de desacato a la dignidad real.

El silencio se rompe solo con el sonido de pasos apresurados; la multitud se dispersa en cuestión de segundos. Los guardias forman un cordón entre quienes se quedan y quienes salen. No me vuelvo hacia Verona hasta que todos los rostros en la sala me son conocidos y la última puerta se cierra.

—Quiero irme a mi casa inmediatamente, Alfonso —dice entre dientes, sin mirarme. Ambos fijamos la vista en la única autoridad superior a mí que se acerca con paso decidido.

—Su Majestad, la Reina.

Mi madre es anunciada por su dama de compañía, que camina a su lado.

—Katarina, encantada —se dirige a Verona como si absolutamente nada hubiera ocurrido—. Bienvenida a nuestra casa, querida. Te estaba esperando.

27. VERONA

La gente camina a nuestro alrededor, torciendo el cuello descaradamente para intentar escuchar la conversación cada vez que la reina se dirige a mí.

Caminamos por más pasillos de los que puedo contar y no tengo la menor idea de cómo salir de aquí si ella no me devuelve.

—¿Acepta un té, Verona? —ofrece la reina.

Alguien casi brota del suelo para servirme.

La criada me trae una tetera con agua caliente y una caja con varios saquitos de seda llenos de hojas para que elija.

—¿Con miel o azúcar, señora? —pregunta, con las cucharillas grabadas con el escudo real.

Rechazo ambos. Lo único que necesito endulzar en este momento es mi alma y la taza de veneno que pienso servir a Alfonso más tarde.

—Estoy enormemente satisfecha de finalmente conocerla, Verona. Espero que nos haga el honor de acompañarnos a las cenas el resto de la semana.

Me pregunto quién será ese nosotros al que se refiere, pero debe de ser solo una costumbre verbal; asiento con sorna, sonrío y ya empiezo a hacer las maletas mentalmente para largarme en cuanto tenga oportunidad.

—Puedo decir con seguridad que usted es la primera reina que conozco. ¿Debería llamarla Majestad?

—Solo en público. Cuando estemos en casa, tómeme solo por lo que soy: su futura suegra. Las ganas de torcerle el cuello a Alfonso como si fuera una rama me hacen cosquillas en las manos.

—¿Cómo voy a saber qué parte del castillo es casa y cuál es de la comunidad? —pregunto, intentando entender la organización.

—Estoy segura de que Alfonso te dará un tour y un mapa, pero por si acaso, sigue los colores. Las zonas comunes tienen paredes blancas o crema; todo lo demás está decorado con flores azules, y tu ala personal tiene zócalos de mármol.

—¿Mi ala personal?

—Ahí vas estropeando las sorpresas del chico, chismosa. —Anelise entra con un abrigo reluciente que literalmente parpadea cuando se mueve. Lleva zapatos del mismo color, pero con un corte distinto; al notar mi mirada, baja la vista a sus pies y me pregunta —: ¿Te gustan? Podemos pedir unos iguales para ti —y no suena nada irónica.

—Mi madre tiene razón; dejaré que Alfonso te presente lo que necesites.

—Su cama seguro que lleva lista siglos —bromea Anelise.

—¡Madre! —protesta la reina Katarina.

—¿Qué pasa? Es verdad. ¿Crees que ella conquistó el corazón de mi nieto con oraciones? Desde luego que no.

La reina niega con la cabeza incrédula y yo río. Me cae bien Anelise: dice lo que piensa, es deliciosamente inconveniente y sus ojos brillan de amor constantemente. Tiene una energía fantástica.

—No te preocupes, pasé la tarde con Anelise; ya tuvo tiempo de hacerme todas las preguntas incómodas que quiso.

—¡Y respondió casi todas! —celebra, impresionada.

—Me enteré del tour en carrito de golf —se lamenta la reina —. Por favor, Verona, para futuras referencias: no te subas a ningún vehículo con mi madre. Ya ha destrozado una flota entera de esos carritos y solo van a 20 kilómetros por hora. Por tu salud, te ruego que pienses dos veces antes de aceptar cualquier propuesta suya.

—¿Has terminado de hablar mal de tu progenitora, querida?

—No hablo mal; digo verdades. ¿Por qué me apuras?

—Porque mi nieto casi está haciendo un agujero en una alfombra que, personalmente, me gusta.

Interrumpo antes de que malinterpreten mis palabras y me explico.

—Solo quiero dejar algo claro —digo, sabiendo que puede sonar mal, pero sintiendo que debo ser honesta desde el principio—. No tengo ninguna pretensión de casarme con Alfonso ni con ningún otro miembro de vuestra familia.

Lo digo recordando cómo Ariana intercambió hermanos y me explicó antes, cuando Anelise se hizo la loca y me dejó a solas con ella, que lo hizo por su pueblo; si no hubiera sido por eso, quizá nos habrían buscado otro príncipe soltero por ahí.

—¿Por qué no, Verona? —pregunta la reina, con permiso tácito para cuestionarla. Es curioso lo fácil que resulta ver a esta mujer como reina; mucho más sencillo que verme a mí pensando en Alfonso como príncipe. —Para mí el matrimonio es algo serio, es sentimiento; no es algo que delegar a terceros.

—¿No te gusta mi hijo?

—Me gusta —respondo sinceramente.

—¿No crees que él sería capaz de hacerte feliz?

—Lo creo.

—¿Has dado tu corazón a otra persona?

—No.

—En ese caso, debo decir que no lo entiendo.

— Alfonso ni siquiera me pidió matrimonio; para él el matrimonio es como el plato del día: entras al restaurante y te comes lo que haya porque está caliente y se sirve rápido.

—Me niego a creer que mi nieto te trate con ligereza.

Los ojos de la reina se van hacia Anelise cuando comprende la insinuación.

—Verona, Alfonso creció con una única referencia de amor romántico: sus padres. Nuestro matrimonio fue arreglado y, aun así, nunca nos faltó amor ni compañerismo. Intentamos transmitir esos valores a nuestros hijos lo mejor que supimos. No pienses que Alfonso toma el vínculo matrimonial a la ligera; en su posición no es raro que los casamientos se organicen de manera más… fría. Él sabe que una relación se construye con el tiempo, y creo que cuando da por hecho que aceptarás casarte, lo que quiere decir es que pretende pasar mucho tiempo a tu lado.

—Todo eso suena muy bonito, pero yo no soy una princesa ni fui criada así. Cuanto antes lo entienda y empiece a respetar mis decisiones, menos veces me vendrá la tentación de… —pienso "matarlo", pero digo—: discutir con él eternamente.

—¿Tendré que ir a Brasil a ver a mis bisnietos?

—Mamá, por favor.

—¿Qué pasa? Solo estoy preguntando. Tengo que organizar mi agenda. Con mi edad y fragilidad no es tan fácil hacer viajes largos. Podría morir en un vuelo tan extenso, pero estoy dispuesta a arriesgar mi vida para visitar a mi linaje, si Verona decide marcharse.

—Estoy segura de que todo se arreglará cuando habléis —predice Katarina, basándose en las voces de su cabeza—. Siempre hay caminos alternativos para llegar al mismo destino. —Me toma la mano antes de añadir—: Estoy convencida de que lograréis encontrar un punto medio.

Recuerdo que el punto medio de Alfonso es secuestrar a la gente mientras está bajo anestesia.

—Le pido disculpas por cualquier incomodidad que le hayamos causado y le ruego que se quede, incluso si considera que Alfonso no es digno de estar a su lado.

Anelise dice exactamente lo que pienso:

—Ahora sí que me he perdido. ¿Estás a favor de él o en su contra, Katarina?

***

—¿Y por qué simplemente no me lo dijiste? Tuviste un mes entero, Alfonso. Y, para que quede claro, ya lo sabía —le suelto, furiosa por la actitud absurdamente relajada con la que afronta lo que hizo.

Me mira, dudando de mis palabras.

—La puta brasileña del príncipe, la oportunista, la ramera… ¿de verdad crees que no iba a leer las noticias de mi país? ¿Cuán estúpida me crees?

Me cuesta creer que tenga la cara dura de parecer sorprendido.

—Tu acceso a internet fue filtrado con bloqueos para cualquier sitio que mencionara tu nombre —se justifica, y solo consigue irritarme más.

—Y ahí estás otra vez, creyendo que soy idiota. Deberías haber bloqueado también la web con tutoriales sobre cómo eliminar bloqueos electrónicos en países extranjeros. Que, por cierto, si es otro de vuestros protocolos de seguridad, es una basura. Me llevó quince minutos liberar la señal por completo.

—¿Por qué no dijiste nada?

No tiene límites. Planea toda mi vida sin mí, toma decisiones sobre mi futuro sin consultarme y todavía se atreve a reprocharme que no le contara que estaba esperando para ver hasta dónde llegaría.

—Teníamos un acuerdo. Lo cumplí. No fui una imbécil. Te di tiempo para que me lo dijeras, te di tiempo para resolverlo, pero después de unos días esperando, asumí que lo ocultabas hasta que venciera el plazo del acuerdo y decidiéramos qué hacer. ¡Jamás se me pasó por la maldita cabeza que anunciarías nuestro matrimonio sin consultarme! —grito, llena de desprecio—. Y mucho menos que organizarías una rueda de prensa para dar detalles del evento al mundo… sin mí presente.

Mi cuerpo tiembla, y siento que retrocede, aunque ya estaba físicamente lejos desde que me trajo a esta sala.

—Pero ¿por qué me sigo sorprendiendo, verdad? Eres el mismo imbécil que me secuestró mientras dormía.

Me pide calma e insiste en que me siente, pero estoy inquieta incluso sentada. Adopta ese tono de control y serenidad que ya conozco, y ahora entiendo que es alguna técnica para manejar crisis, porque no es normal que una persona cambie tanto en segundos. La postura, la voz, los gestos: todo se transforma cuando entra en modo nada de lo que digas me afectará.

—Sé que ahora te parece una locura, pero sinceramente no pensé que hubiera dado un paso tan lejos de la realidad, Verona —su condescendencia me insulta una vez más, y me hundo en la butaca, con ganas de taparme los oídos como una niña caprichosa para no escuchar más—. Sabía que no te encantaría, pero jamás pensé que me odiarías y me rechazarías otra vez —se defiende con voz grave y áspera, dolida—. Y que conste en acta —dice, apoyando sus manos sobre mis piernas y arrodillándose ante mí—: no estaba escondiéndote del mundo, estaba escondiendo el mundo de ti. —Mi corazón late al ritmo de sus palabras, encantado por el sonido de su voz—. No quería que tuvieras que enfrentarte a toda esa mierda.

— Alfonso, si no somos capaces de cumplir un simple acuerdo verbal, una tregua con solo dos reglas, ¿cómo esperas que no nos matemos durante el matrimonio? —Apoyo mis manos sobre las suyas y alineo nuestras miradas—. ¿Cómo esperas que te elija si nunca me das la oportunidad? —suspiro, agotada—. Nunca me pediste matrimonio, Alfonso. La primera vez, solo me lo comunicaste, y la segunda, no contento con eso, lo anunciaste a todo el país antes de hablar conmigo. ¿Qué dice eso de nosotros? —pregunto, sincera, deseando estar equivocada—. No soy una novia por contrato, Alfonso. Lo siento de verdad, pero no lo soy, ni pienso serlo.

—Pensé que estábamos bien —responde sin apartar la mirada.

—Lo estamos.

—Y que querías criar a las gemelas cerca de mí. Es casi gracioso que simplemente no lo entienda.

—Quiero eso.

—Y nos entendemos muy bien en la cama.

—Sí.

—Y disfrutamos de la compañía del otro.

—La disfrutamos.

—Admiro a la mujer que eres, Verona.

—Yo también, Alfonso.

—Entonces, ¿qué razones tienes para no casarte? Explícamelo, porque no lo entiendo.

Es como hablar con una pared. Busco las palabras más claras que encuentro.

—No necesito razones para no casarme, Alfonso. Necesito razones para casarme, y tú no me has dado ninguna.

Aparta las manos de las mías y se pone de pie, levantando la voz.

—¿Quieres que te envíe una lista por escrito? Porque creo que acabo de darte varias, además de las dos que llevas ahora mismo en el vientre.

— Alfonso, sé que para ti es difícil de entender, pero no quiero involucrarme en un matrimonio sin amor.

Aspira con fuerza y se tensa, pero no dice nada, así que continúo:

—Mi vida no es un negocio. Ya cometí ese error y no pienso repetirlo. No voy a aceptar casarme con alguien por quien no esté completamente enamorada.

Veo su cuerpo endurecerse ante mis palabras antes de intentar rebatirlas.

—¿Crees que te trataré mal? ¿Que somos incapaces de enamorarnos?

—No, no lo creo.

—Entonces, perdóname, pero realmente no entiendo tu punto. ¿Hay alguien más de quien no sepa? ¿Alguien con quien te gustaría casarte? ¿Alguien a quien ames en secreto?

Casi repite el razonamiento lógico de su madre horas antes. Pienso unos segundos antes de hablar, porque tengo que admitir ante mí misma que casarme con él no sería algo horrible.

—No —respondo, diciendo la verdad y, al mismo tiempo, ocultándola.

—Entonces, ¿por qué no puedes firmar de una maldita vez un papel que solo confirma lo que ya estamos haciendo? Hasta donde sé, ya eres la madre de mis hijas, duermo contigo todas las noches, vuelvo contigo cada vez que pongo un pie en casa. Y es por el futuro de nuestras hijas —antes incluso que por mi compromiso con el país — que me levanto cada día e intento dejar el mundo un poco mejor de como lo encontré. ¿Para quién te estás reservando? ¿A quién le estás negando mi lugar, y por qué?

—Siempre he soñado con casarme por amor, ya te lo dije — respondo molesta, poniéndome en pie.

—Verona, si algún día te enamoras de alguien y quieres marcharte, seré el primero en abrirte la puerta para que te vayas. Puedes ponerlo por escrito en el acuerdo prenupcial.

Su frialdad vuelve a ofenderme.

—¿Y si eres tú quien se enamora de alguien, Alfonso? ¿Cuál será la cláusula entonces?

—Fui criado para cumplir mis compromisos hasta el final, Verona. Nunca te dejaré.

Me hundo bajo el peso de sus palabras. Inalcanzable es la única palabra que me viene a la mente para describirlo en este momento. Me duele verlo desechar tan fácilmente la existencia y la importancia de los sentimientos, sabiendo que estoy enamorada y que solo es cuestión de tiempo antes de empezar a sufrir... y quizá ni siquiera lo note.

28. ALFONSO

—¿Cómo estás? —me pregunta mi madre, acercándose mientras observo su retrato con mi padre en el pasillo.

El color, las flores, los estampados de todas las paredes, hechos para ella como recuerdo de su amor. Mi padre era un romántico incurable.

—Bien —respondo con seriedad—. He pasado unas horas aquí repasando en mi cabeza mi historia con Verona sin llegar a ninguna conclusión.

—No lo parece. Sonrío sin ganas de conversar y ella posa una mano en mi hombro, solidaria, ambos frente al cuadro.

No sé cuándo esta pintura empezó a incomodarme. Fue después de su muerte, pero no recuerdo el día exacto. Tal vez no hubo uno, sino la suma de los muchos días en que miré a mi madre y vi cómo su luz se apagaba.

—Háblame, hijo. Puedo oír tu cerebro arder desde aquí.

—A veces creo que Verona me odia —digo las palabras que no paran de bailar frenéticas en mi cabeza.

—Qué tontería, Alfonso. He visto cómo te mira; no te odia.

Mi madre lo asegura, y yo me doy la vuelta, alzando las cejas. La ha visto solo un par de veces y ya cree que puede opinar.

—Insiste en mantenerse alejada sin haber estado nunca realmente cerca. Estamos bien otra vez, no discutimos ni nada por el estilo, pero solo porque acordamos no hablar de boda hasta después del parto. Puede que no haya tomado las decisiones más acertadas, pero me cuesta creer que todo lo que hemos vivido en tan poco tiempo no haya significado nada. Sigue queriendo huir en cuanto pueda.

—¿Tú crees?

—Hace unas semanas me dijo que jamás se casaría si no estuviera completamente enamorada. Esa frase me ha estado carcomiendo la cabeza desde entonces.

—¿Y cuál es el problema?

—¿Cómo voy a conseguir que se enamore si desprecia mi presencia cada vez que tiene oportunidad?

—Ya estás enamorado de ella, es medio camino hecho.

—¡Lo sé! Y por eso estoy desesperado. De todas las personas, ¿cómo terminé yo enamorado y ella no?

—¿Y quién te ha dicho que ella no lo está?

—Ella misma. Varias veces.

—¿Y tú le has dicho que la amas?

—Se lo digo en todo lo que hago, todo el tiempo. Incluso antes de saberlo, ya lo demostraba.

—Quizá necesites usar las palabras, Alfonso.

—¿Para humillarme aún más? Toda mi vida he huido de ese sentimiento de dependencia que veía aquí. —Señalo el cuadro.— Siempre resentí tu tristeza y apatía cuando papá se fue, y me prometí que nunca permitiría que eso me pasara. Sin embargo, aquí estoy, enamorado de una mujer que siempre ha estado dispuesta a amar a cualquiera, pero que no es capaz de entregarse a mí.

—Y no podría ser diferente, Alfonso —mi abuela llega y se une a nosotros, también contemplando el cuadro—. Tú y Santiago sois hijos del amor, querido. Sería muy difícil no reflejarlo. Os criasteis en un ambiente de cariño y afecto. Por más que creyeras que te escondías, en realidad nunca apareció nadie que te despertara… hasta ahora.

—Aún no te he perdonado por contarle a Verona que ya había preparado la habitación mucho antes de que llegara. Ella siempre piensa que soy un maniático controlador; tú solo lo confirmaste.

—Puedo vivir con eso perfectamente, niño —responde con desdén, revisándose las uñas.

—Incorregible, abuela. Por si no lo has notado, me estoy deslomando para conquistar a mi mujer. Sería de buen gusto que no me lo complicaras.

—Bah. Me pareció un gesto romántico. Es cierto que ella no estuvo de acuerdo, pero mi intención fue ayudar.

—¿Como el día que la fuiste a rescatar del palacete sin autorización?

—Sí.

—Entonces te pido, por favor, que dejes de ayudar. Por el bien de mi relación.

—Este chico es muy desagradecido —murmura a mi madre, como si no pudiera oírla.

—Al parecer, soy el único que aún no ha sido invitado a la reunión familiar. ¿Cuál es el tema de hoy? ¿Verona, la mujer que consiguió derribar a Alfonso, y cómo haremos para no reírnos de su cara de tonto enamorado en público?

Me giro para ver a mi hermano acercarse con una sonrisa que le arrancaría de un cabezazo si mi madre y mi abuela no estuvieran presentes.

—No recuerdo haber llamado a ninguno de vosotros, la verdad —me quejo indignado.

—Todos queremos ver el gran acontecimiento de que el príncipe heredero admita que está enamorado —responde mi hermano, gesticulando divertido.

—No tiene gracia. Ella sigue negándose a casarse conmigo.

—Quizá deberías decirle que la amas, hermano.

—Iba a hacerlo, pero cuando me dijo que nunca se casaría porque jamás se enamoraría de alguien como yo, comprendí que sería un error. Y aunque me destrozó, no quería que se sintiera manipulada. Lo más probable es que no me creyera y se desesperara al ver que me había vuelto un maldito sentimental de la noche a la mañana. Lo sé, estoy desesperado. Desde que descubrí esta jodida sensación de hormigueo en el pecho me siento así todo el maldito tiempo. ¿Cómo vivís así? —pregunto, frustrado—. ¿Cómo puede alguien querer sentirse así para siempre? No tiene ningún sentido.

—Qué boca la tuya —comenta mi madre.

—Está nervioso, mamá. Dale un respiro —dice mi hermano, abrazándome por detrás y burlándose.

—Necesitas acostarte, nieto mío, y Verona también. Quizá lo que le hace falta para relajarse sea una buena…

—¡Mamá, por Dios! Cuida esa lengua —protesta mi madre, escandalizada.

—Ay, por favor, todos habéis sido concebidos en un convento y yo no me he enterado. —Mi abuela pone los ojos en blanco y empieza a alejarse. Se vuelve solo para añadir:— No esperes eternamente, querido. Si no estás dispuesto a inclinarte ante tu mujer, no esperes que ella renuncie a las defensas que tiene contra hombres como tú. —Se encoge de hombros y se marcha desfilando, como si lo que hubiera dicho tuviera sentido para mí.

—Muéstrate lo bastante vulnerable para que vea todo lo que tienes que ofrecerle, Alfonso. Luego deja que ella decida qué hacer con ello —añade mi madre.

—¿Y si decide que no quiere?

—Aquí estaremos para apoyarte. Nadie ha muerto nunca de amor no correspondido, pero no creo que sea vuestro caso.

—¿Qué coño haces? —protesto al ver a mi hermano grabándonos en silencio.

—Registrando este momento para burlarme de ti eternamente cuando tenga tiempo libre, por haberte convertido en una perra del demonio —responde riendo mientras se aleja.

Mi madre entrelaza su brazo con el mío y volvemos a contemplar el cuadro.

—Eres hijo de tus padres, Alfonso. Fue ingenuo pensar que no seguirías nuestros pasos.

***

Después de que la prensa se calmara, me quedé asombrado por la audacia de mis consejeros. Llevaban más de media hora, descaradamente, echándome un sermón por ser blando con Verona y acatar sus deseos.

Aparentemente, consideran que no es digna del trono y se habían unido para estudiar nuestras leyes con el fin de "liberarme" del peso que supondría casarme con la madre de mis hijos y arruinar toda mi linaje.

—Su Gracia hizo lo que debía, acogerla en el seno de su familia como corresponde. Pero no tiene por qué sentirse obligado a casarse con una mujer de poco valor por culpa de un accidente que podría ocurrirle a cualquiera. Esta situación es reversible.

Miro sus pieles arrugadas y solo veo un blanco al que podría golpear hasta dejarlo irreconocible.

Los demás consejeros emiten sonidos de aprobación mientras escucho, en silencio, las barbaridades que sueltan.

—Perder a la princesa Ariana fue una lástima. Afortunadamente, el príncipe Santiago supo manejar la situación con elegancia y comprometerse a mantenerla en la familia, pero estoy seguro de que podemos conseguir un acuerdo mejor para Su Alteza, uno que no incluya a una forastera sin educación y que no comprende nuestras costumbres ni valores.

Rodeado de idiotas. Estoy completamente rodeado de idiotas. Me cuesta creer que haya permitido que este consejo llegara tan lejos, tan confiado, hasta el punto de hablar mal de mi mujer como si fuera un tema digno de sus bocas inmundas.

—Es un desastre. ¿Cómo puede una mujer como esa servir de ejemplo al pueblo de Calanthe?

El más viejo de los consejeros era el peor. Ya había visto cómo miraba a Verona, y ella se había sentido incómoda en su presencia, pero oírle era mucho peor. Había algo en el silencio —esa cobardía de quienes no tienen valor para decir lo que piensan— que, de alguna manera, me complacía.

—Solo serviría de ejemplo de lo que no debe hacerse —seguían parloteando sin parar.

Mi silla chirrió contra el suelo bajo la presión de mi cuerpo, rígido por la ira.

—Completamente inapropiada.

Ni siquiera me giré para mirar a los desdichados que la insultaban sin contenerse.

—Casarse con ella disminuirá su imagen ante todos. Su Alteza necesita a una mujer a su altura, no a una cualquiera.

Era más que suficiente.

Me quedé inmóvil. Tan inmóvil como podía, con el cuerpo ardiendo de rabia. El pecho me latía con fuerza, instándome a reaccionar ante la absurda cantidad de adrenalina que recorría mis venas. Abrí la boca para hablar, para decirle a esas malditas aves de rapiña que quedaban todos destituidos de sus funciones. No era castigo suficiente.

No iba a esperar a que la corona estuviera sobre mi cabeza para librarme de esas gárgolas pedantes.

Opté por no decir nada. Sería mucho más divertido verlos retorcerse cuando notaran que su presencia ya no era bienvenida, sin entender lo que pasaba hasta que se les negara la entrada al castillo y sus credenciales fueran rechazadas en todos los edificios reales. Eso era: humillación pública. Lo mínimo que merecían. Y estaba seguro de que, en unos minutos, se me ocurrirían castigos aún peores.

Me sentí satisfecho con mi decisión y una sonrisa perezosa apareció en mi rostro, lo que ellos interpretaron como aprobación a sus sugerencias. Tenía la boca seca cuando hablé:

—Me alegra saber que todos coincidimos en nuestras consideraciones sobre la futura reina. Estoy seguro de que podrá arreglarse. Si eso es todo, doy por concluida esta reunión.

Me levanté sin esperar respuesta y abrí la puerta con violencia, dirigiéndome de inmediato a Henrique para que iniciara los trámites legales de sustitución de mi consejo interno. Todos ellos, sin excepción.

Pero lo encontré nervioso, y sin Laura a su lado trabajando. Esperó a que los consejeros salieran de la sala, inquieto, y cuando el último se marchó, me dijo:

—Ella lo ha oído todo, Alfonso. Verona estaba aquí y te oyó concordar con todas esas barbaridades. Estaba tan feliz… vino a darte una sorpresa.

Todo mi cuerpo se tensó.

—¿Dónde está?

—Laura fue tras ella. Creo que se fue a hacer las maletas.

29. VERONA

Laura me sigue con pasos apresurados.

—Verona, te juro que eso fue un malentendido, Alfonso no piensa ninguna de esas cosas.

—Lo sé —respondo fingiendo una expresión fría, aunque tengo unas ganas inmensas de llorar, sintiendo cómo algunas partes de mi cuerpo se desconectan una a una con cada paso que doy.

—¿Lo sabes? Entonces ¿por qué estamos huyendo de él?

Le dedico una sonrisa triste, pero sincera.

—No me defendió, Laura. Permitió que hablaran. En ningún momento alzó la voz para decir lo contrario. Y, sinceramente, eso dice más que cualquier cosa que ellos hayan dicho. No creyó que yo valiera la pena como para perder su tiempo convenciéndolos de que estaban equivocados.

Laura me mira angustiada.

—Verona, le encantas. Perdóname que te lo diga, pero te equivocas.

—Ojalá me equivocara. Llevo semanas esperando que me demuestre que estoy equivocada.

Ahora mis ojos se llenan de lágrimas y ella también se emociona, abrazándome cuando llegamos a la puerta de nuestra planta privada. No la invito a entrar, y ella lo acepta a regañadientes.

—Todo saldrá bien, no te preocupes —le aseguro mientras sigo en su abrazo.

Me limpio las lágrimas del rostro y respiro hondo para contener las próximas. Entro en mi habitación y miro la puerta abierta, permanentemente abierta, la que dejé para él. No significa nada.

Cuando Alfonso me mostró mi cuarto dentro del suyo, me dijo que nunca cruzaría esa puerta si estaba cerrada. Nunca lo ha estado, y me contengo para no cerrarla ahora solo para herirlo. Pero no lo hago; somos adultos, y él no tiene la culpa de que yo haya acumulado esperanzas de que algún día fuéramos algo más. De que en algún momento el respeto con que me trata, la admiración que dice sentir, el cariño que demuestra y la pasión que compartimos se transformaran en algo más profundo; que me dijera que me quiere de verdad, que me ama.

No tiene la culpa de que yo haya sido una idiota y me haya enamorado primero de un hombre que, en lugar de un corazón, tiene una hoja de Excel.

No tiene la culpa de no amarme. Pero yo tampoco tengo la obligación de aceptar migajas. Ya tuve mi ración de migajas y no pienso repetir.

Cuando comprendí que estaba enamorada, solo sentí nervios y entusiasmo. Era bueno, ¿no? Enamorarse del padre de mis hijas no podía ser algo malo, y abrí por completo mi corazón para acoger ese sentimiento y alimentarlo, sabiendo que no era correspondido, pero creyendo que sería suficiente. Hoy he entendido que no lo es.

Quiero todo con Alfonso. Quiero al hombre, quiero al padre y quiero al marido. Quiero poder decirle que lo amo sin verlo incómodo por no poder decir lo mismo y sin querer mentir. Y él está tan lejos de darse cuenta de que ya soy suya, como solía decir, no porque él lo haya decidido, sino porque yo quiero estar ahí, protegida en sus brazos, compartiendo a su familia.

Después de Laura, Raquel y Helena, nunca me había sentido tan acogida por nadie como por los Ferrara. Santiago era un idiota, pero me trató como a una hermana desde el primer momento. Ariana me trata como si hubiéramos vivido bajo el mismo techo toda la vida. La reina Katarina no podría mirarme con más ternura ni aunque lo intentara; en pocas semanas me ha dado más cariño y atención que toda mi infancia y adolescencia juntas. Y Anelise… Anelise era la Navidad todos los días, y podría pasar horas escuchando las tonterías que dice solo para ser el blanco de esa mirada llena de amor.

Siento el nudo en la garganta a punto de asfixiarme. Abro el armario y saco una maleta. Mi corazón late desbocado cuando Alfonso entra en la habitación y todo lo que veo en sus ojos es frialdad, infinita y gélida.

—¿Qué crees que estás haciendo? —pregunta con expresión de sorpresa, torciendo el cuello hacia la maleta abierta sobre nuestra cama.

Abro los ojos de par en par y levanto la cabeza, intentando controlarme.

—No me hables. No quiero hablar ahora —le pido angustiada, tratando de no derrumbarme.

No solo lo estoy dejando a él. Estoy dejando ir la promesa de la vida que siempre quise, la que elegí, la que merezco.

—Ah, claro, debo quedarme sentado mientras una vez más te da un ataque sin motivo, decides cerrarte en banda y llevarte a mis hijas lejos de mí como si tuvieras todo el derecho del mundo.

Se frota la sien.

—Acabo de oírte tratarme como a una maldita perra en una sala llena de machos despreciables, ¿y todavía crees tener derecho a echarme algo en la puta cara?

Mi pecho es una herida abierta, latiendo alto para quien quiera oírlo.

—Siempre te resulta tan fácil dudar de lo que siento, de lo que creo. ¡Joder, Verona! ¿Cómo puedes pensar lo peor de mí a la primera oportunidad? No puede ser que creas de verdad que estoy de acuerdo con esos viejos miserables. ¿Qué estaría haciendo a tu lado, intentando arreglar las cosas contigo día tras día si pensara así?

—Cumpliendo con tu deber. ¿No es eso lo que soy para ti? ¿Tu deber?

Mi voz chillona suena en su dirección.

—¿Tienes que esforzarte para decir esas mierdas o te salen solas? —Está molesto. Bien. ¿No debería ser yo la que está enfadada?—. ¿Quién coño crees que soy para pensar que te faltaría al respeto de esa forma?

Vale. No está molesto, está muy molesto. Y si lo conociera un poco menos, diría que está a punto de agarrarme del pelo y sacudirme hasta cansarse o hasta que le suplique que pare, lo que ocurra primero. Pero dos pueden jugar ese juego, y yo también sé hacerlo.

—¿De verdad quieres saberlo? Pues te lo diré. Eres el tipo que descubrió que una muestra de esperma había sido cambiada y decidió ir tras ella, como si solo la que acabó en mí fuera tuya, pero las que desperdicias a litros en tus orgías no significaran nada —empiezo a enumerar, furiosa, dando un paso adelante—. Eres el tipo que me investigó como si fuera una criminal a punto de ser condenada —otro paso—. Eres el tipo que se acostó conmigo engañándome —uno más, ya estoy frente a él—. Eres el tipo que me sacó de mi país a la fuerza —sus ojos arden sobre los míos—. Eres el tipo que me pidió matrimonio sin sentir nada —siento su aliento golpear mi rostro—. Eres el tipo que convive conmigo cada día y no ve mis sentimientos a plena vista —parpadea rápidamente, y el brillo en su mirada cambia al instante—. Eres el tipo que me hizo cruzar medio mundo para estar a su lado y nunca pidió perdón por nada ni dio las gracias.

Él me agarra de la cintura, rápido y con fuerza, y aparto su mano de mi piel.

—No me arrepiento de nada. De ninguna de esas cosas. Pero si tanto quieres oír una disculpa, mírame a la maldita cara cuando te hablo.

Me tira otra vez hacia su cuerpo y habla directamente a mi alma, más tentador que el pecado original.

—Perdóname si te amé más de lo que debería haberme permitido amar. —La violencia de su tono me hace tensar todo el cuerpo, pero no me aparto.

—¿Y cuánto deberías haberte permitido, Alfonso? ¿Cuánto? —replico, también furiosa, aunque con la voz más serena que soy capaz de producir.

Mi pregunta cae fría entre nosotros.

—Nada —su mirada se cruza con la mía, herida—. Pero fallé.

Me desprendo de él y me giro, intentando lidiar con la descarga de emociones que me atraviesan. Siento sus brazos fuertes rodeando mi cuerpo, su cabeza apoyándose en mi hombro mientras me abraza por detrás. Ambos respiramos con dificultad.

—Te amo, joder. ¡No es posible que no lo veas! No puedo creerlo. ¡Te amo, maldita sea! —declara, besándome el hombro y mordiendo mi piel con fuerza—. Creo que te amé incluso antes de conocerte. Me enamoré de ti cuando no eras más que un expediente. Me enamoré de tu foto, de tu vida, de tu historia. Me obsesioné con cada pequeño detalle de tu existencia y no lo sabía entonces, pero ya estaba perdido. Cuando te vi por primera vez, fue como si el mejor personaje de un libro que adoraba hubiera salido de las páginas y se hubiera vuelto real. Y, joder... te quise para mí desde ese segundo y lo hice todo para conseguirlo.

Sus labios rozan levemente mi cuello antes de continuar. Se me eriza la piel entre sus brazos.

—No lo sabía, pero ya estaba enamorado. Creyendo que no existía el amor a primera vista, me engañé pensando que solo seguía un plan... y me derrumbé.

Intento girarme para mirarle a los ojos y escuchar cada una de las palabras que tanto esperé, pero él solo me sujeta con fuerza, sin soltarme.

—Ya no sé de cuántas formas puedo explicarte que te amo, y tampoco soporto que dudes de mí cada vez que tienes la oportunidad, sin darme en ningún momento la posibilidad de explicarme, de intentarlo...

Me da la vuelta y acaricia mi brazo, justo donde me había apretado para mantenerme quieta.

—Así que, si de verdad quieres irte, Verona, vete. No voy a perseguirte, y tampoco voy a esperarte.

Lo promete, y el compromiso en su voz hace que mi cuerpo tiemble con esa autoridad primitiva que lo caracteriza.

Quise decirle que lo amaba también. Quise decirle que no me iría a ningún sitio, pero me quedé quieta, en shock, sin pronunciar una sola palabra. En lugar de sentir una felicidad extrema por, al fin, tener todo lo que deseaba —la carrera, el amor, los hijos y la familia —, me invadió un miedo más grande que la muerte a perder todo lo bueno que había conseguido.

Paralizada.

Un miedo antiguo, enraizado, que me impedía mostrarle a Alfonso —que me miraba esperando una respuesta, un gesto, cualquier cosa— otra cosa que no fuera un profundo y silencioso desespero.

Abro la boca para hablar, pero no sale nada.

Él levanta la mano, como si no hiciera falta.

—No estás obligada a lidiar con lo que siento por ti. Solo quería dejarlo claro. Me ofende cuando te menosprecias así, dudando de que alguien pueda amarte alguna vez.

Sollozo una, dos veces, y un llanto convulso amenaza con salir de mi pecho, pero trago cada una de las gruesas lágrimas que se forman.

—Eso era todo lo que quería. Solo eso —consigo decir con una voz entrecortada.

—¿Qué?

—Que dijeras que me amabas —logro decir por fin, y mi respiración es tan entrecortada que parece que acabo de correr una media maratón.

—Entonces deja de llorar, porque ya lo he dicho y lo voy a repetir: ¡te amo, joder!

Una carcajada se mezcla con mi llanto y él me limpia la cara, besa mi rostro y me mira a los ojos con tanta intensidad que siento mis huesos revolverse dentro del cuerpo.

Recuerdo la primera vez que lo vi y la violencia de su belleza.

—¿Desde cuándo supiste que me amabas?

—¿Quién ha dicho que te amo? —bromeo, acomodándome en su abrazo.

—A diferencia de ti, no necesito un sermón ni misa cantada para darme cuenta de que mi mujer está enamorada.

—Te ha llevado tu tiempo, diría yo —respondo afilada, pero feliz.

—No sabía si tus sentimientos serían algo bueno. Tenía miedo de que, cuando te dieras cuenta, te sintieras amenazada, hicieras las maletas y te marcharas. Y parece que no me equivoqué.

Mira hacia mi maleta.

—Eres un idiota —protesto, y él me aprieta más entre sus brazos, frotando la nariz en la curva de mi cuello.

—Un idiota que te ama con locura.

—Deja de decir que me amas con palabrotas.

—Entonces lo diré con la lengua.

Me muerde los labios suavemente, y empiezo a contar mientras provoca mi piel:

—Fue el día del anuncio del compromiso —besa mi garganta —. Ese día lo supe, lo entendí —su mano acomoda un mechón de mi pelo detrás de la oreja—. Cuando discutía contigo, diciéndote todo lo que buscaba, me di cuenta de que no te estaba explicando nada... te estaba preguntando si esa persona podías ser tú. Porque ya era tuyo desde ese momento.

Él se ríe alto, pero no me suelta.

—Me parece muy tierno de tu parte pensar que solo fuiste mía desde aquel día. Fuiste mía desde la primera vez que nos vimos; el resto es historia —susurra en mi oído.

Camina conmigo hasta la cama y me deja sentada; se arrodilla entre mis piernas, sujetándome los muslos por debajo del tejido del vestido, haciéndome arder.

—Y ni siquiera es una buena historia —lo provoco, y él ríe contra mi boca.

—Muy cliché —admite.

—Te amo —declaro con todas las letras, y él no se sorprende ni se emociona.

—Lo sé —me responde con simplicidad.

Sus manos se acomodan en mi trasero, tirando de mí hacia él, abriendo más mis piernas, y su boca encuentra la mía.

—Presumido —lo acuso, chasqueando la lengua.

—No sé ni dónde vas a dormir esta noche, porque va a ser difícil encontrar un sitio entre mí y mi ego hinchado. Pero quizá encontremos un rincón donde encajarte.

El beso profundo y minucioso que compartimos sabe a sueño cumplido.

Nos quedamos allí acariciándonos perezosamente hasta que Alfonso se quedó dormido, lo cual era toda una novedad, ya que nunca dormía de día. Aún sentía el ardor delicioso de cada embestida palpitante de su cuerpo dentro del mío. Estaba exhausta, satisfecha y feliz. Lo único que podía hacer, con las pocas fuerzas que me quedaban, era quedarme admirando al hombre a mi lado.

Pensé que había golpeado mi vientre sin querer, pero no abrió los ojos, así que miré hacia abajo. Mi barriga volvió a moverse, y solté una risa. Era una sensación extraña y divertida.

Pegué su mano sobre mí y lo desperté, y aunque no entendía por qué estaba gritando incluso estando a su lado, se incorporó con una sonrisa que se congeló en su rostro al sentir mi vientre moverse bajo su palma.

Creo que hoy fue el día en que ellas abrieron la puerta.

—O sea, han salido a la madre. Meses hablando y solo ahora que han abierto la puerta. No tenéis corazón, pequeñas ogresas.

Él me sujetó el rostro con firmeza y pegó su nariz a la mía.

—Os amo.

—Lo sé.

Pasó una pierna por encima de mí hasta dejarme de espaldas en la cama y pegó los labios a los míos con delicadeza. Me dio otro beso corto y luego tomó mi boca en un beso apasionado, succionando mis labios entre los suyos y chupando mi lengua.

***

—¡ Alfonso! —protesto cuando me aparta.

—¿Qué pasa? No voy a follar contigo. Solo después del posparto.

—¿Cómo que después del posparto? El fin del posparto es cuarenta días después del parto, y yo apenas estoy de cinco meses.

—Las cebolletas se convirtieron en melones, y la respuesta es no. No voy a dejar que brinques sobre mi polla con mis hijas sueltas ahí dentro. Se van a marear.

Niega con la cabeza como si pudiera ver a las bebés dando saltos descontroladas dentro de mi barriga.

—No puedes estar hablando en serio. ¡ Alfonso! Lo hacemos despacio —me froto contra él y beso su hombro.

—Tú lo dices, pero eres una viciosa. No. Te voy a dar un masaje.

—Si no es un masaje en mi coño, no quiero que me pongas las manos encima para calentarme en vano.

—Ah, mujer de poca fe. He dicho que no iba a follar, pero en ningún momento he dicho que te vayas a quedar sin correrte.

30. ALFONSO

Las palabras de mi hermano defendiendo a su mujer con uñas y dientes aún resuenan en mi cabeza. No puedo culparlo, porque si Verona se hubiera metido en un lío de esa magnitud, ni siquiera le preguntaría si era culpable o no. No importaría. Estaría a su lado.

Pero el error de Ariana y de su amiga Letícia cambió el rumbo de toda mi vida y arruinó la de Verona. Y por mucho que ame a Santiago con todo lo que soy, no puedo simplemente mirar hacia otro lado ante un delito cometido por ellas. No puedo ser desleal con Verona solo para preservar sensibilidades.

Por qué demonios Letícia decidió jugar a ser Dios y usar las credenciales de Ariana para acceder a las muestras sin autorización es algo que me supera. No siguió el protocolo de seguridad sabiendo perfectamente que estaba haciendo una estupidez. Es imperdonable. El hecho de que solo haya asumido la culpa ahora tampoco juega a su favor. Todo resulta demasiado conveniente.

***

No quería estresar a Verona con esta historia a estas alturas, pero me sorprendo buscándola sin éxito. Me preocupo de inmediato, porque últimamente se ha sentido muy débil y no me gusta que ande deambulando sola por ahí, o peor aún, con mi abuela.

Por suerte, sus amigas llegaron la semana pasada y está animada. Luana vino armada hasta los dientes y Heron ya está teniendo brotes de urticaria.

«¿Dónde estás?» —le pregunto por mensaje.

Responde con un audio, y escucho a mi abuela riéndose a carcajadas de fondo.

«Tenemos que hablar. ¿Puedo ir a buscarte? No te he encontrado en casa.»

«Ya estoy yendo en tu dirección. ¿Todo bien?»

«No.»

«¿Todo bien entre nosotros?»

«Siempre.»

«Vale. Estoy a cuarenta y tres pasillos de ti.»

«Sabes que no mandé colocar coches eléctricos por todo el castillo solo para decorar los pasillos, ¿verdad?»

«Pareces una animadora de la tercera edad montada en ese cacharro.»

Arranco uno de los cochecitos eléctricos y subo. Tengo que admitir que son patéticos y me hacen sentir ridículo, pero si quiero que ella los use, tengo que dar ejemplo. Me encuentro con ella en el ala oeste y ya está riéndose de mí cuando la alcanzo.

—Mi príncipe azul ha llegado en su caballo blanco —bromea abrazándome.

—No tiene gracia, Verona.

—Claro que la tiene. —Saca el móvil y graba un vídeo.— Se lo voy a mandar a tu hermano, va a enloquecer.

—No me da ninguna vergüenza usar un vehículo perfectamente válido para desplazarme por el castillo —miento con toda la cara del mundo.

—Claro que sí, Alfonso. ¡Mírate! —Se ríe y me besa para borrar mi gesto malhumorado.

—Vamos, sube.

—No voy a subir, voy a caminar a tu lado.

—Verona, por favor, sube.

—Argh, odio cuando dices "por favor". Me hace sentir como Cruella de Vil lista para despellejar perritos.

—Desollar perritos.

—Lo que sea —dice subiendo y me rodea con los brazos.

Verona observa mi rostro y alisa la arruga de preocupación en mi frente, besa mi sien y me pide que me relaje.

Bajo con ella del carrito cuando llegamos y entro en nuestra ala, dirigiéndome al apartamento que tenemos en el castillo.

—Podríamos vivir en el palacete. Creo que preferiría cuidar de las niñas allí.

—Podemos vivir donde tú quieras.

Corro las cortinas para evitar que la luz sea demasiado fuerte sobre su piel y me siento en el sofá circular que mandé hacer para que pueda amamantar a las gemelas cómodamente. La atraigo a mi regazo y la abrazo por la cintura, ya sin forma definida. Beso su pecho, su rostro, y empiezo a hablar.

—La investigación sobre el culpable del intercambio de muestras que te dejó embarazada ha terminado hoy.

—Ya era hora. Esta situación está desestabilizando a todo el mundo. Mi relación con Ariana, la tuya con Santiago. No me gusta andar evitándola por ahí —responde seria y preocupada. Hace un gesto para que continúe, enroscando sus brazos alrededor de mi cuello.

—Al final fue un accidente, pero uno que podría haberse evitado —sentencio incluso antes de empezar a explicarlo—. Antes de que Ariana fuera convocada para nuestro compromiso, estaba trabajando en la filial brasileña de los laboratorios Nativitti.

Juego con la piel de su muslo, trazando caminos aleatorios con la punta de los dedos.

—La investigación enfocada en la manipulación y almacenamiento genético es el principal negocio de Corsella, legado de la familia de Ariana. Por eso, como parte del acuerdo de compromiso, habíamos decidido dar ejemplo y almacenar nuestras propias muestras. Ariana, sin embargo, era una de las pocas personas autorizadas para manipularlas. Así que, a efectos de mapeo y estadística, nuestras muestras fueron enviadas a Brasil. Letícia, la mejor amiga de Ariana...

— Alfonso —me interrumpe, llevando un dedo a mis labios—. Ariana es mi amiga, conozco a Letícia. No hace falta que me expliques la historia desde la formación del magma que permitió la extracción de minerales para uso de laboratorio —se queja y besa mi rostro—. Sé que quieres aclararlo todo, pero ya conozco la mayor parte. Corsella es un reino de científicos. Ariana es una excelente representante. Era tu prometida. Teníais un acuerdo. Algo salió mal. Y yo me quedé embarazada —resume de manera práctica.

—Letícia tenía las credenciales de Ariana y mantenía, como pasatiempo personal, la costumbre de trastear con las muestras, autorizadas solo para niveles muy superiores al suyo. Según ella, nunca hacía nada malo. Solo tomaba las muestras para mirarlas y sentirse importante. Podía tener en sus manos el material genético de los futuros herederos reales y disfrutaba de esos cinco minutos de poder.

Verona ya me mira con tristeza, y ni siquiera he terminado. Rozo mis labios contra su rostro y continúo la difícil tarea de explicarle semejante disparate sin lógica ni justificación.

—Un día, sacó las muestras y se sintió mal. Olvidó devolverlas, y cuando se seleccionaron las donaciones para su distribución, la mía estaba entre ellas.

—Corte a mí siendo inseminada y quedando embarazada de ti —completa.

—Exacto.

—¿Y qué pasa ahora?

—Ahora viene la parte en la que empiezo pidiéndote perdón por haberte puesto en esta situación, por haberte dejado cargar sola con esa responsabilidad. Pero amo a mi hermano, y me hizo prometerlo. Verona, juré que no habría represalias de mi parte y que no habría un proceso en el que ellas pudieran acabar en prisión.

—Lo entiendo.

—Pero eres libre de decidir lo que quieras. No prometí nada en tu nombre, y lo que consideres justo se hará sin cuestionamientos. Si quieres responsabilizar a Ariana, a Letícia, al laboratorio o incluso a Corsella, estaré contigo hasta el final. Simplemente no fui lo bastante valiente para enfrentar esa batalla con mi hermano desde el principio. Perdóname —confieso con la garganta apretada.

— Alfonso, no es el fin del mundo. Ya estoy embarazada. Quise quedarme embarazada, lo planeé, no fue un accidente. El único error fue que se usó tu muestra, pero creo que ya superamos eso. Claro que me molesta que me hayan arrebatado mis decisiones, pero también debo admitir que no estaba usando mi libre albedrío de la mejor manera. Y si las dos fueron culpables del accidente, también son la razón por la que entraste en mi vida y terminé aquí contigo, en el lugar en el que siempre debía haber estado. Así que no voy a ser hipócrita diciendo que lo agradezco, porque no sería verdad. Pero acepto que lo que tiene que ser es más fuerte que nosotros y simplemente encuentra la forma de suceder.

Acaricia mis labios y me da un beso suave antes de apartarse para mirarme a los ojos.

—Estábamos destinados —susurra como si fuera un secreto precioso—. Tenía que encontrarte en esta vida, y por muy torcido que haya sido nuestro camino, no me arrepiento de nada. —Me toma de los antebrazos, estirándose un poco, y asegura—: Santiago puede quedarse tranquilo, no vamos a presentar cargos contra ninguna de las dos. Todo estará bien.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. Todo lo que necesito está aquí conmigo. —Toma mi mano y la lleva a su vientre.— Y la venganza no es una de esas cosas. Está todo bien. Nosotros estamos bien. Ellos también lo estarán. Al fin y al cabo, somos familia, y tenemos que ser capaces de resolver nuestros problemas internamente.

—Te amo.

—Lo sé.

—Te daré una semana para pensarlo mejor. Tienes todo el derecho de cambiar de opinión. Si después de eso sigues firme en tu decisión, se lo comunicaré a ellos y a todos los implicados.

—¿Y vas a hacerlos sufrir una semana entera para qué, Alfonso? No voy a cambiar de opinión.

—Tal vez no, pero no soy una persona tan buena como tú —respondo con un humor inflamado.

La abrazo, y las gemelas se alborotan dentro de ella, la barriga moviéndose violentamente.

—Eh —pido atención, poniendo las manos sobre el vientre de Verona y rogando con cariño—. Dejad de hacer lío ahí dentro, que vuestra madre os va a castigar.

—¿Por qué tengo que ser yo la bruja que castiga a las niñas?

—Porque no tengo la menor capacidad para hacerlo. Y solo estamos tú y yo en esta misión, así que no tienes opción.

—Cuando te pidan algo, ¿vas a mandarlas a preguntarme a mí?

—Sin pensarlo ni medio segundo.

—Eres un blandengue, Alfonso. ¿Cómo van a dejarte ser rey?

—La otra opción era Santiago.

Me da un manotazo fuerte en el brazo y luego me acaricia para calmarlo.

—Vamos, necesito encontrar a tu abuela para las fotos.

—¿Qué fotos? —pregunto al verla alejarse mientras coge el móvil.

—Voy a hacer una sesión de fotos desnuda en el pozo del tiempo. ¡Va a quedar preciosa! —dice entusiasmada.

—Perdona, ¿has dicho desnuda? —confirmo, preocupado, acercándome a ella y sujetando su mano.

—Sí. Mira esto.

Me enseña una sesión de fotos de una embarazada en un lugar parecido al nuestro: una torre invadida por tonos verdes, y la mujer cubierta solo por los ángulos de la naturaleza, mostrando toda su belleza en un escenario que parece sacado de un cuento de hadas.

—¿Y por qué no fui invitado a ese evento, puedo saberlo?

—Tu abuela pensó que lo prohibirías, Luana estuvo de acuerdo. Y me ganaron en la votación. Iba a ser una sorpresa cuando se revelaran, pero no puedo esperar. Ven conmigo.

—Siempre supe que tú, mi abuela y Luana juntas seríais la causa de mi ruina. Si me da un infarto por culpa vuestra, dile a mis hijas que las amaba, pero que no resistí vivir en mi manicomio privado.

Me besa sonriendo y me guiña un ojo, hermosa, ligera y feliz. Y si quisiera subirse al tejado del castillo o pasear desnuda por las aceras, yo mismo la acompañaría de la mano solo para no volver a ver desaparecer esa sonrisa de su boca.

— Alfonso —me llama, entregándome una cajita—. La hice para nosotros.

Dentro de la caja, dos alianzas de piedras pulidas y engastadas.

—¿Quieres casarte conmigo? —pregunta Verona, y yo niego con la cabeza pero digo que sí con el corazón.

Mis brazos y mi boca recorren todas las partes de su cuerpo que puedo tocar. Apretando, devorando, feliz, porque el acuerdo era que esperaríamos, pero no sabía hasta cuándo me haría hacerlo.

Le propuse matrimonio varias veces, a modo de prueba; ella dijo que cuando estuviera preparada me avisaría, y acepté. Aparentemente, acabo de ser avisado.

—Sí —respondo con la boca cerca de su cabello. Beso su cuello y sostengo su rostro, completamente hipnotizado por el poder de su sonrisa—. Todos los días de mi vida. Sí —acepto y prometo.

Un golpe en la puerta nos interrumpe y la aprieto contra mí, impidiéndole ir a abrir. Me engaña con un beso y se escapa de mis brazos, abriendo la puerta rápidamente.

Mi abuela entra con un carrito de mercado lleno de cachivaches.

—¿He interrumpido algo? —pregunta seria, y me desconcierta —. Por favor, si he interrumpido, vuelvo más tarde. No quiero que mis bisnietas nazcan con cara de polla.

—¿Qué? —pregunto alarmado, sin entender nada.

Verona suelta una carcajada y me responde, sujetándose la barriga.

—Tu abuela dice que si una embarazada se queda con antojo de algo, los bebés nacen con cara de eso.

Me quedo lívido al saber que anda contando por ahí que abolí la penetración de nuestro repertorio sexual hasta que nazcan las gemelas.

—Anelise, le he pedido matrimonio —anuncia orgullosa.

Mi abuela se emociona, da saltitos y aplaude entusiasmada.

—Ya era hora de que convirtieras a mi nieto en un hombre de bien.

31. VERONA

En la oscuridad de la noche me deslizo por los pasillos hasta el ala que cerraron para los preparativos de la coronación. Me quedé con las niñas, Raquel y Helena, que durmieron en mi habitación, y Alfonso se quedó aparte. No quería que estuviera en medio del alboroto, ni que pasara la noche en vela. Después de varios intentos suyos de convencerme de quedarme lejos solo esa noche para descansar mejor, terminé accediendo, sabiendo perfectamente que mentía.

Abro la puerta de su cuarto y avanzo por el pasillo, pero la cama está vacía y la luz del baño apagada. De pronto, unos brazos fuertes me rodean y muerde mi hombro.

—¿Qué voy a hacer contigo, desobedeciendo a tu rey a estas horas? —susurra provocador a mi oído.

Me giro en sus brazos y murmuro contra sus labios:

—Te echaba de menos. Ya me he acostumbrado a dormir usándote de almohada.

—Añadiré esa habilidad a mi currículum —responde, apretándome contra él.

—No, te quiero de uso exclusivo —protesto con un falso puchero.

Intento no sonreír, pero fracaso.

Me levanta en brazos y me lleva hasta la cama.

—No pareces ni un poco sorprendida de verme.

—No lo estoy, te estaba esperando. Te vi la cara cuando aceptaste solo para que me callara.

Alfonso nos cubre y me abraza. Mi vientre, extrañamente tranquilo después de un día entero agitado, queda entre nosotros. Paso mi pierna sobre la suya y me acomodo en su calor. Me besa la nariz y cierra los ojos, pero yo no tengo sueño, así que me quedo mirando sus contornos iluminados por la luz de la noche estrellada.

Las ventanas de esta habitación son especialmente grandes; ocupan casi toda la pared del techo al suelo. Me pierdo en recuerdos del día en que fue bendecido y Alfonso me hizo rogar perdón por provocarlo en público, apretándome contra el cristal. Desde abajo, todo Calanthe podría haberme visto si no fuera por el vidrio encantado: yo podía ver todo fuera, pero nadie podía ver dentro. Aun así, me sentí alucinantemente excitada.

—Si sigues pensando en voz alta, no voy a poder dormir —Alfonso se queja y me aprieta.

—¿Quieres saber en qué estoy pensando?

—No. Quiero que cierres los ojos y duermas, ya es tarde y necesitas descansar. Mañana será un día largo y no quiero que termines agotada.

Abre los ojos y me habla con ternura:

—Si te sientes muy cansada o te duele algo, no tienes que quedarte durante toda la ceremonia. No des explicaciones, simplemente levántate y vete.

—No voy a dejarte allí solo. Si cuando eras príncipe las mujeres ya te lanzaban las bragas a la cara como si estuvieran en un concierto de rock, imagínate ahora que vas a ser coronado, todo guapo y sin mí colgada de tu brazo. —Digo con determinación, moviendo el dedo frente a su rostro—. Voy a vigilar lo que es mío muy de cerca hasta el final. Tú, yo y esa corona volveremos juntos a casa mañana por la noche.

—Te has vuelto considerablemente más celosa y posesiva estas últimas semanas.

—Culpa de tus hijas, que me vuelven loca y me hacen pensar tonterías.

—Tonterías, sí, porque te amo.

—Lo sé. —Pongo los ojos en blanco.

—¿Acabas de poner los ojos en blanco cuando te declaro mi amor? —Sus ojos se estrechan con una amenaza juguetona, y su mano aprieta mi muslo demasiado cerca de la entrepierna para ser inocente—. Estás deliciosa embarazada.

—Lástima que estés a dieta, ¿verdad?

—Carnosa, jugosa —sigue murmurando, con los dedos peligrosamente cerca de mi humedad.

—Eso no es justo —protesto.

—¿Qué, ser una pervertida?

—Anelise dijo que eras el gemelo más lascivo y que está sorprendida de que sigas aguantando tu voto de castidad.

—Difícilmente puede considerarse casto nada de lo que hacemos —dice con convicción, y me besa.

Con un movimiento rápido se apoya de lado y me gira de espaldas sin brusquedad, pega mi espalda a su pecho y coloca mi pierna sobre su cintura, dejándome abierta a la exploración de su mano.

Su toque es posesivo y lento. Muevo las caderas, ondulando contra su mano, queriendo más, queriendo dentro, inmediatamente. Quizá la lasciva soy yo.

—Tranquila…

Me besa la espalda y frota su nariz por mi columna. Su mano, firmemente enterrada entre mis piernas, me abre, me desea, mata lo que me mata. Busco su piel con las uñas y lo araño; siento su polla rozando mi trasero y me froto contra él.

—Eso es muy feo por tu parte, monstruita.

—¿Frotarme contra propiedad real? —pregunto con voz ahogada por el contacto.

Dirige el glande hacia mi entrada y me acaricia con la punta, sin penetrar, extendiendo mi humedad con el movimiento lento, la cabeza rozando mi clítoris y todas las terminaciones nerviosas concentradas allí. Siento su respiración controlada, concentrada en contenerse, mordiéndose el labio, y solo no giro la cabeza para que me bese porque no quiero que se detenga.

—Más tentadora que el propio pecado —susurra, masturbándome con la mano por delante, en forma de cuenco sobre mi sexo empapado, mientras su polla se frota por detrás.

Ambos se encuentran en mi centro, tentándome, incendiándome, haciéndome retorcer en un placer que no llega en una ola, sino en pequeños terremotos que recorren mi piel, sacudiendo todas mis estructuras de cariño y amor. Continúa la tortura lenta, prolongando mi éxtasis hasta que su placer me alcanza, y siento su cuerpo contraerse contra el mío, su miembro palpitar contra mi carne.

—Difícilmente casto —repite con una sonrisa en mi cuello.

Soy solo un montón de gelatina en sus brazos, pero me giro. Quiero su boca, quiero el amorcito que siempre está dispuesto a darme, quiero brazos, quiero consuelo.

Una lágrima solitaria recorre mi mejilla, y él se alarma. Niego con la cabeza, diciéndole que no es nada. Solo me he emocionado. Mis hormonas hacen que todo lo viva a flor de piel últimamente. El otro día, el jardinero me regaló una flor y lloré como una desgraciada; lo hace con todo el mundo que pasa por los jardines. Alfonso se rió de mí durante tres días, pero siempre con esa mirada de devoción que me hace querer llorar de nuevo.

—Ven aquí. —Me abraza, me besa, me acoge, y me pierdo en sus caricias hasta que el sueño, soberano, me vence.

Me despierto con el vientre duro y las piernas tensas. Me giro de lado, acariciándolo y pidiendo que se calmen.

Santiago debe venir a buscarme en breve y ya he despedido a todos los que llamaron a mi puerta para ayudarme a prepararme para la coronación. Con solo moverme ya me entraban náuseas. Y ahora, después de haber conseguido volver a dormirme, está peor.

Luana irrumpe en la habitación sin llamar.

—¿Nos abandonaste anoche en nuestra noche de chicas, zorra? ¿Fuiste corriendo detrás del macho? Patético —se queja, y no le respondo porque estoy demasiado ocupada intentando contener el dolor, anormalmente agudo, que me atraviesa.

Helena abre las cortinas y, cuando la luz invade la habitación y pueden ver mi cara, se quedan pálidas.

—Verona, ¿qué te pasa? —Raquel me agarra las manos heladas—. Luana, llama a alguien, vamos a necesitar ayuda.

—Creo que voy a parir —lloro tumbada.

Apenas tengo siete meses de embarazo. Es demasiado pronto, Dios mío. Las lágrimas gruesas me corren por la cara.

—Ay, socorro, ¿ya puedo empezar a gritar? —pregunta Luana, sobresaltada.

—Sí —responde Helena, seca, preocupada, mientras marca algo en el móvil. Espero que sea el número de emergencias; no creo que pueda ponerme de pie.

—¡Heron! ¡Socorro, Heron! —Luana grita al teléfono—. ¡Verona está de parto! —y solo no me río porque el dolor me desgarra.

Grito, sin saber si es de miedo o por la punzada que me aprieta otra vez y me deja sin aire. Intentan levantarme, pero no consigo mantenerme de pie. Pasan unos minutos de agonía hasta que la gente empieza a entrar y Santiago llega sobresaltado.

—¡Verona! —me llama y me abraza.

—Mis bebés, Santiago. No pueden nacer ahora, algo está mal... —me lamento, suplicando ayuda.

—Son impacientes, independientes y decididas —responde con un aire confiado que no llega a sus ojos—. Y convenzámonos de que no eres precisamente el nido más cómodo; deben de estar apretadas. Yo también me pondría nervioso —intenta bromear, pero solo consigo llorar más.

Me levanta en brazos sin esperar a que llegue el equipo médico y me lleva por los pasillos como si estuviera hecha de azúcar y pudiera romperme en cualquier momento. Heron aparece y Santiago le pide que prepare el traje extra de Alfonso para la ceremonia en la capilla.

—No, Santiago. No le digas nada a Alfonso. Déjalo ser coronado. Hoy es el día más importante de su vida. Voy a estar bien —miento descaradamente, con los brazos flácidos alrededor de su cuello.

—Estoy de acuerdo contigo. Hoy es el día más importante de su vida, pero no por la corona, sino porque nuestras niñas van a nacer. Y esta fecha quedará marcada para siempre como un día especial para todos nosotros.

—Entonces avísale solo cuando la ceremonia haya terminado, Santiago. Te lo pido, por favor —digo ahora de verdad.

A pesar del miedo y el dolor, soy plenamente consciente de todo lo que implica la ceremonia y el día de hoy. Cuánta gente depende de ello y cuánto se ha esforzado Alfonso, preparándose y preparando a su nuevo consejo para el desafío que le espera: reinar, pleno y completamente.

—Por mucho que te quiera, hermanita, mis pelotas serían clavadas en la pared más cercana en cuanto Alfonso descubriera que le oculté algo así y me quedé contigo esperando a que mi madre lo coronara. No te preocupes, el rey tiene un sustituto perfecto. —Me guiña un ojo—. Luego le devuelvo la corona, pero antes voy a jugar un poco con ella.

Grito con fuerza cuando una contracción peor que las anteriores me golpea, haciéndome saltar en sus brazos.

Los paramédicos nos encuentran a mitad de camino y se desata el caos. Todos hablan a la vez, yo grito, lloro, pido ayuda sin saber ya a quién, suplicando que las niñas estén bien, que todo sea rápido.

Alfonso y la reina están en la capilla de la ceremonia. Fueron antes para hacer las marcas de posición, ya que todo será televisado.

—Creo que me voy a desmayar —escucho a Luana sollozar, sujetándome la mano mientras me empujan en la camilla dentro de la ambulancia. Heron toma la delantera y sube con ella para acompañarme.

A través del cristal veo las luces y las sirenas de los coches que nos siguen. Tengo la horrible sensación de que esto parece un cortejo fúnebre y no un parto.

El trayecto de poco más de quince minutos no es lo bastante rápido para evitar que el dolor me atraviese, y otra vez me desgarra. Empiezo a suplicar, angustiada.

Me colocan cosas por todo el cuerpo, me aprietan los brazos. Debo de haber perdido el conocimiento en algún momento, porque cuando abro los ojos el techo es distinto y siento el frío bajo mi espalda. Alfonso está a mi lado, destrozado, sujetándome la mano.

¿Una sala de cirugía? ¿Cómo he llegado aquí?

—Alteza, en caso de alto riesgo, si tenemos que elegir entre los niños y la madre, ¿está preparado para tomar una decisión?

Creo que no se han dado cuenta de que estoy despierta, pero mis ojos pesan demasiado y no logro mantenerlos abiertos. No siento las piernas, pero sí el apretón colérico de Alfonso en mi mano. Duele, pero no me quejo; sé que él también está desesperado.

—Ella. La prioridad, en cualquier circunstancia, será siempre ella. Sálvelas a las tres, pero si hay que elegir, siempre será mi mujer primero.

El sollozo que rompe mi garganta no es escuchado por nadie, solo sentido por mí, ahogada por la emoción. En el peor momento de mi vida tengo la mayor prueba de que nunca volveré a estar sola. Mi hombre. Mi amor. Todo saldrá bien; seré fuerte por nuestras hijas.

Los recuerdos de los traumas, del abandono y de los malos tratos estallan fuera de mi corazón, dejando espacio solo para el amor absoluto que me desborda.

Pierdo el sentido con la certeza de que todo irá bien, porque la vida no me castigaría así. Mi grito mudo recorre mis venas y dice en silencio: Alfonso, te amo.

Y él debió sentirlo, porque me besa. No respondo, pero sigo gritando sin voz, perturbada, con el corazón latiendo en toda mi piel, haciéndome pulsar como una masa viva y descompuesta.

Dejo de gritar cuando oigo a la primera bebé avisar que ha llegado, y me permito descansar de la lenta agonía de intentar ser oída. Siento el alivio recorrerme cuando el segundo llanto reverbera en la habitación.

Alfonso me pide que me quede con él, y quiero decirle que lo estoy, pero solo siento las lágrimas de gratitud deslizarse lentamente hasta él, llevándole mi mensaje de que estoy aquí y de que todo estará bien.

32. ALFONSO

Verona está despierta dando el pecho a una de las gemelas. Tres semanas en la incubadora fueron un drama eterno, pero hoy por fin todos volvemos a casa. Todos nos esperan en el castillo. Será un día de fiesta y celebración.

La boda de Santiago está cerca y, después de eso, no tendremos ningún evento en mucho tiempo. No puedo esperar para encerrarme con Verona en el palacete y olvidar que tengo cualquier otra función en la vida aparte de ser padre de mis hijas y marido de mi mujer.

Nuestra boda. Sí, aún tendremos otro evento.

La enfermera ayuda a Verona a colocar a Sofía en el portabebés, y yo sostengo a Lara en brazos, sin querer soltarla por miedo a que despierte en medio del hospital otra vez.

Lara es inquieta, revoltosa y quejica. La niña tiene unos pulmones de acero. Sofía, en cambio, es más tranquila: casi no llora ni protesta por nada, siempre con los ojos atentos a todo lo que la rodea. Obviamente, Verona siempre elige a Sofía para dormirla. Mujer astuta.

Ella me sonríe, y un eco del dolor del segundo en que creí haberla perdido se refleja en mis ojos, tiñendo su hermoso rostro con la sombra negra de las luces que se apagan en mi mente. Mi respiración se congela. Mis músculos se tensan, y algo dentro de mí ruge de nuevo, fuera de control.

Ella lo nota y me calma, viendo cómo se forma el inicio de mi pesadilla más frecuente mientras sigo despierto.

—Está todo bien. Yo estoy bien. Estamos bien —repite como un mantra cada vez que ocurre. Sus ojos firmes, llenos de fuerza.

Una reina por coronar. Mía. Para siempre.

Mi pecho se ensancha de orgullo al salir con mis tres mujeres, y la calma se instala en mí.

Hoy llevo a toda mi familia a casa.

—Te amo.

—Lo sé.

EPÍLOGO
VERONA MONTI FERRARA

Entro en la oficina de Alfonso ligeramente embriagada.

— Hola — saludo desde la puerta, y él me mira desconfiado.

— Mi reina, qué temprano vienes.

— Vine a hacerte una invitación.

Él sonríe, y yo ya me derrito.

— La acepto.

— Shhh, así no tiene gracia. — Me acerco y me monto en sus piernas mientras él sigue sentado en la silla.

Sus manos van directamente a mis pechos, que incluso después de dejar de amamantar conservaron el upgrade.

— ¿Su Majestad vino a seducirme al trabajo? ¿Qué diría el pueblo de Calanthe de esto, Reina?

— Morirían de envidia — respondo besando su boca deliciosa, observando su rostro, sus gestos, su mirada.

Él parpadea lentamente, con esa expresión brillante y peligrosa que hace que mi corazón también quiera lanzarse sobre él.

— ¿Estás borracha?

Uno el pulgar y el índice, respondiendo bajito:

— Solo un poquito.

— ¿Y quién estaba bebiendo contigo? ¿La abuela o Santiago?

— Diez puntos para Santiago. Anelise es inocente de ese crimen. Solo bebí un poquito así — Repito el gesto con la mano, frotándome descaradamente contra él. — Muy poquito, pero tuve una conversación muy interesante con tu hermano — añado arrastrando las palabras.

— Ya me lo imagino — reclama disgustado.

— Si eres un buen chico, te cuento nuestro secreto.

— Necesitas una ducha — avisa, clavando las manos en mis caderas como si fuera a levantarme.

Presiono las manos contra el respaldo de la silla, obligándolo a permanecer en su lugar. Por supuesto, él coopera; si quisiera, me habría levantado a la fuerza, pero me escucha y me mira interesado.

— ¿Recuerdas cuando me dijiste que tú y tu hermano compartían todo?

— No me está gustando hacia dónde va esta conversación.

— ¡Calma, no seas ansioso! Ese día dijiste que yo no tenía el perfil de quien gusta compartir. Sin embargo, quizás tu hermano me contó sobre un lugar que solías frecuentar, y quedé interesada.

— ¿Quieres ir a un club de placer?

Asiento con la cabeza.

— ¿Y por qué diablos buscaste a Santiago?

— Tranquilo, Alfonso. Tu hermano es mi hermano, y era el único que podía saberlo.

— ¿Saber qué?

— Lo que te gustaría que hiciéramos en tu cumpleaños.

Él ríe y me aprieta, abriendo mi blusa con renovado interés.

— ¿Qué tan borracha estás realmente?

— Solo un poquito, lo juro.

— Ven aquí.

Dejo que envuelva mi cuerpo y me aferro a su nuca, pegando mi boca a la suya. Beso su barbilla y reparto varios besos por su garganta, recorriendo su piel hasta la oreja. Él sostiene firme mi cuello y me obliga a recibir un beso violento; gimo cuando sus dientes tiran de mi labio. Me froto contra el volumen en sus pantalones, justo donde estoy sentada.

— ¿Recuerdas todas las veces que te quejaste durante la cuarentena posparto?

Asiento con la cabeza mientras libero su polla de los pantalones y me siento con las piernas abiertas sobre él.

— Te vas a arrepentir mucho — promete en voz baja.

Mi vientre se contrae por la expectativa, y mi ropa interior queda rasgada. Él apenas levanta mi falda y me encaja. Sin tocarme antes, sin preparación alguna. Rudo. Brusco. Animal. Cada centímetro de él abriéndome en un solo movimiento, largo y profundo. Suelto el aire que contenía, y mi gemido se mezcla con un grito porque no me da tiempo de reaccionar. Sale y entra de nuevo, la tela abierta de sus pantalones rozando mis muslos. Sus labios bajan por mi barbilla, y su boca cubre uno de mis pezones sobre la tela. Sujeta firmemente mi cabello entre sus dedos, obligándome a cabalgar sobre él, marcando el ritmo.

Me veo obligada a agarrarme de sus brazos para no perder el equilibrio. Una mano sube a mi trasero para ayudar a embestirme más rápido. Gimo cuando sale y entra nuevamente, ahora con un ritmo frenético. Hunde sus manos en mis caderas para que no me mueva, y así siento aún más libres sus estocadas. Mis gemidos se hacen más fuertes y rápidos con cada embestida profunda…

La puerta se abre, y aunque estoy escondida por el respaldo alto de la silla, Laura y Henrique entran para verme siendo follada por el Rey, completamente abierta. Para mi sorpresa, la reacción inmediata de ninguno es salir corriendo, fingiendo no haber visto nada.

Por un segundo creo que Alfonso va a perder la erección, pero al instante lo siento embestirme otra vez, plenamente consciente de nuestra compañía. Y… que Nuestra Señora de las Mujeres Indecentes me bendiga, porque me muevo lentamente bajo la atención de la pareja frente a mí.

Henrique abre la boca para hablar, pero es la voz de Alfonso la que escucho decir:

— Si no van a participar, regresen por donde vinieron.

Ambos ríen, nada escandalizados, y cierran la puerta tras ellos.

Miro a Alfonso y siento mi cuerpo ondular de manera extraña. Mis piernas flaquean cuando él se hunde aún más profundo y levanta las caderas con embestidas más cortas. Mis nervios se tensan en un placer rápido y casi doloroso que se apodera por completo de mí. La humedad resbala por mis muslos, mi cuerpo se desborda de deseo, absolutamente descontrolado.

Cada centímetro de mi piel clama por liberación, mi interior recibe con ansia cada penetración rápida y potente. Ya no sé respirar, solo gemir. Cuando él coloca la mano entre nosotros y estimula justo el punto donde nos unimos, no me queda otra opción que explotar de placer. Cierro los ojos, apoyando mi frente en su hombro, aún estremeciéndome, exhausta.

Frente al espejo, admiro el corte sensual del vestido y la elegancia de la tela. Alfonso se acerca para ayudarme con el cierre irritante. Besa mi hombro y me admira por el reflejo.

— Deliciosa. — Me besa. — Mía. — Me muerde.

— ¿Santiago aceptó ir en tu lugar? — pregunto ansiosa.

— Por supuesto — responde, y siento mi estómago pesado.

— La adolescencia, las mujeres, el compromiso, la coronación… ¿Cuántas veces Santiago se hizo pasar por ti en la vida? — Me giro para mirarlo de frente. — ¿Cuántas veces engañaron a la corona?

Él suelta una carcajada profunda, niega con la cabeza y encoge los hombros, como si no supiera responderme.

— Honestamente, perdí la cuenta. Puede que yo sea el rey legítimo de Calanthe, pero ¿el trono? Ese siempre ha sido un trono para dos.

AGRADECIMIENTOS

No sé ni por dónde empezar.

Supongo que por el principio: sobreviví.

Y si estás leyendo esto, significa que tú también.

Este libro me rompió la cabeza, el corazón y el sueño.

Lo escribí entre cafés fríos, playlists tristes y ataques de risa que parecían llanto (o al revés, ya no lo sé).

Fue un proceso de locura, de duda y de fe — fe en las palabras, en los personajes y en la magia que sucede cuando una historia por fin decide nacer.

Gracias al universo por no dejar que me rindiera.

Y gracias a quien me sostuvo incluso cuando no había nada que sostener.

Gracias a mi equipo invisible, las almas que leen, revisan, aguantan mis audios eternos y mis cambios de humor.

Gracias a las amigas que escuchan mis monólogos de autora en crisis y aún así me responden con un "tú puedes, reina".

Gracias a las lectoras que llegan sin aviso a mis mensajes privados, lloran, gritan, teorizan, se enfadan y luego dicen: "vale, te perdono, pero el siguiente tiene que sufrir más".

Gracias a los personajes, que se metieron en mi cabeza y me obligaron a sentirlo todo.

A Alfonso y Verona, por recordarme que el amor no siempre es bonito, pero siempre merece ser contado.

Y por recordarme también que escribir no va de tener inspiración, sino de tener agallas.

Gracias a mi familia del caos, la que está cerca y la que me acompaña a través de una pantalla.

A quienes entienden que cuando digo "estoy bien" en realidad quiero decir "estoy editando por quinta vez y me estoy muriendo por dentro".

Y gracias, por supuesto, a ti.

Por leer, por sentir, por no huir cuando el cabaré arde.

Por quedarte, por compartirlo, por hacer que esta locura valga la pena.

Si alguna vez te preguntas si las historias pueden salvarnos, la respuesta es sí.

Y este libro fue mi salvación.

Nos vemos en la próxima historia,

— Jenniffer Fógos

SOBRE LA AUTORA

Jenniffer Fógos escribe con el corazón en carne viva y la cabeza llena de historias imposibles.
Autora de romances intensos, imperfectos y adictivos, crea mundos donde el amor duele, cura y, a veces, arde hasta dejar cenizas hermosas.

Entre una taza de café frío y una lista interminable de ideas, Jenniffer convierte el caos en capítulos, los errores en finales felices y los personajes en confesiones disfrazadas de ficción.

Sus lectores la conocen por sus protagonistas valientes, sus tramas que quiebran el alma y su sentido del humor sarcástico que sobrevive incluso al drama más devastador.
Cree en la magia de las segundas oportunidades, en las historias que salvan y en la belleza del desastre humano.

Síguela en Instagram: @hotelmanuscritus

O escríbele: te leerá, reirá contigo… y probablemente te hará sufrir un poco más en el próximo libro.